ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA



JULIO-AGOSTO MCMLXI



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Serrano, 117. Teléfonos 259 98 00 - 259 18 50

DISTRIBUCIÓN:

Librería Científica Medinaceli. Duque de Medinaceli, 4.

MADRID

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y CULTURA

TOMO XLIX

Núms. 187-188 — Julio-Agosto, 1961

MADRID

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

JULIO PALACIOS, catedrático de la Universidad de Madrid; de la Real Academia de Ciencias Físicas y Naturales.

JUAN ROF CARBALLO, doctor en Medicina.

ENRIQUE BALCELLS R. del Instituto Español de Fisiología y Bioquímica, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Barcelona.

EUGENIO ORTÍZ, jefe del laboratorio de Génetica del Centro de Investigaciones Biológicas del C. S. I. C., Madrid.

FERNANDO VARELA, químico, colaborador del Centro de Información y Documentación del Patronato "Juan de la Cierva", del C. S. I. C., Madrid.

CARLOS MARÍA STAEHLIN, S. J., crítico de cine.

CARLOS A. AREÁN, doctor en Filosofía y Letras. Crítico de arte.

ARBOR publicará próximamente su tradicional número monográfico, dedicado este año a temas relacionados con el desarrollo económico e industrial de España. Figuran, entre otros, los siguientes originales:

Siglo y medio de cumbres y simas en la industrialización española, por *José M. Sanz García*

La industria de energía eléctrica en España, por *José Luis Redonet Maura.*

La Banca española en lo que va de siglo, por *Ignacio Villalonga Villalba.*

Presente y futuro de la construcción naval en España, por *Eugenio Martín Antelo.*

Presente y futuro de la industria textil en España, por *Juan B. Puig.*

La industria de la construcción y del cemento en los últimos diez años, por *A. Vizoso.*

La producción triguera en España, por *Tomás de la Vega Morán.*

Situación y problemas de nuestra política vitivinícola, por *Francisco Jiménez Cuende.*

La citricultura española y sus problemas, por *Carlos García Gisbert.*

Nuevos regadíos. Plan de inversiones de 240.000 millones de pesetas, por *Juan de Lara Nieto.*

Coste y rentabilidad de la colonización en regadío, por *Federico Balbontín.*

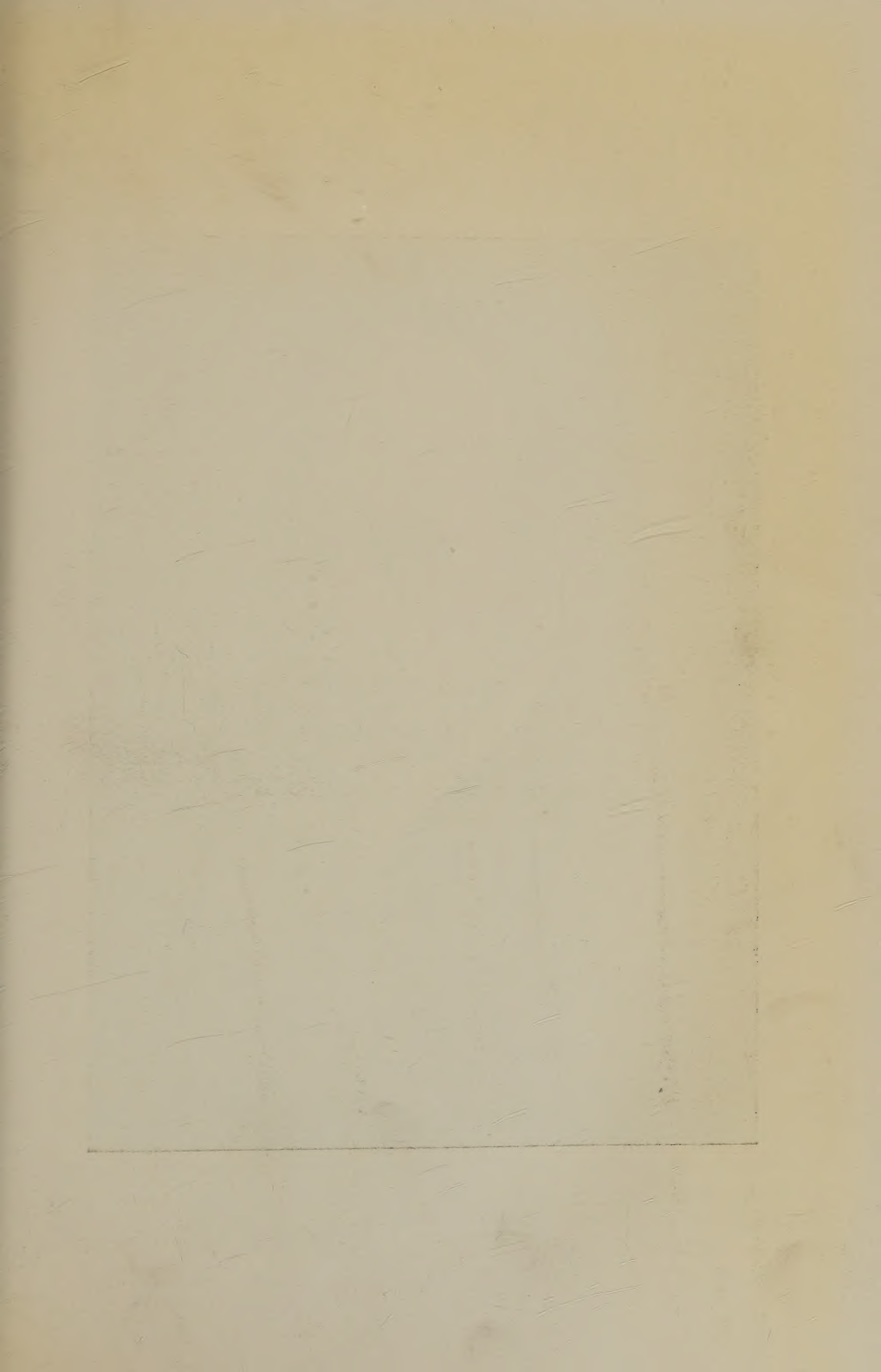
La economía de las provincias ecuatoriales, por *Jaime Nosti.*

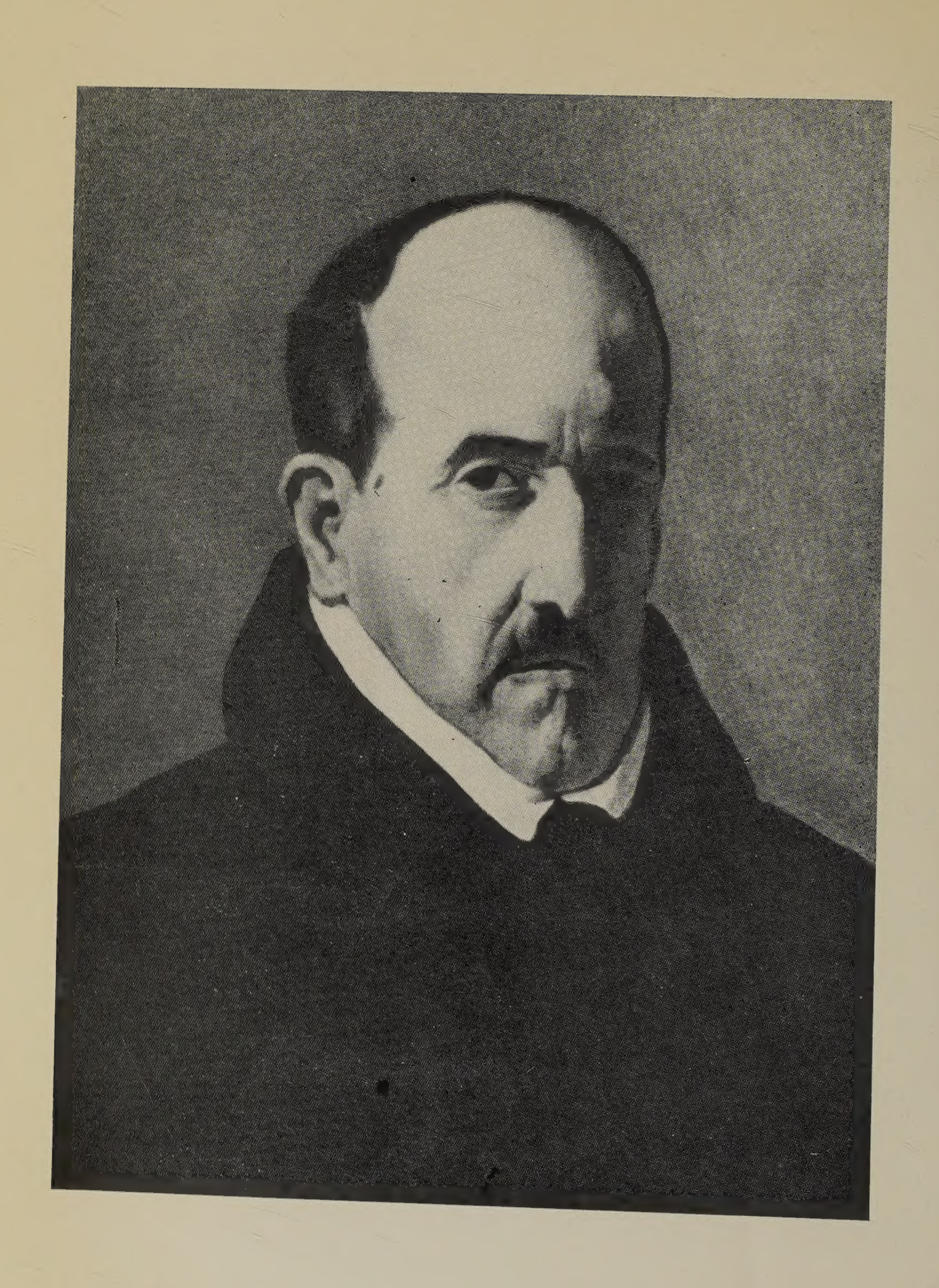
El comercio exterior de España, por *Manuel Fuentes Irurozqui.*

Bibliografía, por *José Luis Carreras Yáñez, Adolfo Iranzo González y Francisco Simón Segura.*

La Revista no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y opiniones mantenidas en su trabajo.

DIANA, Artes Gráficas.—Larra, 12. Madrid.





GÓNGORA O LA REALIDAD TRANSFIGURADA

Por PEDRO ROCAMORA

La personalidad y la poesía de Góngora en este cuarto centenario del nacimiento del poeta, habrá brindado ocasión para las más diversas interpretaciones. Pero cuando se trate de glosar, desde un punto de vista personal, una visión monográfica de la obra gongorina, no puede caber la simple evocación anecdótica o biográfica de la figura del beneficiado cordobés.

Hay que dar por supuestos unos conceptos previos elementales —datos, fechas, lugares— para construir sobre ellos ese juicio que aquí se nos pide y que acaso no tenga otro mérito que el de aventurar un criterio propio, con el riesgo que afronta toda pretendida afirmación original.

Por otra parte, supondría un enfoque demasiado parcial el análisis del "caso Góngora", sin situar previamente ante el lector el cuadro general de las actitudes ideológicas que la poesía española adopta ante la realidad social de España.

Góngora es, ante todo, una actitud humana. Pero actitud personalizada en un poeta, que vive esa hora crepuscular entre dos siglos, en los que el alma nacional acusa ya esas características de desmayo, que culminaron en centurias posteriores.

Antes de Góngora, la poesía española se ha encarnado en determinados "personajes-símbolos" —Jorge Manrique, el autor de la epístola moral a Fabio; fray Luis de León y Quevedo—, en cuyas obras late una concepción del mundo y de la vida, equivalente, desde el ám-

bito de la creación estética, a una toma de posición respecto de la realidad sociológica de su patria.

Góngora fue un fugitivo de la realidad. ¿Pero qué habían hecho otros antes que él?

Sería injusto no formular un panorama previo, por acotado que sea, de esas "posiciones-clave" de nuestra historia literaria, si se quiere comprender en su dimensión histórica el problema de Góngora. En este elucidario, lo primero que se exige, es tomar al poeta cordobés, no en su estricta soledad, como un puro objeto de investigación biológica en la frialdad de un laboratorio. Los hombres en su paisaje. Los artistas y los poetas inmersos en una realidad circunscrita y determinada para la historia.

Sólo así es como puede analizarse la obra y la figura de un hombre cuya exégesis se pretende.

Cada poeta guarda, en lo profundo de la conciencia, un misterio íntimo que equivale a la remota justificación de su poesía. En la crítica literaria existe, pues, una laguna. La que se llenaría con el análisis de las causas de esa actitud —ideológica o estética— que el poeta adopta ante la circunstancia contemporánea del mundo histórico del que es protagonista o espectador.

La clave da la "Epístola moral a Fabio".

Tomemos para su disección hermenéutica, entre los "temas-clave" a que antes aludí, una famosa composición de inseguro autor. La "Epístola moral a Fabio", seguramente de Fernández de Andrada, desechada la tesis de su atribución a Rioja o a Rodrigo Caro.

¿Qué significado encierran tales estrofas? ¿Es que no late entre sus letras el temblor estremecido de un alma, espejo de su tiempo?

En la literatura universal, el trasluz de cada página nos descubre un gesto —protesta, disconformidad, adhesión, apología— con que el escritor toma partido —positiva o negativamente— sobre los problemas que su época le plantea.

Así, considerada desde su ángulo de interpretación psicológico-histórica, la "Epístola moral a Fabio", es el gran poema de la deserción española. La claudicación vestida de ascética renuncia. Huyamos

de los "contrarios sucesos" que nos acechan desde la cuna, dice el poema. Dejémoslos pasar como "la corriente del gran Betis". Que sean otros los que remen en el vértice agónico del temporal. Es decir, los toros desde la barrera. El río desde el puente. La vida, o lo que es lo mismo, la acción, desde la pasividad mortal de un quietismo desesperanzado, al margen de quienes desfilan azuzados por la ambición o el entusiasmo.

Es la desilusión de vivir, que en fray Luis de León tiene acentos religiosos y que, trasladada a la vida civil, señala el comienzo de la desgana nacional, del desinterés por toda empresa colectiva.

De una pura religiosidad, trasplantada al alma árabe o judaica de la España del medioevo, se pasa a una fatalista dejadez, que gravitará a través de los siglos sobre España, como el estigma de una bíblica condenación.

Durante ese período se configura el trágico proceso de ensimismación del "homo hispanicus".

El hombre se aisla de su semejante. Y, paralelamente, en un plano superior, la sociedad española se separa de Europa, replegada sobre la clausura de su propia e inconmunicable intimidad.

Es la misma actitud de desinterés por lo humano que la del cartujo en su celda. Eugenio d'Ors diría que se trata de una postura búdica. Se quiebra la dinámica del héroe, para inaugurarse la estática de lo contemplativo, que si en el ámbito sobrenatural alcanza estadios de perfección, en el orden social transforma en inerte y vegetal la existencia.

Los dos resortes más representativos del alma hispánica —entendiéndolos en su aspecto negativo— se utilizan argumentalmente en esta poética pre-gongorina. El desencanto del mundo, hijo del oscuro recelo frente a los demás, como una característica del templo antisocial del espíritu hispánico, y la dramática idea de la muerte.

Son los dos extremos a que llega España, fundiendo en un solo pensamiento el senequismo tradicional que configura el modo de entender la vida a lo largo de toda la Edad Media, y el concepto barroco de la muerte, que va a plantear el Renacimiento.

Así la inercia nacional se justificará en esa moral negativa, que arrancando del filósofo cordobés impregna —a través de los estratos

hebraicos y mozárabes— el inexplicable estilo español de concebir esa religión del amor y del optimismo esperanzado, que es el cristianismo.

La interpretación de la existencia en Jorge Manrique y Fray Luis de León.

Jorge Manrique, en el siglo XV, alza el monumento literario de la interpretación pesimista de la existencia. Es como los trenos de la templada edad del mundo helénico. Himno funerario, epitafio sombrío, que exalta el odio a la existencia en el corazón del hijo dolorido. Pero no se trata de un gesto solitario. España entera piensa así. Y muy poco después van a confirmar el curso de esta constante histórica un agustino, al que la incomprensión de las gentes ha cercado de desengaños. El perfil poético de fray Luis de León, descubre al apologista de esa desvitalización que ensalza la forma religiosa de la evasión antisocial. Hay que descansar y la vida más descansada "es la del que huye del mundanal ruido". Aquí comienza la traducción, al ámbito de la existencia laica o civil, del tema de la renuncia a las tentaciones del mundo. Se está cerrando el ciclo épico para que se inaugure el estilo sesteante de una España que ha empezado a cansarse de despertar cada aurora ante un meridiano imprevisto.

Jorge Manrique, fray Luis de León y Fernández de Andrada, confluyen en sus himnos, al desencanto de la existencia.

La fugacidad de la vida se utiliza como argumento de esa especie de crisis del entusiasmo que se está fraguando en el alma española. Para el caballero de Santiago, nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir. Para Andrada, la existencia es como el paso fugaz de un breve día, que apenas sale el sol cuando se pierde en las yertas tinieblas de la noche.

Hay versos como emblemas que retratan trágicamente la tesis hispánica. "¿Qué es más que el heno, a la mañana verde, seco a la tarde?"

El ideal de la existencia se resume a veces en esta síntesis de insociabilidad hermética y cerrada.

> "Un ángulo me basta de mis lares,
> un libro y un amigo
> que no perturben deudas ni pesares."

La sobriedad rubrica los títulos que perfilan la senequista indiferencia. Ya no hay que confiar en nada de este mundo. El "requiem" de la esperanza se formula en la "Epístola moral a Fabio" con estos dos versos tan representativos del alma nacional, como pudieron serlo en los dominios de la pintura, los "Enanos" de Velázquez, o los monjes de Ribera.

"Casi no tienes una sombra vana,
de nuestra antigua Itálica. ¿Y esperas?"

Jamás un sofisma más rotundo se ha podido concebir, al proclamar el dogma nacional de la pereza. Terrible aberración lógica, la que trata de justificar la inacción humana por la fatal finitud de toda obra del hombre.

La actitud de Quevedo.

Es el comienzo de nuestro irremediable decaimiento. Y esa es la decadencia que va a denunciar rabiosamente el indomable genio de Quevedo. A su pluma apasionada se debe la gran acta de acusación contra el desencanto de una sociedad atribulada. Ante todo significa un acto de valentía. Porque al mal entendido ascetismo medieval y la configuración barroca de una existencia concebida en función de los fantasmas apocalípticos, han agostado como los vientos africanos del estío, los brotes encierne de la fe en la vida y del valor necesario para proclamarlo.

"¿Nunca se ha de decir lo que se siente?" —pregunta Quevedo—. "¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?" Y Quevedo lo dijo y lo sintió después. Porque hablar le costó la prisión y la muerte.

Por eso su gesto es superior a su misma obra. Hay una extraña fuerza, una exaltada voluntad de existir, en aquel espíritu inconformista, que hace de él un abanderado de ese coro de voces aherrojadas, que pugnan por gritar su verdad al aire libre de las plazas y de los pueblos de la tierra.

Y ahí está el claro-oscuro de la patria; el haz y el envés de la historia de un pueblo.

En su epístola al conde-duque de Olivares, la sociedad española se presenta como una eterna moneda de dos caras. De una parte, lo que ella ha sido. De otra, la lamentación del triste abatimiento a que ha llegado. Aquel espectáculo produce el efecto de la ruina implacable a que el tiempo somete los mármoles más bellos y más nobles. Voz señera la de Quevedo, alzada en un horizonte caliginoso y sin destellos. Perdida la virtud de la "esclarecida libertad", él siente el impulso irrefrenable de hablar libremente. Con qué razón decía Voltaire en 1735, en su carta a Mr. Thieriot, que un cuadro de Pausin, la inspiración de una melodía o una bella tragedia, describen mejor el sentimiento de una época que las largas relaciones de los cronistas.

La epístola de don Francisco de Quevedo representa la historia clínica de ese lento cataclismo sociológico, por el que un pueblo ve secarse en el transcurso de un siglo su savia telúrica y radical. La sociedad española está ahí, en el gran tapiz que la pluma de Quevedo describe, con el colorido de un pincel genial. Al fondo, borrosos, perdiéndose en la distancia, los grandes temas de la pasada grandeza. Y en primer término, la cruda realidad de unos vicios, instalados en la conciencia nacional y que resaltan con el volumen de un bajorrelieve. Disección implacable. Sobre la mesa de operaciones, España, como el cadáver de una Venus desnuda. Y en sus entrañas, una visión apocalíptica, la gusanera que tanto le gustaba pintar a Valdés Leal.

Quevedo tomó partido por España. De aquella epístola arranca ese criticismo constructivo que culminará siglos más tarde en la que se ha de llamar generación del 98. Porque el espíritu del 98 empieza en don Francisco de Quevedo. Preocupación por el problema de la patria, reconocimiento del trágico proceso de su constante desfallecer. Y voluntad, por último, de salvar las esencias positivas de lo hispánico.

Terrible desesperación la de Quevedo. Le vemos solitario en el centro del ruedo ibérico, gritándole al valido un alerta trágico que no tendrá eco en la gran sordera de la inopia oficial.

Fiscal de su siglo, Quevedo intenta salvar lo que ya es insalvable. Y ahí está como una letanía de improperios cuaresmales la trágica descripción de aquella sociedad claudicante.

Quevedo aquí adopta una actitud totalmente distinta de la de sus

desencantados predecesores. Canta la alta jerarquía de las virtudes pasadas, como quien evoca la juventud ante el espejo que denuncia la triste marchitez de la belleza. El tema del fénix ilusiona en el ánimo quevedesco, la esperanza de una resurrección de valores morales, en la adormecida conciencia de su pueblo.

No es un desesperado que tiende a la inacción. Quevedo quiere inyectar el estímulo de su fe española en el corazón enfermo de una sociedad que se desahucia a sí misma, porque ha perdido la fe en su propio vivir. Quevedo es un pecador cristiano, pero sin el contagio de esa religiosidad indolente, amasada con decepciones, asustadiza, ante los fantasmas del mundo y de la vida. Es el poeta menos evasivo que existe. Porque nuestros pesimistas líricos buscan una evasión laica en su postura mental de eternos desengañados. Pero Quevedo no esquiva las aristas de la verdad. Se dejará en ellas los trozos de su carne. Su gesto es de quien cree que algo puede salvarse, de quien no ha perdido la confianza en que el esfuerzo y la voluntad pueden cambiar de sitio las montañas.

Pero esto es más peligroso. Para los líricos, para los cristianos a la judaica, proclamar el fatalismo de la historia, carece de riesgo. Pero el precio de la verdad, equivale muchas veces a la mazmorra o a la muerte. Y Quevedo pagará con su vida, su heroico canto de fe, su inexplicable esperanza en España, su asombroso optimismo de que entre las cenizas reanude su vuelo cenital el ave milagrosa.

El misterio de Góngora.

Pero así como Quevedo se arriesga, Góngora se evade. Mas él también, como todos los envenenados por el incurable virus literario, tendrá una razón para su actitud estética. Un misterio, oscuro y soterrado como un tesoro, que valdría la pena desenterrar.

¿Cuál es ese secreto de Góngora? ¿Por qué escribió así y no de otra manera?

La historia de Góngora es una biografía que va del desencanto al encantamiento. Él también, como todos los poetas de su tiempo, es espectador —mártir, diria Unamuno en este caso con su pleno sen-

tido— del doloroso descenso moral de la sociedad en que vive. La breve moneda de la vida de Góngora tendrá también dos caras: una, de sentido negativo; el choque con la gran ciudad, sus intereses y sus egoísmos. La otra, representará la evasión de la realidad del mundo, hacia la ensimismación poética. El triunfo de la soledad del escritor, que se corresponde con la epifanía de "Las soledades".

Veamos el pormenor de estas distintas singladuras. De Córdoba a la corte. Tal es el itinerario espiritual de su primera navegación. Valladolid primero y Madrid después, alternan en la categoría de capitalidad. Córdoba guarda la magia del vivir recoleto y provinciano. Calles solitarias, de casas señoriales, con grandes rejas de apariencia conventual. "Romana y mora, Córdoba callada" —decía Antonio Machado—. Qué bien se entiende aquí la teoría del pudor del trabajo. Tranquilidad profunda, en las plazas enlunadas, con Cristos agonizantes que parecen estremecerse bajo la luz de faroles temblorosos. Dijérase que se escucha el silencio. Góngora trabaja, lee, escribe. ¿Reza? Sí; acaso también reza. Pero lo indispensable, porque su vocación es el verso. Todavía no ha lanzado al aire, en ese trágico cara y cruz en que el español se juega su propia existencia, la áurea moneda de su vida.

Córdoba no es todavía ni el desencanto ni el encantamiento. Quedémosnos con una elemental ilusión literaria. Así nacen las composiciones de estos años preliminares. Letrillas, canciones, romances de ecos andaluces, como los que siglos más tarde resonarían en un Carmen granadino con la poesía de Lorca o los compases de Manuel de Falla. Veta popular con entronque en la eterna sensibilidad estética de Andalucía. Versos con decadencias de copla.

"Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel."

Otros con aires de zejel y deje de romancillos, que están pidiendo a las cuerdas de la guitarra para acompasarse:

"La más bella
de nuestro lugar,
hoy viudita y sola
y ayer por casar.
Viendo que sus ojos
a la guerra van
a su madre dice
que escucha su mal.
"Dejadme llorar
a orillas del mar."

Y en fin, los más bellos, nacidos al impulso de una inspiración, delicada, sentimental y colorista:

"Mátanme los celos de aquel andaluz:
    háganme, si muriere, la mortaja azul.
Perdí la esperanza de ver a mi ausente,
    háganme, si muriere, la mortaja verde.
La mitad del alma me lleva la mar:
    volved, galeritas, por la otra mitad.
Mientras hago treguas con este dolor,
    si descansan los ojos, llore la voz."

Toda poesía, dirá Ortega trescientos años después, es amaneramiento. Tendrá que remontarse a Píndaro y a Homero para asentar su tesis. La poesía clásica —dirá Ortega— utiliza no el lenguaje sencillo de las gentes, sino un lenguaje convencional, característico del mundo cerrado de la poesía, un lenguaje aristocrático, rico, erudito, que no se halle al alcance de cualquiera. Lo utilizaban únicamente los elegidos de los dioses que eran los poetas.

Erudición, riqueza, aristocracia, ¿dónde están tus secretos, que hasta los chiquillos cordobeses cantan las dulces coplas de don Luis de Góngora? Canciones arrancadas del corazón del pueblo, nacidas en un cortijo, la plaza o la taberna, ¿quién sino el pueblo sirvió de musa a tu inspiración rústica y elemental? Todo en Góngora es hasta 1613 transpariencia cristiana, agua limpia del arroyo, verso espontáneo, brote de la veta lírica de Andalucía. ¿Qué tiene que ver el amaneramiento con esta antología de la desnuda sencillez poética que caracteriza las composiciones gongorinas?

Motivación de la técnica gongoriana.

Qué fácil dibujar la silueta de Góngora sobre el perfil de sus metáforas. ¿Pero no sería más razonable el intento de descubrir cuál es el motivo último que le induce a servirse de esa técnica casi misteriosa, elaborada con rigurosas imágenes, creadora de un estilo poético inconfundible, único y extraño?

Estamos todavía en Córdoba. Pero a punto ya de pisar la polvorienta ruta que lleva hasta Castilla. La moneda en el aire. Góngora va a la conquista de la ciudad. ¿Equipaje? Unas letrillas aún no impresas y algún que otro soneto limpio de exagerado barroquismo.

En el instante en que Góngora llega a la corte, un fenómeno literario se ha producido en el ámbito nacional. Es el teatro de Lope de Vega. Góngora conocía a Lope de los años estudiantiles de Salamanca. Pero no podía contar con el éxito de su antiguo compañero de amoríos, de aventuras y de lances de naipe.

Lope llena la vida literaria con su vigorosa personalidad. Huelga destacar el relieve que brinda el teatro a las gentes que en él se mueven. Las compañías se disputan las obras de Lope. En los corrales de comedias se representan a diario sus piezas. No se habla de otra cosa en las antecámaras palatinas y en las Gradas de San Felipe. Lope absorbe, monopoliza, domina, esclavizándola, la curiosidad popular. ¿Qué pueden significar a su lado aquellas cancioncillas manuscritas que un beneficiado cordobés trae en guardas de hoja de lata como conservaban sus credenciales los ministriles de la Santa Hermandad? Cervantes se ha ido de Madrid. Lope lo ha derrotado. El duelo entre el soldado de Lepanto y el superviviente del Invencible termina con la desilusión del primero, cuya vocación para el teatro se frusta tras aquellos entremeses incapaces de competir con la fecundia lopesca. Cervantes se va y aquí llega Góngora, como antes Velázquez, a conquistar la gloria.

Acaso para hacerse notar tercia en la polémica de los cenáculos poéticos. Llenan las antologías los sonetos en los que Góngora y Lope se combaten. Pero lo importante aquí es descubrir si el poeta cordobés ha triunfado en la corte. ¿De quién podemos saberlo mejor que de sus versos? ¿Cómo le recibe Valladolid primero y Madrid después?

¿Qué sugestiones de estímulo o de encanto ofrece la gran ciudad al viajero tímido y solitario?

Góngora no es todavía escritor receloso. Lo será más tarde. Pero al dejar su paisaje de Andalucía, es aún un hombre esperanzado. Y he aquí lo que dura en su ánimo la flor de la ilusión.

"Grandes, más que elefantes y que abadas,
títulos liberales como rocas,
gentiles hombres solo de sus bocas
"Ilustri cavaglier", llaves doradas.

Hábitos, capas digo, remendadas
damas de haz y de envés, viudas sin tocas
carrozas de ocho bestias y aún son pocas
con las que tiran y que son tiradas.

Catarribera, ánimas en pena,
con Bártulos y Abades la milicia
y los derechos con espada y daga.

Casas y pechos, todo a la malicia
lodos con perejil y hiervabuena:
ésto es la corte. ¡Buena pro les haga!"

Estamos en los finales del siglo XVI. Es la culminación del desencanto gongorino. Pocas metáforas y mucha crudeza —implacable y amarga— en sus juicios. De este choque no se curará nunca el ánimo de don Luis. Herida lacerante y sin remedio, desilusión del poeta a la que la dureza del estilo de vida a la española, corta las alas del optimismo. Ha caído en el vértice del encono hispánico. En un torbellino de cosas encontradas y contradictorias, donde se revuelven el misticismo con la picaresca, la pasión con la hipocrecía, la miseria con el orgullo, el rigor político con el ansia de libertad. Este es el momento más decisivo de la vida del poeta. Su pluma empieza a estar ya mojada en hiel. Hay una tentación de realismo en su amarga pintura de la vida de la ciudad. Está cambiando de colores su paleta. Hay una claridad de Andalucía que se trasmuda en los ocres y los negros de una Castilla contemplada desde el abismo de un alma en la que la luz empieza a dejar paso a la tiniebla.

A esta época corresponden una serie de composiciones que parecen marcar un nuevo rumbo en el espíritu de Góngora. Son los sonetos escatológicos contra los ríos castellanos, el Pisuerga, el Esgueva y el Manzanares. No se salva de sus ataques Madrid, hasta que en el ápice de la desilusión abandona la ciudad despidiéndose de ella con otro soneto amargo y sombrío, versión poética de un capricho goyesco o de un lienzo de Solana.

"De chinches y de mulas voy comido,
las unas culpa de una cama vieja,
las otras de un señor que me las deja
veinte días y más y se ha partido.

De vos, madera anciana, me despido.
Miembros de algún navío de vendeja,
patria común de la nación bermeja,
que un mes sin deudo de mi sangre ha sido.

Venid, pues, con cuyos pies me ha dado
tal coz el que quizá tendrá mancilla
de ver que me comáis el otro lado.

Adiós corte envainada en una villa.
Adiós, toril de los que has sido prado,
que en mi rincón me espera una morcilla."

Un momento dramático.

Góngora está a punto de caer en el realismo tremendista del Buscón o del Lazarillo. Poesía descarnada, de violenta acritud, en la que apunta una turbia satisfacción en descubrir la fealdad del mundo. Hay un patetismo de típico estilo renacentista, por el que no se rehuye esa vocación hacia lo abismal, que culmina con la biografía de Pablillos de Valladolid, el hijo de un ahorcado y de una alcahueta posesa del demonio.

Esa vocación literaria hacia lo sucio, lo bajo y lo vil que palpita en la prosa del XVII ha saltado ya a las páginas gongorinas. Don Luis va a decidir su arriesgado camino literario.

¿Cuál será su rumbo?

Por un instante se puede pensar en la vertiente huraña de un criticismo poético despiadado y cruel. Góngora está sobre el filo de la navaja. Es el instante más dramático y decisivo de su biografía.

Él desdeña la vida de la gran ciudad, sus intrigas, el vacío de una sociedad donde la inteligencia no alcanza el laurel de sus merecimientos. Hasta ahora su vida ha sido la de un escritor sin Mecenas. La del poeta cuyos versos (que sólo resuenan en el estrecho ámbito de una minoría) nunca pasan de la pluma a la minerva. No conoce la plenitud de la gloria literaria. Se ha desvivido en la demanda de un beneficio para su sobrino don Luis de Saavedra y éste le paga la generosidad con la ingratitud. Aspira a una existencia señoril y le sofocan como zarzas las deudas. Hay que elegir un camino. La suerte está echada. Y a los cincuenta y dos años comienza a escribir las fabulosas estrofas de las "Soledades" y el "Polifemo". Se ha salvado de la fórmula pesimista que acusaban sus amargos sonetos.

Es el año 1613. El conceptismo nace cuando comienza la vejez de don Luis de Góngora y con ella el convencimiento de que la vida nunca le brindará la sonrisa de la fortuna. Los años sucesivos confirmarán este sesgo de desolación a que parece predestinada su existencia. En octubre de 1621 sube al cadalso don Rodrigo Calderón, en agosto del año siguiente Villamediana es asesinado en plena calle Mayor. Y un mes después muere el conde de Lemus. Góngora se ha quedado solo, sin amigos, sin protectores.

El gran secreto de su obra radica en esta desengañada reacción de un poeta que tiene que inventarse un mundo aparte. Lo que ha hecho Góngora con el lenguaje metafórico del "Polifemo" y las "Soledades", con la construcción latina de sus versos, con el juego culto del hiperbaton, que tanto asombro ha producido a sus lectores, es viajar pasajero de la propia y volandera imaginación a un país encantado.

La creación de un mundo propio.

Crearse una inaccesible torre de cristal, donde no lleguen los ladridos de los canes que claman a la luna. Góngora es la evasión. Su

fantasía será su compañera. Con ella huye de la amarga y rigurosa realidad.

Ha comenzado el "tedium hispaniae". Pero Góngora no es un héroe ni un conductor de muchedumbres. Es nada más que un pobre poeta. Lleva hábito sacerdotal, pero su espíritu no ha conseguido aureolarse en los éxtasis de la divina contemplación. Está muy dentro de su mundo. Ha caído en la capital de las Españas como en el vértice de un remolino de aguas turbias y teme verse arrastrado en la corriente. Por eso se inventa, para vivir, el planeta de su propia poesía.

Las metáforas gongorinas constituyen el mundo de la evasión humana del poeta hacia las regiones siderales de un esteticismo inalcanzable. Para estar solo hay que marcharse lejos. Y Góngora se va al reino imaginario de la poesía. Una tierra de ensueño distinta a todas, porque en ella la hermosura tiene más clara luz y el aire otro perfume y las cosas insólito color.

Mas ¿cómo puede lograrse este prodigio sino por arte de encantamiento? Góngora ha encantado el mundo para salvarse de su agónico desencanto. No ha destruído, ocultándola, la realidad —como dice Salinas— en el formidable aluvión de sus imágenes. Ha sublimado esa misma realidad, recreándola con su poesía como un nuevo dios, o como un lírico Adán que diera nombre a cada cosa. Desde Góngora la nube, el bosque, la flor o el río, son imágenes transfiguradas por la magia de la palabra. Porque la palabra recobra aquí su jerarquía creadora. En principio fue el Verbo, y en el principio de la poesía gongorina está, embrujada y como misteriosa, la fuerza viva de la palabra, reinventando la creación, re-creando la vida.

Así, Galatea —el amor de Polifemo— es la suma belleza poética. "Cisne de Juno" la llama Góngora. Cisne por la blancura de su piel. Juno, por la hermosa negrura de sus ojos. Desde entonces las letras asisten al milagro de la transfiguración poética, que convertirá en blancos los mirtos y en verdes a las garzas. Que llamará Delfín a un leño, "esquilas dulces de sonora pluma" a las aves, "escuadrón de amazonas desarmado" a unas humildes pastoras y "sierpes de aljofar" las aguas de una fuente.

Ahí, en ese planeta suyo, exclusivo y personal, es donde hay que

ir a encontrar a don Luis de Góngora. Se le ve por las calles, viaja por España, vuelve a Córdoba y retorna a Madrid. Pero lo que las gentes contemplan es sólo la sombra del poeta. Porque su alma vive muy lejos de la tierra en la celeste región de la eterna armonía, que sólo por acaso le es dado contemplar, de siglo en siglo, a los mortales.

Allí le ha llevado su voluntad de desentendimiento de una sociedad a la que se consideraba extraño.

El aislamiento poético.

Esa es la razón sociológica de la actitud estética de Góngora. Porque su concepto de la sociedad en que vive, el espectáculo que ésta le brinda, determinan el aislamiento de su poesía. A veces en el escritor se produce el fenómeno como una reacción de hostilidad frente al ambiente. Otras, como una necesidad irrefrenable que el poeta siente de crear, en torno a su espíritu, las almenas de una soledad con las que defenderse del vértigo y de la confusión social. En algunos casos ambos factores coinciden en una sola figura, y es difícil discriminar a cuál de ambos criterios responde esa tendencia evasionista del poeta disconforme o incómodo con su mundo.

En 1891, en su respuesta a la famosa encuesta de Jules Huret, decía Mallarmé que en una sociedad como la suya, indiferente a toda sensibilidad lírica, "el poeta es el hombre que se aisla para esculpir su propia tumba".

No creo que sea éste el caso riguroso de Góngora. Cuando escribe "Las soledades" y el "Polifemo", más que su sepulcro, está construyendo su propio cielo. Pero en todo caso, parece que en toda poesía —por lo menos hasta principios del siglo XX— existe esa tendencia a forjarse un reino de belleza única, accesible a muy pocos. En el caso de Góngora, la metáfora hacía más inalcanzable el reino de su musa poética, como si por desprecio al mundo hubiera querido poner demasiados peldaños a su lírica celestial escala de Jacob.

Sociológicamente, Góngora procedió así. ¿Pero es que no había además algún motivo superior, de índole filosófica, como estímulo último de su obra poética?

Creo también que falta por considerar en las apologías gongorinas esta vertiente del problema. La justificación de la metáfora, por lo que podría llamarse la "relación platónica entre la idea y la palabra".

El platonismo como razón metafórica.

Para Góngora, que es un humanista incomparable, el pensamiento griego pesa en su formación. Conoce la mitología como pocos; sus imágenes son un alarde en este sentido difícil de igualar. Platón y Aristóteles constituyen sus páginas preferidas. Cuando se decide a servirse de la metáfora con la violencia barroca con que él la utiliza, ¿puede negarse que no influyan en ello los conceptos de que su espíritu se sacia en la obra del discípulo de Sócrates?

Junto a la justificación sociológica, el motivo filosófico. Góngora sabe lo que significan las ideas en la doctrina platónica. Constituyen éstas un paraíso previo a toda caída material en el abismo del lenguaje. El concepto de "flor" pre-existía a la realidad botánica del objeto. Lo que el hombre descubre en la evolución y variedad de las flores en el escenario de la creación y a través de los siglos, no es más que un trance fatal hasta llegar a aquel arquetipo único y perfecto que constituye la idea pura de la flor. Las cosas son más bellas antes de completarse en una exacta realidad, cuando todavía pertenecen al ámbito ideal de la vida increada.

La creación realiza algo así como la copia de un fabuloso modelo a cuya perfección nunca se llega. Nuestros ojos contemplan la imitación de lo que nuestro pensamiento sueña. Por eso Sócrates se consuela en el umbral de la muerte, razonando sobre sus ansias de un alma inmortal.

Góngora también ha descubierto con los ojos de la razón la difícil belleza de ese Edén impalpable y misterioso, donde habitan las ideas puras. Las cosas tangibles de la tierra son como ideas destronadas, que perdido su imperio, viven en el exilio terrenal de una realidad inexorable. Por eso hay que ir al reencuentro con su esencia, que sólo puede descubrirse en la región ideal del pensamiento.

Góngora ha comprendido que el objeto de la poesía consiste en

evocar ese mundo desconocido en su pristina impecabilidad. El poeta pretende así que el verso brinde la radiante belleza del modelo mismo, no la triste copia que de él realiza la prosa de la vida.

Sus metáforas son un esfuerzo por devolver su luz primera a los conceptos. Para ello el poeta se entrega al hallazgo de valores verbales, que exalten la elemental sobriedad de las palabras. Que la metáfora es sólo esto: el ennoblecimiento de las recatadas e imprevistas cualidades de un lenguaje que se reencuentra con ese puro manantial del silencio infinito, que luego el tiempo ha convertido en catarata de palabras.

Góngora se ha remontado así a la región de los conceptos, como en un viaje mágico o un paraíso perdido, a un cielo oscuro e ignorado, donde todo está inédito, antes de que una voz humana manchase la virginidad de la idea con el roce de unos labios temblorosos, antes de que en la primavera de la historia hubiera florecido la palabra primera.

Tal es el secreto final de la poesía gongorina. Con su fuga deliberada de la realidad que le circunda y su concepto platónico de las ideas y del lenguaje, Góngora ha realizado la gran revolución de la poesía universal.

Cuando muere, el propio Lope, que ha sido uno de sus más violentos detractores, le dedica un admirable soneto:

"Despierta, ¡oh Betis!, la dormida plata
y, coronado de ciprés, inunda
la docta patria, en sénecas fecunda,
todo el cristal, en lágrimas desata;

repite soledades y dilata
por campos de dolor, vena profunda,
única luz que no dejó segunda;
al polifémo ingenio Atropos mata.

Góngora ya la parte restituye
mortal al tiempo; ya la culta lira
en cláusula final la voz incluye.

Ya muere y vive: que esta sacra pira
tan inmortal honor le constituye,
que nace fénix donde cisne expira."

El cisne, decía Sócrates, no canta un himno de dolor, porque se despide de la tierra. Sino un canto de triunfo y de esperanza, porque en el umbral de la muerte vislumbra los horizontes de la inmortalidad, que le asegura su mítica consagración al divino Apolo.

Góngora es el cisne que en su vejez ha cantado en estrofas de la más alta y pura poesía, como una intuición, como el augurio de que un día su alma se encontraría —también y para siempre— con el milagro de la única e intangible belleza [1].

[1] El texto del presente trabajo ha sido redactado sobre el guión de la conferencia pronunciada por su autor el día 21 de abril de 1961 en el Ateneo de Madrid.

EL ENIGMA DE LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD

II. LA CRISIS

Por JULIO PALACIOS

"Gleichzeitig glaube ich aber, dass die Unvollkommenheit meiner bishering Darstellung der Hauptgedanken der Theorie an diessem Missverstandniss die Schuld trägt."

Pero, al mismo tiempo, creo que la culpa de todas estas confusiones es imputable a que, hasta ahora, mi exposición de las ideas fundamentales de la teoría ha sido incompleta.

(ALBERT EINSTEIN: "Prinzipielles zur veralgemeinerten Relativitätstheorie und Gravitationstheorie". *Phys. ZS.,* 15, página 176; 1914.)

LO ABSOLUTO Y LO RELATIVO.

ANTES de que Lorentz desarrollase su teoría electromagnética de las cargas móviles, era obvio el que el movimiento tenía carácter eminentemente relativo, pues no se preveía la posibilidad de que, al moverse, resultase alterada alguna de las propiedades intrínsecas del cuerpo móvil. Para medir velocidades, no había otro procedimiento que medir distancias respecto de un sistema de referencia, que podía ser elegido arbitrariamente, y de aquí el que el movimiento fuese, de por sí, considerado como cosa relativa.

La cuestión cambió de aspecto al ser confirmada experimentalmente una de las consecuencias de la teoría de Lorentz: el movimiento hace que los cuerpos cambien de forma y de tamaño. Se descubrió luego que la masa aumentaba con la velocidad, con lo que ya eran

dos las propiedades intrínsecas afectadas por el movimiento. Todo indicaba, a principios de siglo, que se había realizado uno de los mayores descubrimientos; el movimiento de los cuerpos tenía carácter absoluto porque se hacía perceptible gracias a los cambios de tamaño y de masa. En esta coyuntura es cuando nace la teoría de la relatividad, con lo que no sólo el movimiento vuelve a ser cosa relativa, sino que pierden el carácter absoluto las distancias, las masas y las duraciones. Si *A* y *B* son dos longitudes, dos masas o dos tiempos, y se tiene la evidencia de que *A* es mayor que *B*, es igualmente cierto que *B* es mayor que *A*, pues todo depende del punto de vista que se adopte. Son dos verdades relativas o, si se quiere, dos falsedades relativas, pues lo que es cierto para uno es falso para otro.

EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD.

Para el mes de julio de 1955 estaba anunciada la celebración en Berna del quincuagésimo aniversario de la publicación del primer trabajo de Einstein sobre la teoría de la relatividad. Se había previsto la presencia de Einstein, pero su muerte, ocurrida poco antes de la apertura, fue causa de que la fiesta se transformara en homenaje póstumo.

Las actas del cincuentenario fueron publicadas en la revista suiza "Helvetica Physica Acta". Van precedidas de un prólogo en el que el profesor André Mercier, secretario del Comité Organizador, expone el programa de la conferencia. La lectura de este prólogo deja perplejo a todo el que, sin ser especialista, creyese que, al cabo de cincuenta años y con los éxitos que reseñamos en el primer artículo de esta serie, creyese que la teoría einsteiniana estaba tan firmemente establecida, que lo procedente era que le rindiesen homenaje todas las ciencias afectadas y, en particular, la Física y la Filosofía. Pero se dio la circunstancia extraña de que la Filosofía fuese excluída totalmente y, en cuanto a la Física, fue sometida a una especie de censura previa, pues las deliberaciones fueron divididas en dos partes: una pública, a cargo de un antiguo *amigo* y camarada de Einstein, y la otra reservada a los sabios, colegas y *amigos* de Einstein. (He subrayado lo de amigos.)

Justifica Mercier la exclusión de la Filosofía alegando que "hubiera sido preciso plantear la cuestión del determinismo, más candente que nunca, lo que hubiera motivado la irrupción en avalancha de físicos, lógicos, epistemólogos y de todos los pensadores en general".

El precedente párrafo, juntamente con otros en que se señalan las dificultades de compaginar la relatividad con lo teoría de los cuantos, indica claramente que los organizadores reconocían que, a pesar de sus éxitos, la teoría de Einstein llevaba en su seno una crisis latente que lo mismo podía resolverse en favor que en contra.

ESTALLA LA CRISIS.

La noticia de la muerte de Einstein conmovió a todo el mundo y, como natural consecuencia, renació la curiosidad por conocer las portentosas ideas de Einstein. Con ello han vuelto las viejas discusiones y todo parece indicar que la teoría relativista ha entrado en un período de crisis del que difícilmente podrá salir ilesa.

La discusión se ha planteado en torno a la famosa paradoja de los relojes, que puede describirse como sigue. Por una vía recta (sistema S) marcha un tren (sistema S') con velocidad constante. Según la teoría de Einstein, debe suceder que los relojes del tren marchen más despacio que los de la vía, y tal podría ser la velocidad, que por cada diez horas transcurridas en la vía, transcurriesen tan sólo nueve en el tren, de tal modo que, al regresar los viajeros a la estación de partida, se encontrarían con que, según sus relojes, el viaje de ida y vuelta había durado dieciocho horas en lugar de las veinte horas previstas en la guía de ferrocarriles.

Si todo se redujera a afirmar que el movimiento es causa de que los relojes marchen más despacio, sería cosa admirable, pero clara y sencilla. Nada tendría de absurdo el que el tiempo transcurriera más lentamente en el tren, como si allí la naturaleza se volviera más perezosa. La paradoja surge cuando, en virtud del principio de relatividad, que Einstein establece como base de su teoría, no hay razón para afirmar que la vía está fija y que el tren se mueve, por lo que tan

cierto es que los relojes del tren retrasan con relación a los de la vía como que son éstos los que marchan más despacio. De aquí que, si es cierto que el viaje de ida y vuelta dura para los viajeros dos horas menos que lo previsto, ha de ser igualmente cierto que ocurra lo contrario.

Expuesta así la paradoja, en prosa corriente, resulta un absurdo claro y rotundo. Pero el que posea conocimientos rudimentarios de Álgebra, y confíe en ella más que en el sentido común, podrá ver —y aquí está la paradoja— que, según las ecuaciones de Lorentz, ambas soluciones son igualmente legítimas.

Es frecuente que un problema físico, planteado en forma matemática, admita dos o más soluciones a pesar de ser seguro que no puede haber más que una. En tales casos, siempre hay un criterio para distinguir la que corresponde a la realidad. Si, por ejemplo, la incógnita es una duración, y se obtienen dos valores, uno positivo y otro negativo, no cabe dude de que será válido el primero y no el segundo. El quid de la paradoja de los relojes está en hallar una razón que permita decidir si el viaje, medido con los relojes de los viajeros, dura más o menos de lo previsto, y aquí es donde aparecen las opiniones más variadas y contradictorias. En el momento actual existen, a grandes rasgos, los siguientes grupos de opinión:

1.º *Los ortodoxos.*

Mantienen las ecuaciones de Lorentz, el principio de relatividad y la invariabilidad de la velocidad de la luz. Entre ellos cabe distinguir dos clases:

a) Los que opinan que la paradoja puede explicarse sin nuevas hipótesis.

b) Los que creen que hay que recurrir a la teoría general de la relatividad, esto es, admitir la equivalencia entre la aceleración y un campo gravitatorio ficticio.

2.º *Los heterodoxos.*

Niegan que el movimiento pueda influir sobre la marcha del tiempo, lo que les obliga a rechazar la transformación de Lorentz. Mere-

cen ser llamados puritanos porque pretenden conservar el principio de la relatividad en toda su pureza, esto es, se atienen a la equivalencia completa de todos los sistemas inerciales.

3.º *Los incrédulos.*

Rechazan los dos principios fundamentales de la teoría de Einstein, o sea, el principio de relatividad y la invariabilidad de la velocidad de la luz.

El hecho de que los especialistas pertenecientes a los dos primeros grupos propongan incesantemente nuevas explicaciones de la paradoja, y que ninguna satisfaga a todos, induce a pensar que tratan de explicar lo inexplicable. Yo me he entretenido en criticar muchas de las explicaciones propuestas, y en mi libro [1] he hecho ver que cualquier razonamiento que sirva para demostrar que, al final del viaje de ida y vuelta, el reloj del viajero marca menos que el de la estación de partida, sirve también para demostrar lo contrario utilizando adecuadamente la transformación de Lorentz. He demostrado, además [2], que el principio de relatividad, no sólo es incompatible con la transformación de Lorentz, sino que es incompatible consigo mismo.

De cómo Einstein explicó la paradoja.

Sería el cuento de nunca acabar el analizar todas las pretendidas explicaciones de la paradoja de los relojes. Por eso, lo mejor será que nos atengamos a las opiniones más autorizadas.

Lorentz no creyó que las distancias y las duraciones fuesen cosas relativas. Para él, la contracción que experimentan los cuerpos al moverse es tan real como la debida a un descenso de temperatura, y debe ser igualmente apreciada por todos los observadores. En cuanto a la contracción del tiempo no pasaba de ser un artificio de cál-

---

[1] *Relatividad. Nueva teoría.* Espasa-Calpe, 1960.

[2] *A Reappraisal of the Principle of relativity as Applied to Moving Interferometers.* Se publicará en la "Rev. R. Acad. Ciencias", de Madrid, vol. 54; cuaderno 2.º (1961).

culo con el que se lograba que la constante c permaneciese invariable.

Para Einstein rige el principio de relatividad. No tiene sentido hablar del movimiento de un cuerpo si no hay otro que sirva de referencia y, del mismo modo que es imposible averiguar cuál está fijo y cuál en movimiento, tampoco se puede identificar el que se contrae. Decir que A se mueve con relación a B vale tanto como decir que B se mueve con relación a A, y decir que A se contrae con relación a B vale tanto como decir que B se contrae con relación a A, aunque esto último parezca imposible. Todo pasa como si A y B se contemplasen mutuamente a través de una lente cilíndrica; cada uno vería deformado al otro.

Los símiles nada demuestran y el de la lente cilíndrica que, todo lo más, podría servir para hacer imaginable el que la contracción de los cuerpos sea cosa relativa fracasa cuando se trata de las indicaciones de dos relojes, uno en reposo y otro en movimiento, pues no hay artificio que permita hacernos comprender que si A retrasa con relación a B, tenga que suceder que B retrase con relación a A. Esta dificultad se presentó ya en los albores de la teoría de la relatividad einsteiniana, y se le concedió tal importancia que, transcurridos ya trece años, el propio Einstein le consagró un largo artículo [3] en la revista alemana "Die Naturwissenschaten".

Simula Einstein un diálogo entre un crítico y un relativista, y lo notable es que este último, que naturalmente es Einstein en persona, abandona de buenas a primeras la relatividad especial, cosa que debieran tener en cuenta los ortodoxos de la clase *a)*, que todavía persisten en explicar la paradoja sin añadir nada a los postulados de dicha teoría. He aquí, en resumen, la explicación de Einstein.

Pregunta el crítico: ¿Cómo puede suceder que el reloj móvil retrase respecto del fijo siendo así que el principio de relatividad exige que lo contrario sea igualmente cierto?

Responde el relativista: Los dos sistemas, el fijo S y el móvil S', aunque ambos sean inerciales, no son equivalentes, pues el móvil tiene que haber sufrido una aceleración previa que es preciso tener en cuenta, y ello requiere recurrir a la teoría general de la relati-

---

[3] A. EINSTEIN: *Die Naturwissenschaften*, t. 48, pág. 697 (1918).

vidad, según la cual sucede que *la aceleración equivale a un campo gravitatorio y que un reloj marcha tanto más de prisa cuanto mayor es el potencial gravitatorio en el lugar en que se encuentra.*

Replica el crítico que no puede creer que un campo gravitatorio *ficticio* sea responsable de un cambio *real* en la marcha de los relojes, a lo que el relativista responde con el siguiente párrafo:

"La distinción entre lo real y lo ficticio me tiene sin cuidado. Para el observador móvil "existe" el campo gravitatorio lo mismo que cualquier otra magnitud física, aunque el observador fijo lo considere como cosa ficticia. También la energía cinética "existe" para quien ve moverse un cuerpo, y no existe para quien lo acompañe en su movimiento. En fin, todo es relativo y hay que poner en duda hasta lo que se tiene por más cierto. Ya no se puede asegurar, como creía Newton, que "todos los *campos gravitatorios* sean producidos por masas"; la Tierra sufre aceleraciones al recorrer su órbita y al girar en torno de su eje, pero también se puede decir que son todas las estrellas, y con ellas el Sol, las que se aceleran respecto de la Tierra, y que inducen un campo gravitatorio del mismo modo que las cargas eléctricas inducen un campo eléctrico al ser aceleradas".

Del precedente diálogo se deduce que el movimiento de dos sistemas inerciales es cosa relativa y no hay razón ninguna para llamar fijo al uno y móvil al otro. Esta circunstancia se manifiesta en la perfecta simetría de la transformación de Lorentz, de la que resulta que los cambios de tamaño son "reales" para quien los ve y no los sufre, y "ficticios" para quien los sufre pero no los ve. Lo que ocurre con el tiempo es ya otro cantar. A pesar de ser cosa más sutil y escurridiza, permite ya hacer afirmaciones que, pese al principio de relatividad, tienen carácter absoluto, pues han de estar conformes con ellas ambos observadores. Basta, en efecto, saber (¿o suponer?) cuál de los dos sistemas ha sido acelerado para poder asegurar que sus relojes van más despacio que los del otro, conclusión con la que el crítico y el especialista se manifiestan *unbedingt einverstanden,* completamente de acuerdo.

Lo malo es que quien no quedó de acuerdo fue el propio objeto de la discusión: la transformación de Lorentz. Sea cual fuere el sistema acelerado (o el que sufre los efectos del campo gravitatorio fic-

ticio originado por la aceleración del otro), las fórmulas de Lorentz persisten en que, una vez terminada la aceleración, cuando ambos sistemas son inerciales, subsiste la relatividad para las duraciones, y que cada observador ve como cosa *real* el retraso del reloj del otro, y como nula o *no existente* el de su propio reloj.

La explicación de Einstein, que ha sido recientemente reproducida por Moller [4], se presta a objeciones que la invalidan totalmente según hemos demostrado en nuestro ya citado libro. Aquí nos limitaremos a decir que no pareció convincente, por cuanto algunos años después, en abril de 1922, se planteó nuevamente la cuestión en el Colegio de Francia en presencia de Einstein. De lo sucedido allí tenemos cabal noticia gracias al relato publicado en la revista francesa "La Nature".

Inició la discusión Painlevé considerando dos sistemas de los que no se pudiera decir cuál había sido acelerado inicialmente, a saber:

1.º Una vía férrea y un grupo de observadores repartidos a lo largo de la misma.

2.º Un tren que marcha con velocidad constante y que lleva otro grupo de observadores.

En cierto punto A de la vía hay una estación con su jefe y su reloj. El tren lleva en su vagón central al jefe de tren con su correspondiente reloj. Se supone que, cuando el vagón central pasa por A, ambos relojes marcan el mismo tiempo $t = t' = 0$, y que, en lo sucesivo, no se hace nada con los relojes. Al cabo de cierto tiempo, el tren para súbitamente y retrocede con la misma velocidad que llevaba a la ida. Cuando el jefe de tren pasa nuevamente por A, compara su reloj con el del jefe de estación. La paradoja consiste en que, según las ecuaciones de Lorentz, el reloj del tren debe retrasar con respecto al de la estación, cuando se considera la vía como sistema fijo, mientras que es el reloj de la estación el que debe marchar más despacio si se considera al tren como sistema fijo.

La respuesta de Einstein, traducida al pie de la letra, dice:

"Se puede fácilmente resolver la dificultad de dos maneras: desde el punto de vista formal no se puede aplicar el principio de rela-

---

[4] C. MOLLER: *The Theorie of Relativity*. Oxford, Clarendon Press, 1955.

tividad restringida a los sistemas considerados, por lo que el razonamiento no es válido. Mientras cambia la velocidad del tren el sistema no es galileano; pero, sobre todo, el conjunto de los dos sistemas, uno que marcha durante cierto tiempo con la velocidad *v*, y otro que marcha en sentido contrario con la misma velocidad, no constituyen un sistema inercial. No hay, pues, reciprocidad entre dos triedros, uno de los cuales ha cambiado de velocidad y el otro no. Esto en lo que se refiere al aspecto formal. Pero también es fácil demostrar que las observaciones del jefe de estación y las del jefe de tren son concordante. Si el jefe de estación ve retrasar el reloj del jefe de tren, el jefe de tren verá que adelanta el del jefe de estación".

Pese a la aparente facilidad con que Einstein resolvió la cuestión planteada por Painlevé, la cosa no quedó en claro ni mucho menos. Decir que desde el punto de vista formal no es aplicable el principio de relatividad es negar su validez, pues la transformación de Lorentz está hecha para ser aplicada a dos sistemas inerciales cualesquiera, y nadie puede negar que la vía y el tren de regreso son sistemas inerciales. El otro aspecto de la cuestión, que al no ser formal (en el sentido de formulario, o sea resuelto con fórmulas) tiene que ser intuitivo, lleva también a la negación del referido principio, pues si el jefe de estación ve que *retrasa* el reloj del tren, el tal principio —y las ecuaciones de Lorentz— exige que el jefe de tren vea que *también retrasa* el reloj de la estación, y esto lo mismo en el viaje de ida que en el de vuelta, por lo que, contra lo que afirma Einstein, es imposible que las observaciones de ambos jefes sean concordantes.

Lo indicado para resolver la paradoja es recurrir al testimonio de un árbitro imparcial, otro observador que viajase en otro tren a media velocidad, de tal modo que, en todo momento, se hallase equidistante entre la estación y el tren de marras, y *viese* ambos relojes para decidir cuál marcha más despacio. Hecho el cálculo [5], se ve que es imposible que los relojes se comporten de acuerdo con las ecuaciones de Lorentz.

---

[5] J. Palacios: "Rev. R. Acad. Ciencias Madrid", t. 55, cuad. 2.º (1961).

La opinión de Langevin.

No debió quedar satisfecho el profesor Langevin con la explicación de Einstein porque a los dos días trató otra vez a fondo la cuestión e hizo resaltar una circunstancia importantísima que había quedado inadvertida. Resulta que: "*cuando el tren cambia de velocidad, los viajeros se dan cuenta de que sus relojes están desconcertados y tienen que volver a ponerlos en hora*".

Es extraño que la sagaz observación de Langevin haya caído en el olvido. Todos los relativistas siguen opinando que, al cambiar de sistema inercial, los relojes se ajustan automáticamente a su nueva situación. Cuando al meditar sobre estas cuestiones caí en la cuenta de que no podía ser así, sino era preciso hacer el ajuste artificialmente, creí haber descubierto algo nuevo [6], y lo mismo le ocurrió poco después a Swann [7]. Ha sido recientemente cuando, gracias a las pesquisas de mi colaborador el doctor Díaz Bejarano, ha caído en mis manos el artículo de "La Nature" con la explicación de Langevin.

La observación de Langevin aclara considerablemente las oscuridades relativistas. El reajuste de los relojes es una operación que ha de ser ejecutada a mano con el solo propósito de que, al medir en el tren la velocidad de la luz, resulten los mismos 300.000 kilómetros por segundo que cuando la medida se hace en la vía. Al plantear Painlevé la paradoja, impuso la condición de que nada se hiciese con los relojes del jefe de tren. ¿Qué pasaría si los viajeros se abstuvieran de mover las manecillas de sus relojes? ¿Puede considerarse como ley natural el hecho que cada sistema inercial tenga su *tiempo local*, siendo así que ello resulta del empleo de relojes convenientemente amañados?

El que cada vez que el tren cambia de velocidad tengan necesidad los viajeros de reajustar sus relojes hace que el problema de averiguar lo que marcará cada uno al regreso a la estación *A* sea indeterminado, pues la solución dependerá del reloj al que se conceda el privilegio de permanecer inalterado. Como cada viajero puede recla-

---

6 Ib., t. 51, cuad. 1.º (1957).

7 W. F. G. Swann: "Am. J. Phys.", t. 28, pág. 55 (1960).

mar para sí este privilegio, habrá soluciones para todos los gustos. Y aunque hubiere alguna razón para dar la preferencia a uno determinado, sucederá que lo que marquen los demás relojes a su regreso dependerá del lugar que ocupen en el tren, a pesar de que todos han pasado por las mismas vicisitudes.

Los saltos bruscos.

Por haber caído en el olvido la atinada observación de Langevin, siguen muchos relativistas ortodoxos creyendo que los relojes se comportan automáticamente de acuerdo con las ecuaciones de Lorentz, y al investigar lo que sucede en el momento en que el tren invierte su marcha, deducen que el viajero verá que el reloj de la estación de partida avanza bruscamente, y que este avance, no sólo compensa su retraso con relación a los relojes del tren, sino que es causa de que, a la postre, marque un tiempo mayor que el reloj del viajero. Falta, evidentemente, encontrar la causa física de dicho salto brusco, y aquí es donde, se quiera o no se quiera, no hay más remedio, de acuerdo con Einstein, que echar mano de la teoría general para afirmar que es debido al campo gravitatorio ficticio equivalente a la aceleración del tren. Este salto, sería inexistente para el jefe de estación (que lo sufre, pero no lo percibe), y real para el jefe de tren (que lo *ve* en el otro, pero no lo sufre en sí mismo).

He procurado expresar con palabras lo que se deduce de alambicados cálculos matemáticos, y encontraré natural que el lector quede sumergido en un mar de confusiones. Así debe ser, porque la verdad es que ese misterioso salto es debido al reajuste que han de experimentar los relojes del tren al invertir su marcha. Este reajuste es real, pues ha de ser ejecutado a mano, por lo que puede decirse que la relatividad general proporciona una solución ficticia de un problema inexistente. Es como buscar campos gravitatorios para explicar que haya una hora de diferencia entre los relojes situados a uno y otro lado de la frontera entre Portugal y España.

EL ESPACIO DE CUATRO DIMENSIONES.

Nos queda por analizar otra de las explicaciones de la paradoja, que es ciertamente la más sutil y de mayor alcance metafísico. Tiene, además, interés para los que hablamos español porque recientemente ha sido expuesta de modo claro y preciso por el profesor Loedal Palumbo [8], de la universidad de La Plata. Además, otro profesor argentino, José Álvarez López [9], en un bien razonado y documentado artículo, demuestra que son falaces todas las explicaciones basadas en la distinción entre el tiempo y el espacio y que es preciso renunciar a la medida por separado de distancias y duraciones para atenerse a los llamados intervalos espacio-temporales o tiempo-espaciales, con los que se tiene en cuenta, a la vez, el lugar y la fecha en que ocurre un suceso determinado.

Sea por nuestra educación, sea por nuestra estructura mental, consideramos el tiempo como cosa independiente del espacio y, por eso, para saber cuánto tiempo ha vivido un personaje, creemos que basta con que nos digan cuántos años han transcurrido desde su nacimiento hasta su muerte. Pero, según la relatividad einsteiniana, este dato nada significa de por sí, pues varía según el sistema inercial en que se halle el calendario con que se efectúa el cómputo. Si se quiere medir la vida de nuestro personaje mediante una magnitud con cuyo valor estén de acuerdo todos los personajes, es preciso, según los relativistas, conocer la distancia entre su pueblo natal y el sitio en que falleció. Ambos datos, diferencia de fechas y distancia entre lugares, se combinan en una fórmula matemática que nos da el intervalo tiempo-espacial que debe tomarse como la verdadera y absoluta medida de la edad que nuestro personaje tenía al fallecer.

Según esta interpretación, nunca podremos formar una imagen intuitiva de las leyes físicas porque nuestra razón está hecha para discurrir en un espacio de tres dimensiones, siendo así que dichas leyes han de expresarse en un espacio en el que el tiempo figura como

---

[8] E. LOEDEL PALUMBO: "Rev. Fac. Ciencias La Plata", t. 6, pág. 23 (1959).

[9] J. ÁLVAREZ LÓPEZ: *The meaning of the clock paradox*. Universidad Católica de Córdoba, Argentina (1959).

cuarta dimensión. Estas ideas fueron expuestas por Minkowski, maestro de Einstein, el año 1907 en el LIII Congreso de Médicos y Naturalistas celebrado en Colonia, en un célebre discurso que comenzó con este solemne párrafo:

"Señores: Las ideas que voy a desarrollar ante ustedes acerca del tiempo y del espacio se basan en la experiencia física. En ello radica su fuerza. Su tendencia es radical. Desde este momento, el espacio en sí y el tiempo en sí se sumergen en las sombras, pero queda una entidad formada por la unión de ambos a la que se puede atribuir existencia propia."

Merced a las ideas de Minkowski, la teoría de Einstein pasó a ser una cronogeometría en un espacio de cuatro dimensiones, con una métrica especial, en el que la transformación de Lorentz se interpreta como una rotación. El espacio-tiempo, o universo de Minkowski tiene carácter absoluto, a diferencia del tiempo en sí y del espacio en sí que, por ser cosas relativas, carecen de existencia objetiva.

Las ideas de Minkowski fueron acogidas con entusiasmo por los relativistas, físicos y matemáticos, y contribuyeron grandemente al prestigio de la teoría de la relatividad. Pero basta recordar la manipulación a que han de someterse los relojes si se quiere que sea válida la transformación de Lorentz, para que se derrumbe el imponente edificio construído sobre las ideas de Minkowski. El espacio universo de cuatro dimensiones, lejos de ser el escenario en que rigen objetivamente las leyes físicas, no es más que un espacio artificial logrado con relojes amañados.

Algo sobre la teoría general de la relatividad.

Las teorías de Lorentz y de Einstein difieren radicalmente. Para este último rigen los principios de relatividad y de invariancia de la velocidad de la luz. En la teoría de Lorentz los efectos del movimiento tienen carácter absoluto y, para que la velocidad de la luz valga lo mismo en todos los sistemas inerciales, hay que introducir el tiempo local, que es lo mismo que utilizar relojes amañados. A pesar de estas diferencias, ambas teorías conducen a fórmulas idénticas, por

lo que la teoría einsteiniana se aprovecha, a modo de riquísima herencia, de todas las confirmaciones experimentales previstas por la teoría de Lorentz. Por otra parte, no hay posibilidad de idear un *experimentum crucis* que permita decidir entre una y otra teoría, pues ambas se basan en la transformación de Lorentz y la no validez de una de ellas implica el tener que rechazar la otra.

La equivalencia formal entre las teorías de Lorentz y de Einstein cesa cuando se pasa de la relatividad restringida a la generalizada. En la primera se postula que las leyes físicas han de tener igual forma en todos los sistemas inerciales. En la teoría general se afirma que *todos los sistemas de referencia, cualquiera que sea su movimiento, son igualmente aptos para la descripción de los fenómenos naturales*. En otros términos: cualquier perturbación que revelen los aparatos de un laboratorio, aunque sea un terremoto que lo lance a gran distancia, puede explicarse sin más que suponer que el laboratorio ha permanecido quieto y que han sido algunos de los cuerpos exteriores los que se han movido, produciendo así los efectos mecánicos o electromagnéticos acusados por los aparatos. Cuando un tren toma a gran velocidad una curva muy cerrada, los viajeros pueden interpretar la fuerza centrífuga como ocasionada por la atracción de un gran planeta que haya llegado súbitamente por el lado convexo de la curva. De aquí que se postule el *principio de equivalencia* según el cual *la aceleración y la gravitación son cosas equivalentes*.

La nueva teoría logró tres confirmaciones experimentales que vamos a reseñar sumariamente.

En primer término, explicó el avance del perihelio de Mercurio, avance encontrado por los astrónomos y que era objeto de conjeturas encaminadas a explicarlo mediante la teoría de Newton.

Además, predijo que los rayos luminosos debían desviarse al atravesar un campo gravitatorio, y que la desviación debía ser el doble de la que se deduce de la teoría de Newton al tomar en consideración la masa gravitatoria que, en virtud de su energía, hay que atribuir a los fotones. Esta predicción tuvo confirmación espectacular en el eclipse solar de 1919.

Finalmente, según la teoría de Einstein, debe suceder que los relojes marchen más despacio allí donde el campo gravitatorio sea más

intenso. Claro está que los relojes de péndulo y las clepsidras se comportan justamente al contrario de tal previsión, pero parece ser que los relojes a que se refieren los relativistas nada tienen que ver con los aparatos que todo el mundo emplea para medir el tiempo, y llaman relojes a los átomos, porque cada uno es capaz de emitir un espectro con frecuencias determinadas. Para estos relojes, la teoría general de la relatividad predice que:

Todo átomo emite y absorbe luz cuya frecuencia depende del potencial gravitatorio del lugar en que se encuentra.

La precedente afirmación equivale a decir que todas las rayas espectrales deben correrse hacia el rojo (disminuir de frecuencia) cuando el átomo emisor se encuentra en la proximidad de una gran estrella. El efecto previsto es difícilmente observable por su pequeñez, pero fue definitivamente comprobado por Adams el año 1924 mediante observaciones efectuadas en el compañero denso de Sirio, gracias a que, en este caso, el efecto es unas treinta veces mayor que el producido por el Sol.

Si la teoría de Einstein fuese la única capaz de explicar los tres hechos que acabamos de reseñar, no habría más remedio que admitirla cualesquiera que fuesen sus dificultades epistemológicas. Pero, en nuestro ya mencionado libro hemos demostrado que, con nuestra teoría se logra el mismo propósito y, por otra parte, el eminente matemático y físico peruano don Godofredo García [10] ha hecho ver que lo mismo se consigue sin salir del terreno de la Física clásica.

A juzgar por su nombre, podría suponerse que la teoría especial fuese un caso particular de la general, pero no es así, y puede afirmarse que esta última poco o nada tiene que ver con la primera. En la general, el tiempo recobra su carácter absoluto, pues el cambio que el campo gravitatorio produce en la frecuencia de las rayas espectrales es un fenómeno que, habida cuenta del efecto de Doppler-Fizeau, es igualmente apreciado por todos los observadores, fijos y móviles. Además, la definición del tiempo que dio Einstein para dos lugares separados, pero en reposo relativo, no rige ya en relatividad general aunque ambos puntos se hallen inmóviles, siendo así que

10 GODOFREDO GARCÍA: "Actas Ac. Nac. Ciencias de Lima", t. 19 (1956).

ahora es cuando estamos seguros de que los tiempos invertidos por la luz a la ida y a la vuelta han de ser iguales, por lo que, para ser consecuentes, habría que sincronizar todos los relojes fijos mediante señales luminosas, y definir así un tiempo universal y una simultaneidad absoluta.

En la teoría general no aparece la paradoja de los relojes, pero hay sobradas razones para rechazarla. A las razones ya expuestas, añadiremos que el principio de equivalencia, que confunde la aceleración con la fuerza, ha sido sometido a una crítica demoledora por Burniston Brown [11].

LAS MUTILACIONES DE LA REALIDAD.

Cabe esperar que, con el perfeccionamiento de los métodos de investigación, sean teóricos o experimentales, se descubran diferencias que hayan escapado a un estudio menos profundo. La relatividad einsteiniana tomó sistemáticamente la tendencia contraria; cosas claramente distintas, se funden o confunden en una sola. Tiempo y espacio se confunden para formar una entidad superior que ha de medirse con un aparato híbrido de metro y reloj. Se pretende que la masa gravitatoria sea la misma cosa que la masa inercial [12], y ambas se confunden con la energía. Los dos principios de conservación, el de la masa y el de la energía, se reúnen en uno solo. Todo esto, merced a un proceso que consiste en tomar en consideración atributos comunes o analogías formales, y prescindir de lo que cada magnitud física tiene de peculiar: su dimensión. Por eso, se ignora algo tan fundamental como la existencia de las constantes universales y no se plantea siquiera el problema de averiguar lo que les sucede al cambiar de sistema de referencia.

---

[11] G. BURNISTON BROWN: "Am. J. Phys.", vol. 28, pág. 475 (1960).

[12] En nuestro libro *Análisis dimensional* (Espasa-Calpe, 1955) demostramos que, contra lo que afirman muchos autores (Planck, Einstein, Joos, Sommerfeld, etcétera) *la masa inercial y la gravitatoria son inseparables,* entre otras razones, porque entre sus medidas existe la relación $m_g = \sqrt{G}\, m_i$, donde G es la constante de la gravitación universal. A igual consecuencia llega Burniston Brown (loc. cit.).

Con la relatividad einsteiniana desaparece la diferencia entre lo pasado y lo porvenir; entre lo real y lo ficticio; entre lo natural y lo artificioso; entre lo verdadero y lo falso. A fuerza de ignorar diferencias, se pretende explicar todos los fenómenos naturales mediante un solo campo. Al final de su vida dio Einstein la forma que consideraba más natural para lograr esta reducción, pero advirtió que no veía la manera de comprobar si estaba de acuerdo con los hechos conocidos.

Cuando habían fracasado todos los intentos de reducir la Física a la Mecánica, trata la relatividad de reducir todos los fenómenos naturales a una Geometría *sui generis,* que es a modo de lecho de Procusto en el que no cabe la realidad si no es a fuerza de mutilaciones [13].

En la Física clásica importaba, ante todo, distinguir claramente las diferentes magnitudes físicas, y el problema consistía en hallar sus relaciones mutuas. La teoría de la relatividad las mezcla y confunde para construir campos tensoriales que no guardan con la naturaleza más que una borrosa y difusa correspondencia. Podría decirse que la Relatividad einsteiniana es a la Física clásica lo que el arte abstracto a la pintura de Velázquez.

La nueva teoría.

Cuando por pura curiosidad, intentamos ver si era posible desarrollar una teoría basada en ecuaciones diferentes de las de Lorentz, nos dábamos perfecta cuenta de que nos lanzábamos a una aventura que, según todas las probabilidades estaba condenada al fracaso. Parecía empresa descabellada abandonar una ruta que había conducido

---

13 A las razones que hemos aducido en pro de nuestra tesis, hay que añadir las alegadas por J. Callaway, "Phys. Rev.", vol. 92, pág. 1567 (1953), quien demuestra que la teoría del campo unificado conduce a resultados falsos cuando se aplica a concentraciones de materia cargada eléctricamente, pues resulta que tales concentraciones se moverían en los campos electromagnéticos como si estuviesen descargadas.

Un resumen de los intentos de reducir la Física a la Geometría es obra de John A. Wheeler, *Geometrodynamics and the Problem of Motion.* "Rev. of Mod. Phys.", vol. 33, pág. 63 (1961).

a los brillantes éxitos logrados por Einstein y que había sido embellecida con las aportaciones de los mejores matemáticos y físicos contemporáneos. Siendo tan hermosa la teoría de Einstein, ¿qué importaba el que los que no tuviésemos el cerebro privilegiado de su autor no lográsemos entender lo que nos decía acerca del tiempo y del espacio? ¿No sería preferible atenernos a la buena lógica matemática y aceptar las consecuencias de los postulados relativistas, aunque nos resulten incomprensibles? Pero es el caso que con nuestras fórmulas, y sin necesidad de nuevas hipótesis, llegamos a las mismas consecuencias que, por haber sido comprobadas experimentalmente, se consideran como pruebas irrefutables de la teoría de Einstein.

Las nuevas fórmulas de transformación pueden deducirse a partir de dos postulados que son consecuencia directa de hechos bien comprobados y que tienen que ser admitidos por todos los relativistas porque son un caso particular del principio de relatividad y de la instancia de la velocidad de la luz. Estos postulados son:

1.º Es imposible, por métodos interferenciales, averiguar si un aparato está en reposo o se mueve con velocidad constante.

2.º Existe un sistema inercial, homogéneo e isótropo, en el que la luz se propaga con igual velocidad en todas direcciones.

De estos postulados, completados con otro que toma cuenta de la inercia de la energía, y que sirve para establecer la ley fundamental de la Dinámica, se deducen las siguientes consecuencias:

a) Los cuerpos en movimiento experimentan una contracción que difiere de la de FitzGerald-Lorentz en que afecta también a las dimensiones transversales. Es, pues, una contracción real con carácter absoluto y puede servir, en principio, para averiguar hacia dónde y con qué velocidad se mueve la Tierra. Hay, pues, un espacio en reposo y el movimiento adquiere el carácter de cosa absoluta.

b) La frecuencia de las rayas espectrales es máxima cuando el átomo emisor se halla en reposo absoluto.

c) La semivida de los cuerpos radiactivos es mínima cuando están en reposo absoluto.

d) Por efecto del movimiento, cambian las constantes universales de acuerdo con su fórmula dimensional.

e) Tiene sentido hablar de *simultaneidad real* ($t =$ const), que es la que corresponde al espacio en reposo absoluto.

f) La velocidad de la luz no es invariable [14], pero se puede lograr que tenga la misma medida en todos los sistemas inerciales gracias a la contracción de los metros —que es un fenómeno natural— y a la especial manera de poner en hora los relojes, sin modificar su marcha, que es una operación artificial. Con el tiempo artificial se puede definir en cada sistema inercial una *seudo-simultaneidad* ($t' =$ const).

g) El contraste de relojes mediante señales luminosas es aplicable tanto a los relojes en reposo como a los metros móviles, con tal de que la emisión y la recepción de las señales se realice desde el sistema en reposo.

h) Distancias y duraciones son magnitudes físicas inconfundibles, lo que no impide introducir un *espacio abstracto,* esto es, irreal, en el que el tiempo artificial figure como cuarta dimensión. De este modo, subsiste todo el aparato matemático de la teoría de Einstein, sin más que completar el concepto de tensor atribuyendo a cada uno un *grado de homogeneidad,* de acuerdo con su fórmula dimensional.

La nueva teoría difiere fundamentalmente de la de Einstein, pues ya no rige ninguno de los principios en que se basa esta última. El principio de relatividad cae por su base porque los efectos que el movimiento produce sobre el tamaño y sobre la masa de los cuerpos tiene carácter absoluto. La velocidad de la luz depende del sistema inercial en que se mide. Finalmente, la nueva teoría sugiere gran variedad de experimentos que, al ser realizados con suficiente precisión, servirán para averiguar cómo y hacia dónde se mueve un sistema inercial determinado, por ejemplo, la Vía Láctea de que formamos parte [15].

---

14 J. PALACIOS: "Rev. R. Acad. Ciencias Madrid", t. 54, cuad. 4.º (1960).

15 Hay ya un precedente que hace plausibles estas predicciones. Como resultado de las observaciones de los eclipses de los satélites de Júpiter, realizadas entre 1908 y 1926, encuentra Courvoiser, "Astr. Nachtr.", vol. 239, pág. 33 (1930), que el sistema solar posee una velocidad absoluta que, proyectada sobre el plano de la elíptica vale 715 ± 95 km/seg., según un ángulo de 1932º ± 6. Este resul-

A pesar de que en ella se rechaza expresamente el principio de relatividad, la nueva teoría puede seguir llamándose teoría de la relatividad porque uno de sus propósitos es averiguar la forma de las ecuaciones físicas *con relación a* los diversos sistemas de referencia, pero como lo fundamental en ella es averiguar la influencia que el movimiento ejerce sobre las propiedades intrínsecas de los cuerpos, su nombre adecuado sería, *teoría del movimiento absoluto*.

La solución del enigma.

Ya había comprobado mi teoría a lo largo de todos los capítulos de la Física y todavía no me atrevía a publicarla porque me asaltaba un justificado recelo. ¿Cómo era posible que durante medio siglo los mejores cerebros contemporáneos no hubiesen descubierto lo que, a la postre, venía a ser como el huevo de Colón? Tras mucho cavilar di con la clave del enigma y por cierto que todo el embrollo relativista viene a ser como una novela policíaca en la que hasta el propio autor ignorase el indicio que había de conducir al descubrimiento del misterio.

Recuérdese que Lorentz, al desarrollar su teoría de las cargas eléctricas en movimiento, utilizó las ecuaciones de Maxwell escritas en el sistema de unidades de Gauss, lo que implica el mutilarlas de tal forma (¡siempre mutilaciones!) que, en lugar de las dos constantes características del vacío, la permitividad eléctrica y la permeabilidad magnética, figure una sola, la constante c, que representa la velocidad de las ondas electromagnéticas en el vacío. Por otra parte, el valor numérico de esta velocidad tenía que coincidir con la razón entre dos cargas eléctricas bien definidas, la unidad electrostática y la electromagnética, y como esta razón no podía ser alterada por el movimiento del sistema inercial, era preciso que c fuese invariante.

El resultado negativo de los experimentos de Michelson-Morley

tado concuerda con un movimiento de la Vía Láctea en torno de un centro supergaláctico situado en la dirección de *Virgo* y a 40 millones de años luz. Tal movimiento sigue la dirección general de *Géminis*.

podía interpretarse mediante la contracción que todo cuerpo sólido experimenta al moverse, pero si se quiere que, además, *c* se mantenga invariante, hay que introducir el tiempo local, propio de cada sistema inercial, con lo que se obtiene, necesariamente, la transformación de Lorentz sobre la que se ha edificado la teoría relativista.

He aquí, pues, el proceso lógico que condujo a la teoría de Einstein. Lorentz partió de las ecuaciones de Maxwell escritas incorrectamente, por lo que la constante *c* tenía que ser invariante, y ello no podía lograrse a menos de utilizar metros y relojes convenientemente amañados. Suponiendo que los patrones primarios se encuentren en reposo absoluto, el metro que se utilice como patrón secundario en el sistema móvil habrá de obtenerse de modo que coincida con el patrón primario cuando se coloca en dirección transversal con relación al movimiento. En cuanto al reloj, cualquiera que sea su tipo, habrá de ajustarse de modo que marche más despacio que el patrón primario, y luego se sincronizarán con él mediante señales luminosas, los demás relojes del sistema móvil. Procediendo así, se consigue que metros y relojes se comporten de acuerdo con la transformación de Lorentz.

La transformación obtenida por el método que acabamos de describir tiene la peculiaridad de que en ella intervienen ambos sistemas, el fijo y el móvil, de tal modo que nada permite distinguir uno de otro. Lorentz se basó en la hipótesis de un éter inmóvil y, por haber dado como buenas ciertas ecuaciones incorrectas, se encontró ante un enigma que no tenía más solución sino la de admitir que, por arte de birlibirloque, los metros cambiaban de tamaño y los relojes de marcha. Einstein utilizó las inevitables consecuencias de la teoría de Lorentz para postular que todo tenía que suceder como si el éter no existiese.

¿Quién podía pensar que el culpable del embrollo fuese el gran matemático Gauss, al crear un sistema de unidades acogido con entusiasmo por los físicos teóricos? Gracias al ocio a que me vi forzado durante nuestra guerra, tuve la suerte de descubrir que el sistema de Gauss era incorrecto desde el punto de vista dimensional, y ello me sirvió de asunto para el discurso inaugural de la Real Academia de Ciencias el año 1939. No puedo recabar la prioridad porque, mien-

tras se imprimía mi discurso, apareció un trabajo de Sommerfeld [16] en el que llama al sistema de Gauss "monstruo multípedo y policefálico". Pero Sommerfeld no lo relacionó con la relatividad y siguió siendo fervoroso partidario de la teoría de Einstein.

El sistema de Gauss sigue siendo el favorito de todos los relativistas, y es, indudablemente, la causa de que se aferren a su teoría y no concedan beligerancia a los incrédulos, que nunca han faltado y ahora proliferan. Por eso, las grandes revistas científicas internacionales rechazan todo trabajo que vaya abiertamente en contra de la teoría de Einstein [17].

---

[16] A. SOMMERFELD: "Ann. der Phys.", vol. 36, pág. 335 (1939).

[17] El profesor Karl Sapper, de la universidad de Graz (Austria), ha iniciado una serie de publicaciones en las que se da cabida a todas las ideas sobre relatividad, sin censura previa. En Richmond (California) se ha creado la *Newtonian Science Foundation,* presidida por P. M. Rapier, que trata de volver la investigación científica a los cauces marcados por Newton. El físico húngaro L. Jánossy, gran autoridad en radiación cósmica, es antirrelativista. En Francia, donde siempre ha habido físicos de primera categoría que se han resistido a aceptar la teoría de Einstein, hay un grupo, capitaneado por F. Prunier, que propugna el postular la existencia del éter. En la revista "Euclides", vol. 12, pág. 42 (1952) y vol. 15, pág. 313 (1955) ha publicado R. d'Aubry de Puymorin artículos con la misma tendencia. Ya hemos dicho cómo en Hispanoamérica, G. García (Perú) y J. Álvarez López (Argentina) critican la relatividad, y todavía hemos de añadir el nombre de J. C. Cervi, también argentino. En fin, en los países de habla inglesa abundan los físicos (Dingle, Burniston Brown, Essen, Swann, Builder, etcétera) que niegan abiertamente la validez de la teoría einsteiniana o le ponen reparos.

PERFIL DE CARLOS V

DESDE 1958 el IV Centenario de Carlos V provocó una serie de actos en cadena (exposiciones, conferencias, coloquios, publicaciones) que nos permiten, y aun nos obligan, a una confrontación de todos nuestros esquemas sobre Carlos V. ¿Cómo se perfila el Emperador, a la luz de estas últimas corrientes historiográficas? ¿Cómo el hombre? ¿Cómo el soberano de los múltiples Estados? He aquí un conjunto de cuestiones que interesa abordar [1].

I. La personalidad de Carlos V: el hombre.

Uno de los aciertos de los últimos estudios es la valoración de los años juveniles de Carlos V. Hoy sabemos muy bien lo que supuso para el Emperador educarse en la corte humanista de su tía Margarita de Austria, duquesa viuda de Saboya, y una de las figuras femeninas más sugestivas de su tiempo. Asimismo el que su preceptor fuese el austero Adriano de Utrecht, después Adriano VI, un amigo y admirador de Erasmo y afecto a la directriz de una reforma interna de la Iglesia, pues de Adriano tomará Carlos las ideas que más tarde presidirán su política en relación con Roma. La tradición caballeresca de la corte borgoñona es otra de las fuertes improntas que se graban sobre Carlos V en estos primeros años de su vida. De ahí saldrá el Carlos V tan amante de la Orden del Toisón de Oro, el aficionado al poema de Olivier de la Marche ("Le chevalier délibéré"), el que constantemente dará pruebas de lo mucho en que tenía el espíritu caballeresco, a cuyas normas de conducta ajustará

---

[1] Es el tema sobre el que versó mi conferencia, pronunciada en el Aula Magna de la universidad de Friburgo (Alemania), el 28 de junio de 1960, con el título *Die Persönlichkeit Karls V.*

la suya propia. Así podría titularse a Carlos V el mejor caballero de su tiempo [2].

Al lado de esas características de Carlos V —religiosidad, espíritu caballeresco—, de las que nos dan constantes referencias los contemporáneos, otra cualidad se acusa pronto en él: sentido de la responsabilidad. Se lo procura inculcar desde muy pronto Chièvres, aficionándole a sus deberes de soberano, y en esta lealtad del privado belga hay que ver la raíz del respeto que Carlos V le manifestó en su juventud. Hubo de impresionarle, asimismo, el verse objeto de una especial atención de la fortuna, con aquel prodigioso acumulamiento de las más fabulosas herencias, rematadas con la elección al Imperio: "Como discípulo de Adriano —enjuicia Rassow—, y en concordancia con su propia disposición religiosa, interpretó todos estos procesos hereditarios como designios de la Providencia y la adquisición de tan variados territorios, como donación del Cielo" [3]. A tal sentimiento de ser el elegido de Dios corresponde la conocida declaración del obispo Mota ante las Cortes de La Coruña de 1520. Precisamente ese acusado sentido de la responsabilidad es una de las razones que hay que tener en cuenta cuando se analiza su último gesto de soberano: la abdicación. El hombre que se retira a Yuste no es sólo el que ansía paz y soledad, en espera de la muerte, sino también el que considera un grave cargo regir un mundo sin poseer ya aquellas condiciones físicas que él consideraba precisas en un gobernante, pues el soberano de tantos reinos y señoríos ha de estar en viaje perpetuo para estar en contacto directo con sus súbditos y Estados. Y, además de Rey y de Emperador, ¿no debía de ser él, acaso, el primer capitán de sus ejércitos? Pero, ¿cómo ser viajero y capitán cuando la gota le ataca de tal modo que hace de él la sombra de un hombre?

Ese concepto de la responsabilidad es también el que le hace asumir de un modo pleno, pasada la fase de la adolescencia, sus deberes de gobernante. Tocamos aquí una de las cuestiones claves para entender y juzgar a Carlos V: la del grado de su voluntad, aspecto tan importante cuando se trata de perfilar la personalidad de un hombre de Estado. No es muy frecuente que en el difícil oficio de estadista

---

[2] CLAVERÍA: *En torno a la intimidad y el borgoñismo de Carlos V.* "Cuadernos Hispanoamericanos", 113; págs. 99 y sigs.

[3] P. RASSOW: *Carlos V* ("Libro Homenaje Univ. Granada", 1958, pág. 21); cf. del mismo autor: *Karl V. Der letzte Kaiser des Mittelalters,* Berlín, 1957; páginas 11 y sigs.

se den hombres precoces; en todo caso, no hay que contar entre ellos a Carlos V. Salvo algún rasgo prematuro —como cuando se enfrenta con su hermana Leonor y expulsa de la Corte de Bruselas a su pretendiente, el conde Federico del Palatinado—, se muestra en su juventud dócil a la influencia de sus consejeros, en particular a la del famoso señor de Chièvres. La muerte de Chièvres en 1521 supuso un corte radical en la vida del César, un corte probablemente muy deseado por él, si hemos de creer al bien informado cronista Alonso de Santa Cruz. A partir de aquel momento, cabe hablar de ministros más o menos influyentes, como en el caso del canciller piamontés Gattinara o de Granvela; pero no de validos. Desde entonces, en las cuestiones de verdadera trascendencia, demostrará Carlos V una voluntad firme, de la que sus ministros serán meros instrumentos. No estamos ante el soberano que se limita a dar su conformidad a lo que sus consejeros le indican, sino que él mismo, en los momentos más críticos, está dictando sus estrictas instrucciones; tan estrictas que muchas veces las escribe de su propia mano, copiándolas su cancillería, que apenas si hace otros cambios que el de sustituir el personal "yo", que se le escapa en su vehemencia al César, por el "nos" protocolario [4].

Ahora bien, ¿cuándo se produce ese cambio fundamental, del dócil adolescente en el firme soberano? Aquí es claro que no cabe hablar de una fecha determinada, sino de un período de tiempo, que para mí no es otro sino el de su segunda estancia en España, entre 1522 y 1529. Esa es la época en la que Carlos se encuentra con el pueblo hispano. Es también la de su casamiento y la de la paternidad, causas que van obrando sobre el adolescente, transformándole en el hombre que entra plenamente en la virilidad. A este respecto, tanto su enfrentamiento con Lutero en 1521 como el alzamiento de las Comunidades, fueron dos fuertes aldabonazos dados a su voluntad dormida. Es cierto que en la forma en que resuelve el tratado de 1526 con Francisco I de Francia —personalísima forma— se advierte todavía una considerable falta de realismo, una dosis excesiva de ingenuidad, propia del que todavía no se ha hecho con el mundo que le circunda; firme voluntad, sí, pero aunada aún a escaso conocimiento de los hombres. Pronto viene el desengaño, y a

---

[4] Instrucciones de Carlos V al señor de Rye, de 11 de junio de 1536 (Simancas, Estado, leg. 1.564, fols. 147-152, min. y or.).

la suya propia. Así podría titularse a Carlos V el mejor caballero de su tiempo [2].

Al lado de esas características de Carlos V —religiosidad, espíritu caballeresco—, de las que nos dan constantes referencias los contemporáneos, otra cualidad se acusa pronto en él: sentido de la responsabilidad. Se lo procura inculcar desde muy pronto Chièvres, aficionándole a sus deberes de soberano, y en esta lealtad del privado belga hay que ver la raíz del respeto que Carlos V le manifestó en su juventud. Hubo de impresionarle, asimismo, el verse objeto de una especial atención de la fortuna, con aquel prodigioso acumulamiento de las más fabulosas herencias, rematadas con la elección al Imperio: "Como discípulo de Adriano —enjuicia Rassow—, y en concordancia con su propia disposición religiosa, interpretó todos estos procesos hereditarios como designios de la Providencia y la adquisición de tan variados territorios, como donación del Cielo" [3]. A tal sentimiento de ser el elegido de Dios corresponde la conocida declaración del obispo Mota ante las Cortes de La Coruña de 1520. Precisamente ese acusado sentido de la responsabilidad es una de las razones que hay que tener en cuenta cuando se analiza su último gesto de soberano: la abdicación. El hombre que se retira a Yuste no es sólo el que ansía paz y soledad, en espera de la muerte, sino también el que considera un grave cargo regir un mundo sin poseer ya aquellas condiciones físicas que él consideraba precisas en un gobernante, pues el soberano de tantos reinos y señoríos ha de estar en viaje perpetuo para estar en contacto directo con sus súbditos y Estados. Y, además de Rey y de Emperador, ¿no debía de ser él, acaso, el primer capitán de sus ejércitos? Pero, ¿cómo ser viajero y capitán cuando la gota le ataca de tal modo que hace de él la sombra de un hombre?

Ese concepto de la responsabilidad es también el que le hace asumir de un modo pleno, pasada la fase de la adolescencia, sus deberes de gobernante. Tocamos aquí una de las cuestiones claves para entender y juzgar a Carlos V: la del grado de su voluntad, aspecto tan importante cuando se trata de perfilar la personalidad de un hombre de Estado. No es muy frecuente que en el difícil oficio de estadista

---

[2] CLAVERÍA: *En torno a la intimidad y el borgoñismo de Carlos V*. "Cuadernos Hispanoamericanos", 113; págs. 99 y sigs.

[3] P. RASSOW: *Carlos V* ("Libro Homenaje Univ. Granada", 1958, pág. 21); cf. del mismo autor: *Karl V. Der letzte Kaiser des Mittelalters*, Berlín, 1957; páginas 11 y sigs.

se den hombres precoces; en todo caso, no hay que contar entre ellos a Carlos V. Salvo algún rasgo prematuro —como cuando se enfrenta con su hermana Leonor y expulsa de la Corte de Bruselas a su pretendiente, el conde Federico del Palatinado—, se muestra en su juventud dócil a la influencia de sus consejeros, en particular a la del famoso señor de Chièvres. La muerte de Chièvres en 1521 supuso un corte radical en la vida del César, un corte probablemente muy deseado por él, si hemos de creer al bien informado cronista Alonso de Santa Cruz. A partir de aquel momento, cabe hablar de ministros más o menos influyentes, como en el caso del canciller piamontés Gattinara o de Granvela; pero no de validos. Desde entonces, en las cuestiones de verdadera trascendencia, demostrará Carlos V una voluntad firme, de la que sus ministros serán meros instrumentos. No estamos ante el soberano que se limita a dar su conformidad a lo que sus consejeros le indican, sino que él mismo, en los momentos más críticos, está dictando sus estrictas instrucciones; tan estrictas que muchas veces las escribe de su propia mano, copiándolas su cancillería, que apenas si hace otros cambios que el de sustituir el personal "yo", que se le escapa en su vehemencia al César, por el "nos" protocolario [4].

Ahora bien, ¿cuándo se produce ese cambio fundamental, del dócil adolescente en el firme soberano? Aquí es claro que no cabe hablar de una fecha determinada, sino de un período de tiempo, que para mí no es otro sino el de su segunda estancia en España, entre 1522 y 1529. Esa es la época en la que Carlos se encuentra con el pueblo hispano. Es también la de su casamiento y la de la paternidad, causas que van obrando sobre el adolescente, transformándole en el hombre que entra plenamente en la virilidad. A este respecto, tanto su enfrentamiento con Lutero en 1521 como el alzamiento de las Comunidades, fueron dos fuertes aldabonazos dados a su voluntad dormida. Es cierto que en la forma en que resuelve el tratado de 1526 con Francisco I de Francia —personalísima forma— se advierte todavía una considerable falta de realismo, una dosis excesiva de ingenuidad, propia del que todavía no se ha hecho con el mundo que le circunda; firme voluntad, sí, pero aunada aún a escaso conocimiento de los hombres. Pronto viene el desengaño, y a

---

4 Instrucciones de Carlos V al señor de Rye, de 11 de junio de 1536 (Simancas, Estado, leg. 1.564, fols. 147-152, min. y or.).

mania obtiene sus mejores banqueros: los Fuggers. Y aún podrían citarse otros grandes personajes alemanes de la hora, que en ocasiones colaboran con Carlos V, si bien en otros momentos se le muestran contrarios, como es el caso del conde Federico del Palatinado y, sobre todo, de Mauricio de Sajonia.

Quizá esta relación de sus principales ministros y generales nos permita comprender los sentimientos de Carlos V ante sus diversos pueblos. Carlos V es, ante todo, un borgoñón; lo es por su nacimiento y por su educación. De su amor a sus tierras natales da constantes muestras a lo largo de su vida: baste citar que en 1548, en el momento cenital de su poder, implanta la etiqueta borgoñona en Castilla. No se puede tampoco olvidar que es en Bruselas donde Carlos da su patético adiós al mundo. Por los Países Bajos luchará con un ardor especial en la campaña de 1543, y a ellos incorpora lo entonces conquistado: las tierras de Güeldres y Zuenpthen. Y los estudiosos de la historia económica saben bien lo favorecidos que resultaban los Países Bajos, tanto en sus relaciones comerciales con Castilla como con los Países Bálticos. La resolución de la "alternativa" de 1544, así como la alianza inglesa cerrada diez años después, son otras tantas pruebas del amor de Carlos V a sus tierras natales.

Pero si siempre late en él su sangre borgoñona, Castilla le gana lentamente con su adhesión, una vez superada la crisis de las Comunidades. Es cierto que con su habitual entereza, los procuradores en Cortes critican constantemente su política exterior, como nos demuestran Martínez Cardós y el Duque de Maura, ejemplo de cómo se veía en Castilla el paso a Italia en 1529, la empresa de Túnez en 1535 o la campaña de Provenza en 1536; y esto lo censuran lo mismo un Tavera, arzobispo de Toledo, que un humilde contador, como el burgalés Luis de Ortiz. Pero sin caer en actitudes declamatorias, tampoco se puede olvidar que Carlos casa en la Península a gusto de sus súbditos castellanos, con la princesa portuguesa que le pedían para señora; que en Castilla establece su hogar, donde vive la Emperatriz y nacen sus hijos. Carande, haciendo el recuento de sus viajes y estancias, pudo comprobar que las de España cubren casi la mitad de su reinado [8]. Aún se podría añadir que de España sólo le saca el deber y que es el sitio adonde siempre ansía regresar; como tampoco se puede olvidar que es la tierra que escoge para morir.

---

[8] CARANDE: Op. cit., pág. 204.

Tenemos, pues, en Carlos V un hispano-borgoñón, no sólo por la sangre, sino por los sentimientos igualmente. Un hispano-borgoñón que pronto se ve atraído por Italia. Era entonces Italia pieza en cuyo dominio cifraban su grandeza los soberanos europeos. A este respecto, el discurso de Carlos V ante su Consejo de Estado, en Madrid y en el año 1528, que nos transmite Alonso de Santa Cruz [9], puede considerarse como un canto a Italia. Y hay que añadir que es en pro de sus Estados italianos por los que Carlos V acomete la empresa de Túnez en 1535, así como la subsiguiente campaña de Provenza, cuando Castilla clamaba por su presencia.

Pues bien, este hispano-borgoñón enamorado de Italia, acaba viendo en Alemania una de las bases más firmes de su poderío sobre Europa, hecho que creo no se ha destacado suficientemente. Alemania era ya entonces sorprendente por su poderío industrial y económico. Era —ya lo hemos visto— la de los grandes banqueros, pero también la que podía poner en pie de guerra los mayores ejércitos. En el libro de Ávila y Zúñiga sobre la guerra de la Liga de Schmalralden puede apreciarse lo que a aquel español de la época asombraban las condiciones del pueblo alemán, que en verdad entonces sólo estaba falto de una cosa: de unidad. Esa es la tarea en la que se empeña Carlos V en el último período de su vida.

Por lo tanto, viven en él como cuatro espíritus nacionales. Y con su proverbial respeto a las instituciones de cada país, se le verá comportarse como un borgoñón en los Países Bajos, como un hispano en sus Reinos de la Península ibérica, y como un italiano en Nápoles o en Milán. No lo consiguió en igual grado en tierra alemana, pese a sus reiterados esfuerzos. Nos consta, por ejemplo, que ni en su última época dominó el alemán. Tenía también ante sí otras dificultades, lo mismo en el terreno religioso que en el político. Hería profundamente a sus sentimientos religiosos la escisión protestante, y a su dignidad soberana, los aires de independencia que ostentaban los Príncipes Electores. Por eso en sus dominios se van perfilando dos bloques: de un lado, el hispano-borgoñón, con sus adherencias italianas y ultramarinas; del otro, los dominios austríacos y las tierras del Imperio. Pronto cede Carlos a su hermano su parte austríaca (en 1521). Diez años más tarde consigue para él el título de Rey de Ro-

---

[9] *Crónica del Emperador Carlos V*, Madrid, ed. Beltrán Rózpide y Blázquez Delgado-Aguilera, 1924; II, págs. 454-458.

manos, cuando ya su hijo Felipe cuenta con cuatro años de edad. Era una escisión consciente de su herencia. Más tarde tratará de modificar su primer proyecto, y ese será el gran error de su vida, en el que aquí no hemos de entrar. Ahora baste con dejar bien sentada esa característica de su personalidad, en la que conviven los particularismos nacionales al lado del universalismo que emanaba de su título imperial.

Sobre esa base examinaremos, por último, su idea imperial.

III. La idea imperial de Carlos V.

Un análisis de la personalidad de Carlos V forzosamente nos tenía que conducir al meollo de su idea imperial, o sea, al tema de la famosa controversia entre Brandi y Menéndez Pidal, que en cierto sentido puede decirse que volvió a ponerse de nuevo sobre el tapete en las reuniones de París del 30 de septiembre al 3 de octubre de 1958. Bien conocida es la importancia que Brandi concede a la figura del canciller Gattinara, como conformador de la idea imperial carolina, mientras que Menéndez Pidal descubre un entronque directísimo entre los Reyes Católicos y el Emperador, al tiempo que resalta la influencia de los españoles Mota, Guevara y Valdés [10].

La cuestión merece que nos detengamos un poco en ella. A mi juicio, la evidente hispanización de Carlos V no supone un abandono de su sentido borgoñón de la existencia. El tratado de Madrid de 1526 no nos da una prueba de que ya para entonces obrara el Emperador conforme al sentir de sus súbditos hispanos. Menéndez Pidal presentó como prueba de su tesis —la pronta hispanización de Carlos V— el testimonio del embajador veneciano Contarini. Es evidente la importancia de este texto, que quizá, sin embargo, pueda interpretarse de otro modo. Contarini describe en aquellos momentos el Consejo de Estado dividido en dos grupos, uno dirigido por Gattinara; pero al frente del otro pone, en primer término, al Virrey de Nápoles, es decir, a Lannoy, no por tanto a un español, y a D. Hugo de Moncada, a los que apoya un italiano, de origen aragonés: el marqués de Pescara. Pero lo que me importa más destacar es que

---

[10] Menéndez Pidal: *Formación del fundamental pensamiento político de Carlos V*, ponencia presentada en los Coloquios de Colonia (*Karl V. Der Kaiser und seine Zeit*, Colonia, 1960; págs. 147 y sigs.).

ninguno de los dos grupos, según el texto de Contarini, recomendaba a Carlos V la paz, sino unos la destrucción de Francia y los otros el sometimiento de Italia; en una palabra, buscar por una vía u otra el mayor engrandecimiento material, sacando el mejor partido posible a la victoria de Pavía [11]. De forma que en el Tratado de Madrid, donde no se sigue ninguno de estos caminos, hay que ver un gesto muy personal de Carlos V, quizá imbuído de los ideales de paz que propugnaba Erasmo. En cuanto a Castilla, lo cierto es que había quien enfocaba la cuestión con agudo sentido realista. Tal era el caso del Almirante, el cual, al dar el parabién al Emperador por su victoria de Pavía, le aconsejaba abiertamente que acabase de destruir a Francia, para poderse dedicar de lleno a la lucha contra el Turco y a la defensa de la unidad religiosa de la Cristiandad. Con profético acento indica el Almirante a su señor que tenía preso al mayor Príncipe de la Cristiandad, joya difícil de guardar; que afrentas menores no solían perdonar los franceses y que en cuanto tuviera ocasión, Francia buscaría la revancha. Tal es la prueba documental, que custodia el Archivo de Simancas, que nos demuestra que en Castilla había entonces quien veía la situación con un sentido realista [12]. Por otra parte, sabemos por las publicaciones documentales de Lanz y de Bauer, que ese era también el criterio del hermano de Carlos V, Fernando, quien abogaba por la invasión inmediata de Francia en sus cartas al Emperador [13]; y bien conocido es cuán influído se hallaba

---

11 "All' incontro —de Gattinnara— il Vicerè e don Hugo de Moncada, il consiglio dei quali favorisce quanto più il marchese di Pescara, consigliano Cesare all'accordo con Francia e alla ruina d'Italia, della dicono si farà padrone accordandosi col Re Cristianissimo..." (CONTARINI, en *Relacioni degli ambasciatori veneti al Senato,* Alberi, Florencia, 1840; serie I, vol. II, págs. 58 y 59).

12 "Y acuérdese V. Md. que tiene preso el mayor Príncipe de una corona de la Christiandad y que es joya muy peligrosa de guardar... y también el daño y destruyción y mengua que ha recebido Francia y que menores cosas no suelen perdonar los franceses. Y que si esta vez no queda Francia tan quebrada que no pueda más rebollirse, que si vuelve (Francisco I) ella trabajará de haber la enmienda..." (Simancas, Est., leg. 14, f. 3, or.).

13 "Item decir a S. M. que el parecer de S. A. sería no perder tal oportunidad contra el enemigo, sino executar la victoria..., porque lo cierto es que quedando el enemigo en aquellas fuerzas que hasta aquí, ni dos horas olvidará la afrenta que ha recibido y procurará de recobrarla. Y pues decir que se obligará y prometerá, por lo de hasta aquí se puede juzgar cuánto aprovecharán sus obligaciones y promesas. Y la verdadera promesa sería quitalle algunas plumas de las alas, porque aunque quisiese volar no pudiese, y desa manera sería el

entonces Fernando por el grupo de consejeros castellanos. Pero Carlos V no siguió el consejo de su hermano, ni tampoco hizo cuenta de lo que le advertía su vasallo el Almirante de Castilla. Creyó que Francisco I observaría la paz firmada. ¿Acaso el rey francés no había jurado el Tratado de Madrid ante el Evangelio? Así ponía Carlos V de manifiesto su espíritu caballeresco y la personalísima dirección de su política exterior, al tiempo que una dosis excesiva de ingenuidad, que los acontecimientos se encargarían de liquidar. Pero al menos, una cosa parece que puede afirmarse: en 1526 Carlos V distaba mucho de obrar como le pedían los españoles de su tiempo.

En realidad, más que del pensamiento político de Carlos V, como unas directrices mantenidas a lo largo de su vida, cabe hablar de un proceso evolutivo.

Esa es la tesis del profesor Maravall [14]. En mi estudio sobre el "Idearium" carolino, realizado gracias al apoyo de la Fundación March, y basado principalmente en la documentación inédita que custodia el Archivo de Simancas, observé asimismo una clara evolución en Carlos V, desde los tiempos juveniles a los de la edad madura, y precisamente frente a los dos problemas principales en los que, por su calidad de Emperador, se encontraba precisado a intervenir: la amenaza turca y la escisión religiosa de la Cristiandad. Heredero de toda la tradición del medievo —en lo que no cabe hacer distingos nacionales—, Carlos piensa también en la gloria del cruzado, hasta una etapa en la que los hechos le fuerzan a una política más realista, y que creo puede centrarse entre 1538 y 1542. En efecto, en 1538, Carlos V consigue firmar la Santa Liga con la Santa Sede y Venecia, dirigida contra Turquía. Entonces Carlos se anima por última vez con la esperanza de una cruzada marítima contra Constantinopla, pensando en ponerse al frente de las fuerzas navales aliadas. La Liga fracasó por la falta de cooperación de Venecia, pero hay que recordar también que ante los rumores de la cruzada imperial, Francisco I —pese a las recientes treguas de Niza— advirtió sin lugar a dudas a María de Hungría que no permanecería

---

Emperador y sus sucesores seguros de haber después perpetua paz." (Instrucciones de Fernando para Martín de Salinas, Innsbruck, 2 de abril de 1525, Haus, Hof und Staatsarchiv de Viena, Belgien, PA 7; Lanz, I, 683; Bauer, I, 136).

[14] MARAVALL: *Las etapas del pensamiento político de Carlos V* ("Rev. Est. Pol.", núm. 100, 1958, pág. 144); cf. la obra del mismo autor, *Carlos V y el Renacimiento* (Madrid, 1960).

impasible viendo cómo se atacaba a su antiguo aliado [15]. Vino después el desastre de Argel y la grave crisis de los años 1542 y 1543, aprovechada por Francia para desencadenar la guerra contra el Emperador. Carlos V se decidió desde entonces a buscar la paz con Turquía, o unas treguas generales, y advirtió en 1548 a su hijo sobre la necesidad de guardarlas, porque otra cosa sería incitar al francés a renovar la guerra [16]. Durante ese mismo período, Carlos, influído por los escritos de Erasmo, esperó solucionar el conflicto religioso planteado por Lutero mediante negociaciones y concesiones, a resolver por los teólogos y el Concilio, considerándose obligado a exigir a la Iglesia la reforma interna por la que clamaba toda la Cristiandad. Tras las negociaciones de Augsburgo de 1530, y más aún, después de las de Ratisbona de 1541, llega a la conclusión de que es preciso emplear la fuerza en Alemania contra la Liga de Schmalkalden; pero a la hora de la victoria vuelve otra vez a pensar en un acuerdo, de lo que es buena prueba el famoso "Interim" de Augsburgo de 1548. Para entonces ya había redactado su Testamento político en el que recomienda a su hijo Felipe, como hemos visto, que conserve las treguas firmadas con el Turco. Esto nos quiere decir que ha renunciado a la empresa de la Cruzada, teniéndola por imposible, y que considera como problema fundamental el resolver la cuestión religiosa. Por entonces empieza a germinar en él la idea de un cambio en los planes sucesorios, quizá imbuído Carlos V por ambiciones de su hijo, que aspiraba al Imperio, quizá por la creencia de que la Casa de Austria sólo mantendría su predominio en Europa si salvaba la escisión que provocaría su muerte. De todas formas, la crisis de 1552 y el fracaso ante los muros de Metz de 1553 le hacen desistir de sus proyectos, quedando en pie la partición de la herencia carolina entre un norte germánico para su hermano Fernando, y un mediodía hispano-italiano para su hijo Felipe, al que quedan vinculados forzadamente los dominios del Círculo de Borgoña. Y viene

---

15 María a Carlos V, 28 oct. 1538, carta en que le refiere su entrevista con Francisco I y Leonor y le da cuenta de la insistencia con que el rey francés aconsejaba a Carlos no aventurarse personalmente en campaña marítima contra el Turco, pues iría contra la reciente amistad de Francia ("Archives Générales du Royaume", Bruselas, État-Audience, leg. 50, fol. 98); cf. con LANZ: *Korrespondenz des Kaisers Karls V,* II, 686 (extracto).

16 V. mi artículo *Pensamiento y acción en la política imperial de Carlos V,* "Rev. Arch., B. y M.", LXIV, 2, 1958; pág. 411.

a continuación, tras la afortunada empresa política de la boda inglesa entre Felipe II y María Tudor, que parece asegurar el flanco occidental de los señoríos de su hijo, la renuncia y abdicación del que ya no tiene fuerzas para soportar la recia pesadumbre del poder.

* * *

Tantos actos de homenaje y tantos estudios como ha provocado el IV Centenario de la muerte de Carlos V invitan a la reflexión. ¿Por qué nos atrae en grado tan fuerte, a los hombres de la cultura occidental, la figura de Carlos V? ¿Existe, acaso, un mensaje carolino para nuestro tiempo? ¿No estamos refiriéndonos, en último término, a un hombre de Estado que fracasó en sus grandes proyectos, al tener que abandonar sus afanes juveniles de cruzado, su proyecto maduro de sucesión imperial y sus intentos postreros por conservar la unidad de la Cristiandad?

Pues bien, pese a todo ello, juzgo que si el pasado ciñe de algún modo al presente, Carlos tiene algo muy claro que decir a los europeos de nuestra hora, con su lema de "pax christiana" y sus afanes de unidad espiritual entre las tierras de Europa. Por otra parte, si otras figuras históricas han brillado más que Carlos V por sus condiciones de estadistas o de soldados, pocas son las que pueden comparársele en el terreno del cumplimiento de sus deberes de soberano. Es el sentido ético el que más fuertemente resplandece en el Emperador. Y para una humanidad que con tanta frecuencia se ve tentada a considerar desligados los problemas morales de los políticos, Carlos V constituye un verdadero arquetipo de hombre de Estado.

Es disculpable que se le quiera unir al destino singular de un pueblo, haciendo hincapié en donde nació, o en donde amó y fue amado; en donde puso su hogar y su Corte, o en donde murió. Pero nos debemos a la verdad. Y a ella nos ceñiremos en tanto en cuanto que comprendamos que Carlos V formaba parte de esa corta estirpe de hombres que pertenecen por completo a comunidades más amplias de pueblos.

En este caso, a todos los que integran la cultura occidental y cristiana.

MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ.

INFORMACIÓN CULTURAL DEL EXTRANJERO

MEDICINA Y ESTÉTICA EN GOTTFRIED BENN

I

Acaso un día, dentro de cincuenta o cien años, un profesor de Maguncia o de Leipzig propondrá a uno de sus discípulos una tesis acerca de la influencia alemana en la literatura española durante la primera mitad del siglo xx. Podemos anticipar que el documento clave de tal estudio ha de serlo ese delicioso "Prólogo para alemanes" que Ortega y Gasset escribió para la traducción alemana de su *Rebelión de las masas*. Amén de ser el más personal de los escritos de Ortega —como se pone, una y otra vez, de manifiesto en el último libro de Julián Marías—, dicho prólogo constituye la declaración más paladina y exacta de cuanto la cultura alemana ha significado para una generación, concretamente la mía, la cual, en medio de los avatares de la historia, continúa dando, en España y por esos mundos de Dios, un día y otro, cuenta y razón de su existir. Mi imaginario estudiante alemán, pongamos del año 2020 ó 2050, se planteará en su estudio muchos problemas: uno de ellos, saber si, en efecto, fue Ortega y Gasset, como él dice, quien abrió para España el precioso cofre del pensamiento alemán de fines de siglo, o si ésta, que fue importantísima peripecia en la vida de Ortega y en la cultura española, iba previamente inmersa en una corriente aún más profunda y anterior. Es, de todas suertes, innegable la ingente repercusión que iba a tener la que podríamos denominar personalísima aventura alemana de nuestro gran filósofo, no sólo en toda su obra, sino también en la cultura hispánica del siglo xx, aquende y allende el océano. Posiblemente en la decisión que cada uno de nosotros tomó cuando, pensionados, escogimos Alemania como nuestro fabuloso edén intelectual, influyó no poco la magia de los ensayos de Ortega, sorbidos con delectación en nuestra adolescencia en al-

gún banco del Paseo de la Herradura, de Santiago de Compostela, o en un café madrileño. Pero, ¿no había dejado al propio tiempo simiente propicia en los surcos primeros de nuestra alma, por ejemplo, la traza evidentemente germánica, por su rigor y arquitectura, de la Patología general de Novoa Santos? El cual, sin haber pasado de Estrasburgo, disponía de una información excelente —como otros muchos médicos españoles de entonces— sobre la Medicina alemana de su tiempo. Un día, el estudioso que acabo de fantasear, en Maguncia o en Leipzig, va a descubrir que casi a la vez —o quizá antes— que los filósofos hispánicos de la primera mitad del siglo xx, los médicos españoles entraron en contacto directísimo con el pensamiento alemán. Cierto, ahí está el episodio del krausismo, oscuro pese a todas las exégesis, el cual, a lo mejor, ejerció mucha más influencia de la que ahora podemos imaginar. Pero para el estudiante de Medicina de mi época —conviene poner esto bien en claro— Alemania estaba ya ahí, como emporio fascinador del más aquilatado saber científico, aun antes de haber leído a Ortega, empresa en la que, también ha de recordarse esto por amor a la precisión, iban a demorarse los jóvenes españoles todavía varios lustros.

Esto no obstante, la primera vez que gozamos de la lectura del "Prólogo para alemanes" hubo algunos españoles que sentimos subir a nuestro rostro vergonzoso sonrojo, como si alguien de pronto, en una reunión, comenzase a hablar descaradamente del primer tímido amor de nuestra adolescencia. Si este amor más tarde —cosa que a menudo suele pasar, y más con los amores primeros— nos defraudó más o menos, después de habernos colmado; si, ya una vez en Alemania, nos costó trabajo llegar a comprender que nuestro entusiasmo llegaba un poco tarde y venía, al menos en Medicina, a rendir homenaje a algo que había comenzado a ser un proceso de decadencia, es, como decimos en castellano, harina de otro costal. Lo que importa es recordar una vez más que, a la par que Ortega, mi generación amó a Alemania, a la gran Alemania de comienzos de siglo, con ingenuidad y entusiasmo que no creo hayan tenido muchas veces parangón en la historia de la cultura.

Cultura es siempre transmisión, transferencia, antes que de valores de fervores, y el fervor por lo alemán que los médicos españoles de comienzos de siglo y Ortega y Gasset transmitieron, aun a los que no querían darse cuenta de ello, continuó; si bien al final fuera poco a poco desvirtuándose para terminar, o bien en una especie de

papanatismo mitificado o, al revés, en una seudosuperioridad desdeñosa, ambas depravaciones del entusiasmo primero y de las cuales no es ahora ni oportuno ni necesario que hablemos.

Se retorna siempre a los primeros amores, canta el galo refrán. Es éste el primero de los motivos por el que ahora descubro en mí, insospechado, un interés por Gottfried Benn, figura destacada de la lírica alemana de los últimos años. La segunda es, quizás, la circunstancia de que Benn fue médico y, como señalé en mi ensayo *Medicina y poesía; La actividad creadora,* una excepción entre los médicos poetas. Los cuales, habitualmente, si son poetas egregios como Thompson o como Keats, dejan de ser médicos para consagrarse totalmente a la poesía, y, si siguen siendo médicos, suelen escribir versos muy mediocres. Benn, magnífico poeta, continuó durante casi toda su vida su actividad de médico dermatólogo. Pero, además, escribió múltiples ensayos sobre la Medicina, y, en los que sobre ella no versaban vertió con abundancia algo de su saber médico, buena prueba de que jamás llegó a desinteresarse totalmente por su profesión. Por último, y ésta es quizá la razón fundamental de que yo ahora aquí me ocupe de él, se ha dicho de Gottfried Benn, y con razón, que es uno de los poetas más "representativos" de nuestro tiempo. Pero hagamos ahora una pausa y preguntémonos, ¿qué quiere decir esto de "poeta representativo"?

II

Nuestra época distínguese claramente de las anteriores, entre otras cosas, por la preocupación por saber qué es lo que en ella está ocurriendo y que no vemos con claridad. En una de las modalidades más recientes de actividad terapéutica de la Medicina, en la llamada "psicoterapia de grupo", hácese con frecuencia una experiencia curiosa. En el curso de ella, el médico puede ocurrir que se interrogue a sí mismo, o que pregunte a un colega que le asiste como "observador": "¿qué es lo que está sucediendo, aquí, en este momento, ahora mismo?". Ocurriendo, claro está, no en los gestos aparentes, en las palabras que se dicen, en las ideas que se expresan, sino *detrás de todo ello,* en lo que no se percibe, en una atmósfera sutilísima que sólo está en el trasfondo, imperceptible, pero dirigiéndolo todo. No sa-

bemos bien por qué, en nuestro tiempo, se ha ido generalizando esta misma actitud. Escritores, poetas, filósofos, historiadores, están de acuerdo en que es menester saber qué es lo que ocurre durante nuestro vivir histórico, en el transcurso de la vida de nuestra generación o de las inmediatas; pero, al propio tiempo, también están conformes en que esto que ocurre es algo que está oculto, que no es patente. Al tiempo que se siente la necesidad pungente de un esquema, pauta u ordenación, nos damos cuenta de que, en el curso de lo que acontece, en la vida del hombre de hoy, hay algo que si no se ordena o esquematiza queda caótico, confuso.

Por este profundo motivo cada cual escoge un módulo ordenador: lo frecuente es decir que nuestro tiempo *padece* de algo: de "pérdida del centro", como sostuvo Sedlmayr *(Verlust der Mitte)*, de "rebelión de las masas" (Ortega), de tendencia a lo bajo, a lo subconsciente, a lo impuro (Berdiajew), de ruptura y desintegración de la coherencia y estructura de lo humano (Kahler). O bien se habla de un resurgir del mundo matriarcal frente al, hasta ahora, dominante mundo patriarcal, es decir, de una reviviscencia del arquetipo terrestre, frente al celeste o del espíritu, como sostiene el junguiano Neumann. O bien, para poder atisbar con mayor agudeza qué es esto que sucede en medio de las sombras de nuestro tiempo, se recurre al análisis comparado de sus poetas y de sus novelistas.

Principalmente de los primeros, pero también de los segundos. Es entonces cuando se habla de "escritores representativos". Así, para poner un ejemplo, un agudísimo crítico norteamericano, R. W. B. Lewis, en su libro *The picaresque saint* (El santo picaresco), trata de averiguar qué es lo que hay de común en los que él considera escritores *representativos* de nuestra época: los dos Albertos, Alberto Moravia y Alberto Camus, Ignacio Silone, William Faulkner y Graham Greene. En un libro también muy certero, un joven crítico alemán de literatura, Hermann Glaser, hace el inventario de los grandes temas de los escritores de nuestro tiempo: la pérdida del confort burgués, la fantasía de la aparición de un hombre nuevo, el Estado leviatánico, la ciudad demoníaca, la nostalgia de los países remotos, la busca del tiempo perdido, etc., etc. Una de las pocas cosas de las que sobre el discutidísimo Gottfried Benn se han dicho, en la que están todos los críticos de acuerdo, es en que es un poeta "repre-

sentativo". Dice Erwin Laaths en su *Geschichte der Weltliteratur* (editada por Knaur):

> "... No pocos poemas del estilo tardío de Benn constituyen uno de los testimonios más puros, y en algunas ocasiones quizás más clásicos, de la moderna poética alemana, de los que brota tanta más intimidad cuanto que en ellos se renuncia conscientemente a toda intención que no sea la puramente artística. Por el contrario, la prosa de Benn, excitante, cáustica, en un lenguaje de rebuscada concentración, con frecuencia con neologismos hasta entonces desconocidos, con sus polémicas que parecen las salvas de un navío corsario, limitado a sus propios medios, que disparara sin tino a su alrededor, esta prosa sirve, a mi juicio, evidentemente para el diagnóstico de una plaga que invade en forma epidémica el pensamiento y las actitudes ante la vida de los individuos de nuestro tiempo..."

Nada extraño, pues, que las actitudes ante la obra de Gottfried Benn sean de una extrema violencia. Dice un crítico hablando de sus versos primeros, los que se refieren a las vivencias del joven médico en la sala de autopsias: "No es mi misión como crítico de poesía lírica, hablar de la perversidad de estos poemas. Dejo para el psiquiatra este caso interesante." A su vez, en un periódico de Berlín, en el *Post*, otro crítico pierde los estribos en sentido contrario, y afirma: "¡Al fin ha surgido un poeta que eleva nuestro porvenir de la insignificancia, para mostrarnos nuevos egregios objetivos! Ahora, Goethe tendrá que abandonar su puesto en el Olimpo; otro va a ocuparlo, y éste se llama Gottfried Benn. ¡Debemos considerarnos dichosos por pertenecer a una época en la que vive un poeta semejante!"

Junto a este tipo de poeta —o de escritor— "representativo", compendio y símbolo de una época, sería conveniente traer a colación otra clase de poeta cuyo interés —cuya genialidad— sólo acaba de verse plenamente mucho más tarde, andando el tiempo. Es ese poeta o escritor que no representa a su época; todo lo contrario, se anticipa a lo que va a venir de tal manera que, durante su vida, pasa casi ignorado o, por lo menos, es comprendido sólo de una pequeña minoría. Posiblemente los ejemplos que más a mano se nos ofrecen sean el de Kafka y el de Gerardo de Nerval.

Hay, en tercer lugar, los poetas que como Rilke, Eliot o Unamuno, gozan en su tiempo de cierta estimación, principalmente por minorías, y, por ello, a su manera, también se les podía considerar como "representativos". Mas su significación plena, el sentido profundo y

último de sus poemas, sólo se van revelando con el paso del tiempo. Son poetas dotados de divina presciencia, adivinadores de aquello que sólo el futuro va a volver patente y claro, "vates" en el sentido etimológico de la palabra, no como poetas inspirados, sino como poetas adivinos, proféticos. Mas no profetas de hechos históricos que van a ocurrir, sino de realidades humanas que sólo en el futuro van a aflorar a la conciencia colectiva y volverse para todos diáfanas. Es más, casi podríamos decir que lo que confiere calidad singularísima a su creación poética es precisamente la misteriosa atmósfera que envuelve a algunos de sus versos, la enigmática condición de muchos de ellos. La cual proviene precisamente de esa calidad de signo arcano, preñado de futuro, que sólo veinte o cincuenta años más tarde va a poderse descifrar con claridad, mostrando entonces una realidad profunda de la existencia o del hombre que nadie antes sospechaba. Parece como si nuestro subconsciente adivinase premonitoriamente, percibiéndolo tan sólo como belleza fascinante, el mensaje denso y enigmático que luego, para nuestros hijos, parecerá presciencia o adivinación. Poetas adivinatorios, anticipadores, fueron, en España, Machado y Unamuno. Rilke lo fue también en grado sumo, y en algunos de sus poemas y en la tercera de las Elegías de Duino, por no poner más que un ejemplo, está "anticipado" todo el desarrollo de una concepción del hombre que sólo en nuestros días comienza a revelársenos como un negativo fotográfico largo tiempo archivado para el que sólo nuestro tiempo hubiera encontrado el ácido capaz de ponerlo de manifiesto. También Eliot está lleno de adivinaciones sutiles, alguna de las cuales, como ya hace años señalé, conciernen a una nueva forma de enjuiciamiento de la enfermedad como fenómeno no individual, sino colectivo, que poco a poco se va abriendo camino en la Medicina contemporánea.

Siguiendo esta pista, que me parece no debemos menospreciar, pudiera llegarse a una concepción de "lo poético" algo inusitada. En cierta poesía se nos presenta, en forma prieta y condensada, pero no siempre escondida, una visión del mundo y de las cosas que sólo generaciones posteriores van a poseer sin esfuerzo. Convendría tener más presente de lo que hasta ha venido haciéndose esta dimensión, por decirlo así "histórica", del fenómeno poético, fenómeno siempre de esencia esquiva y huidiza. A mi modo de ver, habría que buscar la razón de esta presciencia, de esta adivinación, en la agudeza que el gran poeta tiene para aquello que en una época parece a todo el

mundo "marginal", accesorio, sin importancia. Por este camino llegaríamos a dos conclusiones que quizá algún día se revelen de importancia descomunal: en primer término, que esto que el poeta es capaz de otear en su tiempo y que los demás desconocen, o a lo que no conceden importancia es, sin embargo, lo más fundamental y trascendente. Y, en segundo lugar, que esta verdad, en nuestro tiempo marginal y más tarde desvelada, puesta al descubierto en virtud de ese "revelador" que es el tiempo, tiene su sentido más pleno precisamente cuando está en las orillas de nuestra visión, cuando es sólo atisbada o adivinada, momento en el que todavía guarda, como el mito, sin fragmentar ni deformar, toda su verdad profundísima... Pero nos estamos separando de nuestro tema que es el de la estética de Gottfried Benn, el cual, desde luego, no era un poeta vaticinador, un *vate*, un certero intérprete de lo que va a venir. Bien quedó demostrado en el episodio, del que luego hablaremos, de su incorporación transitoria al movimiento nacionalsocialista y que muchos de sus compatriotas todavía no le han perdonado, pese a que más tarde, tras el final de la guerra, redactó en su estilo más demoledor y sarcástico las páginas más terribles y duras que se han escrito jamás contra aquello en lo que ingenuamente creyó durante algunos años de su vida.

III

Veamos, ante todo, quién era el "hombre". Empresa fácil, pues él mismo se ha descrito, a veces con un leve tinte de pesimismo un poco retórico, en bastantes de sus ensayos. Los principales están recogidos en el opúsculo *Über mich selbst* (Sobre mí mismo). He aquí cómo se describe a sí mismo el poeta Gottfried Benn en el ensayo *Lyrisches Ich:*

> "Nacido en 1886 como hijo de un pastor evangélico y de una francesa, en la zona de Yverdon, en una aldea de trescientos habitantes, a medio camino entre Berlín y Hamburgo, crecido en una aldea en la región de la Mark. Primero gimnasio, después universidad, estudiando dos años Filosofía y Teología, después Medicina, en la *Kaiser-Wilhelm-Akademie*, médico militar en activo en regimientos de provincia, pronto licenciado, pues, tras un galope de seis horas en unas maniobras, se me soltó un riñón, continúo mi formación médica, marcho a América, vacunación en el entrepuente, entro en

> la guerra, tomo parte en el asalto de Amberes, disfruto en esta etapa unos días hermosos, paso largo tiempo en Bruselas, donde viven entonces Sternheim, Einstein, Hausenstein. Trabajo ahora en Berlín como especialista. Consulta de cinco a siete de la tarde.
>
> Aprobé, me doctoré, escribí sobre diabetes, en el ejército, sobre vacunación en la gonorrea, sobre hernia del diafragma, estadísticas de cáncer, recibí la medalla de oro de la universidad de Berlín por un trabajo sobre la epilepsia; en lo que a la literatura concierne, exceptuando *Sala de autopsias,* que se publicó en "A. R. Meyer", en 1912; empecé a escribir en la primavera de 1916 en Bruselas. Era entonces médico en un hospital de prostitutas..."

Y así continúan en ese estilo en *staccato* —tan parecido al que adoptan algunos héroes de Camus al relatar su vida—, describiéndose a sí mismo con cierta complacencia, Gottfried Benn, el poeta.

Ciérrase el libro *Sobre mí mismo* con un breve trozo titulado "Mi nombre es Monroe". El cual comienza con las palabras: "No tengo la menor idea de lo que es moderno, ni tampoco lo sabía hace cincuenta años...". Y luego, agrega: "Al final no tenemos de nada una idea clara; por ejemplo, del inconsciente; lo mismo puede ser un principio de clasificación para utilizar en la clínica, o un medicamento como la aspirina. En realidad, el subconsciente no existe; o toda la vida es inconsciente o no es nada..." En su opinión, la creación artística no se puede ni debe definir, es "algo corporal, como las huellas digitales". Y cita una frase de Picasso que replica a un periodista que quiere interrogarle sobre el proceso creador: "Prohibido hablar con el conductor". "Por mi parte pudiera agregar: soy aislacionista, mi nombre es Monroe. Qué cosa es moderna es algo que sólo se verá todo lo más dentro de cien años, como lo demuestra el caso de Kierkegaard, y ya entonces no será moderno."

De su contacto con la Medicina queda en él como huella su preocupación por la herencia, por la *Erbmasse.* Pienso que quizás este fetichismo por la herencia fue una de las cosas que le llevó a equivocarse con el nazismo. Cuando el poeta Börries von Münchhausen se negó a ingresar en una sociedad literaria porque era miembro de ella "el judío Benn", éste se defendió en forma verdaderamente desmesurada. Como dice uno de sus biógrafos, Thilo Koch, causa realmente sonrojo ver cómo Benn aduce prolijamente, frente a la estúpida acusación, su árbol genealógico. Y lo que es mucho peor, vuelve a publicarlo todavía en 1950, y convirtiéndolo en uno de los principales ensayos del librito antes citado *Sobre mí mismo,* el titu-

lado *Die Erbmasse*. Allí asegura ingenuamente ser ario puro, olvidándose de que en otro de sus artículos, publicado en 1933, con el nombre *Der deutsche Mensch* (El hombre alemán), comenzaba con estas palabras: "El hombre alemán, ¿qué quiere decir esto?" Asegura ser ario desde 1704, fecha en la que ya se encuentra su nombre en los libros parroquiales. Para remontarse luego, con minuciosa erudición, al posible origen del nombre Benn, de la zona de Lusacia y de los primitivos cazadores y pescadores de la región, negando resueltamente que tenga que ver con la partícula hebraica *ben* que, como en árabe, también en hebreo quiere decir hijo. Da hoy pena observar esta preocupación angustiosa, pero quizá la comprendamos mejor, humanamente, si recordamos lo que esto podía significar en el *III Reich;* tener ascendencia judía, sobre todo en la época en que, tras su pasajero entusiasmo por el nazismo, pronto empezó a entrar en dificultades con el régimen, siendo expulsado de la Academia prusiana de Bellas Artes, condenado al ostracismo, llegando a tener que vestir de nuevo el uniforme para poder librarse de una persecución durante la cual en algún momento parece que tuvo que ser protegido por sus superiores.

Desde el punto de vista médico, la idea de Benn de la "masa hereditaria" no puede ser más errónea. Su argumento preferido es su ascendencia, por la línea paterna, de hogares eclesiásticos protestantes. Aduce a este propósito la conocida tesis del gran valor que ha tenido en la vida espiritual de Centroeropa —lo mismo podríamos decir de Inglaterra— la familia del pastor protestante. A los nombres de Burckhardt, Nietzsche, van Gogh, Hermann Bang, Björnson, Selma Lagerlöff, añade, en lo que a Alemania concierne, los de Dilthey, Harnack, Mommsen, Wilhelm Wund, Kuno Fischer, Wilhelm Ostwald, Albert Schweitzer, etc. Esta idea es todavía ampliada en el ensayo *Der deutsche Mensch,* lo que demuestra hasta qué punto constituía en él una verdadera obsesión. Allí descubre, fundándose en el estudio, por von Schulten, de 1.100 biografías de alemanes célebres, que el 50 por 100 de ellos, esto es la mitad, nacieron en casas parroquiales evangélicas. El 30 por 100 de los médicos alemanes famosos, el 40 por 100 de los juristas, el 59 por 100 de los filósofos, el 44 por 100 de los naturalistas, etc., etc., nacen en hogares eclesiásticos. Naturalmente, hoy sabemos que esto nada tiene que ver con la herencia en el sentido riguroso de esta palabra. La "casa parroquial" significa no una "Natura", sino una "Nurtura"; no una disposición ge-

notípica, sino un "troquelado", una *Prägung;* una influencia que, por ejercerse ya desde los primeros momentos del nacimiento, tiene quizá tanta fuerza como la herencia, pero no es, en modo alguno, un carácter genético, es decir, un carácter heredado con arreglo a las leyes de Mendel. Sólo la contaminación con la "psicosis racista" de su época puede explicarnos, en un médico culto como era Benn, esta confusión, por otra parte —digámoslo en su descargo—, por desgracia, compartida todavía hoy por muchos otros médicos y biólogos.

IV

En su juventud, Benn escribió varios ensayos sobre la Medicina. Dos de ellos, muy significativos, se titulan *Medizinische Krise* e *Irrationalismus und moderne Medizin* (Crisis médica e Irracionalismo y medicina moderna). En ambos se refleja un movimiento que tuvo su significación histórica y que nuestrás jóvenes generaciones médicas han olvidado ya. La "crisis de la Medicina", allá por 1926, cuando Liek escribía su famoso libro con este título, cuando Bernhard Aschner, el primer médico del mundo que consiguió extirpar la hipófisis en animales de laboratorio iniciando así, genialmente, toda la fabulosa historia de la moderna Endocrinología, hizo su espectacular conversión a una medicina hipocrática, que sólo utilizaba purgas, vomitivos y sangrías (medicina con la que, por cierto, en Viena, en la época en que állí yo estudiada, en 1931, lograba que los enfermos hicieran cola a la puerta de su consulta), toda esa "crisis médica", vista ahora desde nuestro tiempo, se parece a esas crisis de desaliento que acometen al estudiante o al investigador, poco antes de encontrar el camino del triunfo. Pues lo cierto es que, en el fondo, precedió en pocos años al más portentoso desarrollo de la Medicina que jamás ha existido en la historia del hombre. El libro de Bernhard Aschner llevaba como subtítulo *Wohin führt die Medizin?* (A dónde nos lleva la Medicina?). La Medicina llevaba a muchos sitios, muchos más de los que Aschner pensaba, buenos y malos, a unas posibilidades terapéuticas prodigiosas, desde los antibióticos hasta los psicofármacos y la cirugía cardíaca, a un conocimiento cada día más fantástico de la máquina humana. Cierto que también conducía a la medicina socializada, con su semi-deshumanización, a la mecanización progresiva de la práctica médica. Pero asimismo a la Medicina

psicosomática, a la psicoterapia, al intento más grandioso y consciente que se ha hecho nunca, en toda la historia del arte de Hipócrates, por volver humanísima, profundamente humana, la práctica del médico.

El médico Benn, heterodoxo, se une a la crítica, pero tampoco aquí es buen augur, buen vaticinador, buen vate. Para él, la esencia de la enfermedad permanece hermética tanto para la medicina clásica como para la biología fundada en las ciencias naturales. Después de él van a sostener lo mismo von Weizsäcker, von Bertalanffi y algunos otros. Intuye, por tanto, Benn la crítica que pronto va a ejercerse sobre la Medicina clásica y de la cual fue Kraus el primer adelantado.

Gottfried Benn fue un gran ensayista, pero sus ensayos médicos son, a mi modo de ver, lo más endeble de su obra. Lo mismo ocurre con otros ensayos no médicos, pero en los que maneja argumentos biológicos: *Genio y Salud, La estructura de la personalidad, Goethe y las ciencias naturales, El hombre alemán, Masa hereditaria y caudillape,* así como los dos titulados *Züchtung I* y *Züchtung II,* escritos visiblemente bajo la poderosa presión del clima nacionalsocialista.

Permítaseme que interrumpa ahora mi exposición por un momento para expresar mi admiración por la ecuanimidad y amplitud de horizonte de la Alemania actual. Puesto que, tanto si se valoran los escritos nacionalsocialistas de Benn, como si se considera que lo que expresaba su verdadero sentir fueron, por el contrario, las virulentas críticas que hizo publicar una vez terminada la guerra, lo cierto es que esto no ha sido obstáculo para el homenaje que a su maravilloso genio verbal se le rinde en nuestros días, editando sus obras completas y dedicándole multitud de estudios críticos. Mucho me temo que en un país mediterráneo, y hasta en alguno anglosajón, tendría que transcurrir mucho más tiempo antes de que el apaciguamiento de las pasiones políticas hubiera permitido a sus intelectuales ocuparse objetivamente de los méritos del gran lírico.

En estos ensayos de Benn reaparece, una y otra vez, su gran tema biológico, esa monomanía a la que ya antes hice referencia: la que se puede llamar su "mística de los genes". Mística, es preciso reconocerlo, muy alemana y, a mi juicio, anterior a la gigantesca hipertrofia y exaltación que experimentó en los laboratorios y clínicas, y ya no digamos en la prensa diaria, durante la época de Hitler. Benn cree firmemente que es la dotación genética lo que determi-

na el genio, y que, por consiguiente, es lógico que éste se acumule siempre en determinados grupos étnicos, y aun dentro de ellos, en familias entre cuyos miembros, si nos remontamos por los respectivos árboles genealógicos, acabamos siempre por encontrar un cierto parentesco. Las cabezas más geniales de la cultura europea nacen, en efecto, dentro de esa zona alpino-nórdica que va desde el norte de Italia hasta Flandes. Y, naturalmente, si la selección natural de los últimos siglos ha producido ese feliz acúmulo de caracteres geniales que constituye el tipo específico teutón, ¿por qué no promoverlo con una política adecuada? Dice Benn en *Der deutsche Mensch:*

> "En América se ha visto que un norteamericano medio tiene 1 por 100 de probabilidades de estar emparentado con una celebridad de su país, pero los hombres insignes guardan entre sí una proporción de parentesco del 1 : 5... Y después de aducir ejemplos alemanes: "Parece que la genialidad de nuestro pueblo está aún mucho más concentrada..."

Termina el ensayo exponiendo, una vez más —lo que demuestra cuánto el problema le preocupaba—, su caso personal, la historia de sus antepasados. Esta curiosa confusión entre lo que denominamos "seudo-herencia" y herencia genuina era, como ya antes dije —y aún lo es—, moneda corriente entre gentes incluso con gran preparación científica. Cuesta muchísimo trabajo hacer comprender que biológicamente la mayor parte de lo que se hereda no es una "cualidad" o suma de cualidades. Esto ocurre sólo con caracteres excepcionales: el color de los ojos, la forma del cráneo, los grupos sanguíneos. Una inmensa proporción de lo que se hereda no es cualidad o *carácter,* sino *posibilidad,* disposición. Es decir, la posibilidad, frente a un medio determinado, a unos determinados alimentos, de *acabar* la construcción del organismo en tal o cual forma, dándole su estructura definitiva. Poco a poco nos hemos ido convenciendo de que tan importante como la herencia de estas disposiciones es lo que al hombre le sucede en las primeras semanas de su vida. Y no en virtud de la *educación,* esto es de aquello que *conscientemente* le inculcamos, sino ante todo, y de manera primordial, en virtud de sutilísimos factores que se incorporan a su persona, desde los gestos ariscos o dulces de la madre, hasta la humedad del paisaje o la estructura secreta de las primeras palabras que le enseñamos a pronunciar. Somos hijos, tanto como de los genes que dirigen la arquitectura de nuestra fábrica corpórea, de los millones y millones de sutilísimos ademanes, de los

gestos imperceptibles que, a nuestra llegada al mundo, nos hacen los seres y el paisaje que *nos acogen,* que *nos incorporan.* Por esta incorporación de signos sutiles a nuestro propio ser terminamos de volvernos individuos biológicos, es decir, quedamos *constituídos,* y precisamente en los dispositivos biológicos superiores, en aquellos dispositivos de integración que son decisivos para nuestra personalidad, y entre los que figuran las correlaciones endocrinas y la propia inteligencia.

La importancia que esto tiene en el último acabado de la estructura de la persona humana radica en el hecho señalado por investigadores de lengua alemana (el suizo Portmann, el filósofo alemán Gehlen, entre otros) de que el hombre *nace sin terminar,* enormemente incompleto. Quien le completa es el mundo que le acoge, que le recibe y que, al recibirlo, le *transmite* o *traspasa* o *trasfiere* su forma de comprender la realidad, desde el estilo de percibir el mundo en torno hasta las sutilísimas consignas morales y educativas que constituyen la clave de toda cultura. Ruego al lector me perdone haber referido con enorme concisión ideas que he expuesto en un libro reciente [1] con mucha más amplitud y, además, un pecado mucho más grave, haber incurrido en la intolerable vanidad de presentar como concepciones de nuestro tiempo ideas personalísimas y en una formulación muy avanzada, aun cuando se articulan y desarrollan sobre puntos de vista que cada día encuentran más aceptación a un lado y otro del océano. Por consiguiente, lo que Benn llama *Erbmasse* es un proceso muy complejo, en el que el intercambio o transacción del ser recién nacido con el mundo que le recibe o acoge en las primeras semanas de su existencia, es de influencia definitiva para el resto de su vida. Por eso es muy verosímil que haya sido, en efecto, la "casa parroquial" y no los genes biológicos, lo que fomentó la calidad genial del hombre centroeuropeo. Los estrechos parentescos entre familias de personajes eminentes lo único que demuestran es que ese primerísimo perimundo que acoge al hombre se transfiere por firme e imperceptible tradición de unas en otras familias y no es, en forma alguna, suficiente argumento en pro de que son unos cromosomas, unas partículas de ácido desoxirribonucleico, lo que determina la genialidad.

---

[1] J. Rof Carballo: *Urdimbre afectiva y enfermedad. Introducción a una medicina dialógica.* Labor, Madrid-Barcelona, 1961.

A continuación Benn se pregunta: "¿En qué momento y en qué condiciones aparece el don del genio?" Contesta sin vacilar con una idea muy del siglo pasado. Pues es extraordinariamente curioso en este lírico avanzado de nuestro tiempo, en este revolucionario, en este nihilista, su conservadurismo, su tradicionalismo y la tenacidad con que se aferra, en su pensamiento, a lo que cualquiera de nuestros jóvenes no vacilaría en denominar "magníficas antiguallas". Lo que según Benn determina el genio es el hecho de que la familia *empieza a degenerar*. Esto es, el genio suele aparecer en el momento en que sobrevienen conductas anormales y psicopáticas. A continuación aporta la consabida lista de los innumerables hombres geniales que han terminado su vida con el suicidio o que han presentado durante su existencia crisis de melancolía o de paranoia, o, en el mejor de los casos, han sucumbido al hábito de las drogas: opio, absinta, haschisch, alcohol. Para ver mejor qué es lo que hay tras esta idea ochocentista de la "degeneración" como fuente del genio, es preciso examinar antes cuál es la estética de Gottfried Benn. Cosa que requiere que tracemos previamente con la mayor brevedad un panorama del ambiente espiritual en el que la figura del poeta Gottfried Benn ha tenido que moverse, es decir, del mundo en que sus genes, esos genes alemanes cuya ascendencia tanto le preocupaba, han sido *acogidos*.

V

Muchas e importantes cosas podrían servir para definir este mundo de Gottfried Benn. Pero quizá la más importante es la que se inicia con la famosa frase de Nietzsche, y que Benn, como otros muchos intelectuales de su época, hace suya: "Dios ha muerto". Frase que, como recuerda Hermann Glaser en su vivacísima *Kleine Geschichte der Weltliteratur,* fue pronunciada, en sentido interrogativo, antes que por Nietzsche, por uno de los personajes de Dostoiewski, por Fedor Karamazow, interrogando angustiado a sus otros dos hermanos. Para Iván, el cínico materialista, Dios, efectivamente, ha muerto. Para Aliosha, el alma pura y creyente, Dios vive; no podía ocurrir de otra manera. Fedor se debate en la duda, agónicamente, como diría Unamuno.

La reacción polémica contra este "Dios ha muerto" no condu-

ciría más que a oscurecer el problema. Es la reacción de todo aquel que, efectivamente, tiene mucho miedo de que Dios se le muera dentro de sí. Entonces, sin pérdida de tiempo, frente a afirmaciones blasfematorias como la de Nietzsche, se viste la armadura y, como nuestro buen hidalgo, aprieta la adarga y blande su espada en ademán combativo. Una armadura es como un encierro, y eso, en efecto, son las convicciones religiosas para muchos hombres, encierro protector, en el que las visagras ritualistas a veces crujen, oxidadas, de manera harto ostensible. Pero si prescindimos de esta actitud combativa o de defensa y examinamos con calma —y hasta si se quiere, ¿por qué no?, con amor— lo que hay detrás de esta frase que determina nuestra época, probablemente acertaremos a divisar cosas bastante interesantes. Ante todo, que este "Dios ha muerto" fue principalmente vaticinio de poeta más que afirmación de filósofo. Pues lo cierto es que, en los últimos decenios, Dios murió y está muerto en el alma de varias generaciones europeas que perdieron la fe. Inmediatamente a continuación vamos a descubrir que esta pérdida de Dios ha ido unida estrechamente, como entre otros ha subrayado Lewis, a la "pérdida del sentido de la vida". Es esto lo que, según el agudo crítico norteamericano, caracteriza a la que él llama "segunda generación". En ésta, que es la generación contemporánea nuestra, la generación de Silone, de Camus, de Faulkner, de Graham Greene, se pone de manifiesto lo que todavía no se veía con claridad en la anterior, en la generación de Proust, de Joyce, de Mann: la vida se ha vuelto absurda, disparatada, caótica, está por todas partes penetrada de un abismal sentimiento de ausencia. Mucho antes de que Sartre estampara en la frente de nuestro tiempo "la náusea" como su característica más radical, Gottfried Benn habló de ello, dio expresión lírica a su radical pesimismo. También para él "Dios ha muerto" en el sentido de Nietzsche. Señalaré aquí que, como le ocurrió también a Alberto Camus, Benn estuvo toda su vida bajo el poderoso influjo de Nietzsche. En agosto de 1950 pronunció por la "radio" NO. de Alemania una conferencia titulada "Nietzsche, a los cincuenta años", realmente llena de interés. Entre nosotros, en los últimos años, se ha ido olvidando demasiado la influencia innegable que Nietzsche ha ejercido sobre la mentalidad europea contemporánea. Durante el semestre del invierno 1951-52, el propio Heidegger considera misión importante de la filosofía proseguir el diálogo con Nietzsche, en quien, nos dice, están compilados todos los motivos del pensamiento occi-

dental. La primera parte de su libro *Was heisst Denken* está casi toda ella dedicada a comentar escritos de Nietzsche [2]. Con razón subraya Lewis que, en el pensamiento de Camus, Nietzsche ha significado más que Kierkegaard y que Kafka. Sería interesante analizar este vinculillo sutil que une al gran lírico alemán Benn y al novelista y ensayista francés Camus en una común admiración por Nietzsche, pero es tema que hemos de dejar de lado como otros muchos, so pena de alargar con desmesura este trabajo.

Frente a este "Dios ha muerto" surgen en el espíritu europeo no pocas reacciones, de las cuales aquí sólo me interesa destacar dos, las dos españolas: la de Unamuno, que en lugar de la palabra "muerte", pone la más justa de "agonía", en el sentido de lucha, de combate íntimo por la fe, y la de Zubiri. El trabajo de Zubiri: *En torno al problema de Dios,* que es de lamentar no sea mejor conocido fuera de España, es —podemos proclamarlo bien alto, sin el menor temor a equivocarnos— uno de los textos más importantes y trascendentales de nuestra época. Además, quizá sea el texto en el que la pregunta de Fedor Karamazow y la rotunda afirmación de Nietzsche han encontrado su más justa respuesta. El trabajo de Zubiri no es una demostración de que Dios no está muerto, sino un planteamiento mucho más radical del problema. La existencia humana, según él, no está, como se ha dicho por Heidegger, "arrojada" entre las cosas, sino que el hombre está *implantado* en la existencia. Naturalmente, no voy ahora a resumir un denso trabajo que todo intelectual europeo debería conocer al dedillo por su importancia extraordinaria. Recordemos tan sólo algunas de sus afirmaciones: "El hombre se encuentra enviado a la existencia o, mejor, la existencia le está enviada..." Al existir, no sólo se encuentra con cosas que "hay" y con las que tiene que hacerse, sino que se encuentra que con que "hay" que hacerse y "ha" de estar haciéndose. Además de cosas, "hay" también lo que hace que haya..." Según Zubiri, si estamos obligados a existir es porque previamente estamos religados a lo que nos hace existir. Como es bien sabido, nuestro filósofo ha denominado este vínculo ontológico del ser humano "religación", la cual nos hace patente y actual la fundamentalidad de la existencia humana. Por tanto, la *religación —religatum esse, religio, religion,* en sentido prima-

---

2 Todavía no se habían publicado, cuando escribí estas líneas, los dos gruesos tomos en que Heidegger ha reunido sus cursos sobre Nietzsche.

rio— es una dimensión formalmente constitutiva de la existencia... El hombre no *tiene* religión, sino que, quiéralo o no, *velis nolis,* consiste en religación o religión.

El problema, por consiguiente, no es la pregunta de si "Dios ha muerto", sino la contraria; la que Zubiri se plantea en la última parte de su admirable trabajo: ¿Qué significado tiene el ateísmo? Pues, si Dios está patente en el ser mismo del hombre, es decir, si el hombre está constitutivamente religado, ¿cómo el ateísmo es posible? Zubiri aborda, ya en el año 1935, este problema, el fundamental de nuestro tiempo, el problema que desde Nietzsche a Heidegger, de Dostoiewski a Benn y a Camus, es como una armadura gigantesca que sostuviera la bóveda del pensamiento de occidente. El ateísmo es posible por el intento del hombre de fundamentar su vida en sí mismo. Ahora bien, la vida fundamentada en sí misma es una vida internamente desfundamentada; al negar a Dios, el hombre soberbiamente se hace la ilusión de que él mismo es Dios, esto es, su propio fundamento. No hay otra solución: o el hombre se siente religado, es decir, fundamentado en todo aquello que ha hecho que sea, o desligado. Pero como radicalísimamente el hombre *es* religado, y en esto *consiste,* lo único que puede hacer es *sentirse desligado*. Ahora bien, como dice Zubiri, su "sentirse desligado" es ya un *estar* religado. La propia desesperación, la misma "náusea", el "asco", la melancolía vital, la "pérdida del sentido de la vida", son, en el fondo, expresiones enmascaradas, torcidas si se quiere, de su religación.

Confírmase esto de manera patente por el hecho de que, a través de su obra, todos estos escritores representativos de nuestro tiempo: Benn, Camus, Silone, etc., se ven obligados a dar, tarde o temprano, una respuesta que organice el caos, que dé al menos cierto sentido a la existencia. Ante todo, no serían grandes escritores si no latiera dentro de ellos un *impulso a crear*. Recuerda Lewis a este propósito una frase del gran "abuelo" de las letras contemporáneas, de Henry James: "Por esencia, el poeta *no puede* estar afectado por la muerte... aunque se ocupe de lo más enfermo de lo enfermo, es siempre el acto de vivir el que le llama..." Perdido el sentido de la vida, perdida la fe en Dios, es perentorio sustituir ambos. Son tres las principales soluciones; tres los sustitutos de Dios, en los que se cree encontrar la fundamentabilidad perdida. En primer lugar, la creencia en la vida misma; de ahí, muchas veces la devoción por el mundo erótico, por la vida del sexo; en segundo término, la fe en la propia fuerza crea-

dora y, por tanto, en el valor perenne de la creación artística. Por último, el hombre acorralado por la angustia, por lo absurdo, por la tiranía y por la injusticia, en su lucha por volverse un "hombre nuevo", acaba vislumbrando una especie de solución en la solidaridad humana, en la compañía con los demás hombres, en aquello que André Malraux ha denominado la "fraternidad viril". Es precisamente en la más significativa de las obras de Malraux, en su última novela, en *Les noyers de l'Altenburg,* donde se encuentra expresada esta tercera solución, que yo denominaría la solución del redescubrimiento del prójimo. Lo que en el fondo equivale a decir, el atisbo del retorno a Dios a través del hallazgo de la caridad.

La escena cardinal del libro ocurre en el frente oriental, en junio de 1915. El teniente Berger, descendiente de una familia alsaciana, cuyo padre fue un aventurero y un extravagante, ha sido nombrado ayudante del químico encargado de vigilar los primeros efectos de los recién inventados gases asfixiantes en el frente ruso. Una vez arrojados éstos, comienza el ataque. Pasa entonces algo extraordinario: los soldados alemanes, de pronto, interrumpen su avance y retornan a sus propias trincheras llevando cada uno sobre sus hombros el cuerpo de un soldado ruso. Cuando, pasado su primer estupor, Bergen empieza a comprender lo que ocurre, que ante el horror de los elementos que el hombre ha desencadenado, ante el espanto de la destrucción, sus propios soldados no han encontrado otra solución que la de la fraternidad desesperada con el enemigo, él mismo sale de las trincheras y corre por el campo desvastado, donde la vida ha perecido hasta en las más minúsculas plantas, donde todo se ha convertido en el más árido de los infiernos, a buscar a su vez el cuerpo de un soldado ruso de infantería que traer sobre sus hombros, a la zona donde todavía puede encontrar una esperanza de salvación.

Gottfried Benn escoge de estas tres soluciones la segunda y desconoce, a diferencia de Silone, de Green, de Moravia, del propio Camus, la tercera. Durante toda su vida fue un hombre poco dotado para el contacto interhumano. Algunas aventuras amorosas con señoras intelectuales más o menos *snobs,* una relación de pocos años con una danesa, que inspiró un pequeño número de sus poesías; a muy poco queda reducida su vida sentimental. Compárasela con la riqueza y complejidad de la vida amorosa de Rilke. Benn fue hombre de lo que, en el Berlín de su época, equivale a nuestro café, la cervecería grata, de la cual es huésped puntual todas las tardes, de 8 a 10,

donde recibía sus visitas literarias, donde discute y critica. Con sus zapatos lustrosos, sus botines y su indumentaria pulcra, su pobreza digna, teniendo al final de su vida que reanudar su práctica médica para poder ganar algún dinero, ya que sus libros le dan muy poco, parece en algún momento un poeta bohemio español de comienzos de siglo, como Antonio Machado o como Eugenio Carrère, eso sí, traducido al alemán, ordenado, puntual y correcto, sólo ligeramente inclinado a consumir cotidianamente una dosis no excesiva de cerveza y una copa de Steinhäger. Cierto que al final de su vida el "Dios ha muerto" nietzscheano ha dejado lugar, como señala uno de sus biógrafos, a una frase radicalmente diferente, aunque, a primera vista, no lo parezca: "Dios está oscuro", *Gott ist dunkel.* La cual implica que, oscuro o lejano, por lo menos Dios *está.* Quien sustituye a Dios como razón ordenadora del caos que es la existencia, como justificación que da sentido a la vida, es la creación artística. La *forma* aparece ante Benn como la razón de ser de la vida, como lo único perenne y eterno. Esta es, como vamos a ver a continuación, la clave de su estética.

VI

Gottfried Benn fue, como todos los hombres algo misántropos y de sensibilidad muy aguda, un crítico implacable. En uno de sus ensayos breves: *Die Dichtung braucht inneren Spielraum* (La poesía necesita espacio interior), escrito quizá para salvar lo salvable del atrabiliario humor de los comisarios de cultura nacionalsocialistas, al pasar revista a los escritores europeos de nuestro tiempo, Galsworthy, Lawrence, Joyce, Gide, Valéry, Romains, Du Gard, etcétera, no deja títere con cabeza. Sólo tres se salvan del retablo europeo, tres que, según él, sí merecen haber sido traducidos al alemán. Nos interesa mucho saber quién son esos tres supervivientes. He aquí sus nombres: Knud Hamsun, Josef Conrad y "el interesante Ortega". Comenta a continuación: "Esos tres grandes de la literatura extranjera, certeros en su aristocracia, fueron extraordinarios acontecimientos en el mediocre mercado europeo del arte y creo que han tomado una parte mucho mayor de lo que hoy se cree en la disolución, entre nosotros, de la imagen del mundo de la social-democracia." Era poco antes de que apareciese su ensayo *Dorische Welt* (Mundo

dórico), quizá, desde el punto de vista literario, lo mejor que ha escrito, y en el que la prosa alemana contemporánea llega a una de sus mayores cimas. En él, en ritmo verbal majestuoso, que parece recordar la marcha de las columnas de los conquistadores implacables, se procura echar por tierra el tópico de que fue Atenas y no Esparta, esto es, el mundo dórico, quien cimentó las bases de la cultura de Occidente. Todo él parece una justificación de los regímenes de fuerza, construídos "sobre los huesos de los esclavos", y en sus páginas se nos recuerda que Pitágoras ganó un premio como boxeador, que Eurípides fue coronado por su triunfo en los Juegos olímpicos y que, ante la gloria del mundo antiguo, ante sus creaciones inmensas, poco importa que muchos artistas tuviesen que morir amargados en el destierro o que Fidias pereciera en la prisión, acusado de haber sustraído marfil del bien público, como hoy lo es la amiga de Pasternak por fraude de divisas. La tesis, que en su época no consiguió halagar lo suficiente al ministro de Propaganda del Estado alemán, hoy no es, desde luego, popular. Y, sin embargo, muy fuerte debe ser la magia que se desprende del magnífico estilo, repito quizá uno de los más vigorosos y originales de toda la literatura alemana contemporánea, para que, aun disintiendo de su tesis, lleguemos, entre repulsa y admiración, al final del ensayo que termina así: "El siglo pasado declaraba: Todo placer quiere eternidad. El presente, afirma: "Toda eternidad exige arte. El arte absoluto, la forma." Para Benn, como para Flaubert, lo único que importa, consígase como se consiga, aunque sea sobre los huesos de los esclavos, es la belleza, cuya trascendencia podemos presentir bien contemplando las ruinas de la Acrópolis o a través de las complacencias oportunistas de un gran poeta, en unos fragmentos de columnas o en unos versos admirables.

La estética de Benn fue expuesta por él en el ensayo titulado *Probleme der Lyrik*. El gran poeta alemán fue un prolífico ensayista, cualidad que comparte con casi todos los grandes poetas de nuestro tiempo, pues también Valéry y Eliot y el propio Ezra Pound, y también el gran Dylan Thomas, son diestros ensayistas y estupendos críticos de arte. Pero, a diferencia de los anteriores, Benn sostiene que esta actividad bifronte, la de producir a la vez estupendos versos y admirables ensayos críticos, *no es casual,* ni mucho menos accesoria. Según él, constituye precisamente una de las características de una estirpe poética que, hasta nuestra época, el mundo no

había conocido, de una *nueva forma* de la poesía lírica. Esta nueva forma de poesía lírica, en la que el ensayo alterna con la creación poética, comienza ya en Poe, que también fue un admirable escritor de ensayos estéticos: continúa con Baudelaire, asimismo ensayista y también con los surrealistas Breton y Aragon. El rasgo característico de esta nueva poesía lírica es que el autor llega a interesarse tanto más que por el poema concluído y acabado, por el proceso singularísimo por el cual este poema ha llegado a nacer en la mente del hombre. Para designar esta nueva poesía encuentra Benn una expresión nada grata, al menos traducida al español, la de *Artistik*. La define como "el intento del arte, dentro de la descomposición general de sus contenidos, para vivirse a sí mismo como contenido, haciendo nacer de esta vivencia un estilo nuevo. De esta suerte viene a constituir, frente al nihilismo general de todos los valores, una nueva trascendencia: la trascendencia del placer creador". Se comprende ahora por qué he tenido que hacer preceder mi exposición de la estética de Gottfried Benn, aun a riesgo de cansar al lector, de un rápido repaso de su posición ante el mundo y ante la existencia. Sin este "nihilismo de los valores", característico de nuestro tiempo y que en Benn vemos con más claridad que en otros escritores, arranca de Nietzsche, no entenderíamos por qué, para dar de nuevo sentido al mundo y a la existencia, hay que postular una nueva trascendencia. En la que queda, como reminiscencia de la primera de las soluciones que antes he indicado: la de la divinización de la vida, y por tanto, de la erótica, la palabra *placer*. Pero, en este caso, no es el placer amoroso, como en otros escritores de nuestra época, en lo que se busca orden y consuelo, sino en algo más consistente: en el placer de la creación artística como clave de la existencia, como "trascendencia nueva".

Esta "nueva lírica" de la que Gottfried Benn se hace solidario comenzó —nos dice— en Francia. "Hasta ahora, estaba en su centro Mallarmé, aunque, según veo por las recientes publicaciones francesas, aparece cada vez más en primer plano Gerardo de Nerval, que murió en 1855, es conocido entre nosotros solamente como traductor de Goethe, pero que en Francia es considerado como el autor de *Quimeras* y como manantial de toda la poesía moderna." Al final de este trabajo volveré sobre este párrafo, a mi entender cargado de una tremenda significación, que al propio Benn se le escapa. No cabe duda de que esta "nueva lírica" a la que Benn se refiere y que ilus-

tra con los nombres franceses de Valéry, Apollinaire y los suprarrealistas Breton y Aragon, a la que incorpora al inglés Swinburne y también a Eliot, Auden, Ezra Pound, al lituano Milosz, a Majakowski, "antes de que cantase odas en honor del padrecito Stalin", etc., y a la que, según él, pertenecen, en Alemania, Stefan George, Rilke y Hoffmansthal, es la misma que también ha sido llamada *poesía absoluta* y cuyo compendio teórico fue, en cierto modo, la *Introduction a la "Poésie française"* que Thierry Maulnier publicó en París en 1939. Según el suizo Ernst Howald, que le dedicó en 1948 un estudio en la primera parte de su libro *Das Wesen der lateinische Dichtung*, habrían sido sus padrinos Poe y Flaubert. Lo característico de esta poesía absoluta —dice Howald— no sería tan sólo su exaltación de la musicalidad, del valor de la palabra, de las agrupaciones sintácticas, lo cual, en fin de cuentas, es postulado de toda poesía, sino la unilateralidad con que acentúa el valor de estos elementos, rechazando de manera resuelta todas las demás funciones hasta entonces aceptadas de la poesía: la descripción, la narración, la comunicación de estados de ánimo, etc. Howald sostiene en su libro la ingeniosa y difícil tesis de que, en realidad, bien mirada, la poesía latina, en el fondo, también fue poesía absoluta, al menos en Propercio, en Catulo y, en muchas ocasiones, en el propio Virgilio. Pero, aunque interesante para el filólogo, esta es cuestión que aquí no nos concierne de manera directa. Volviendo a nuestro Benn, observemos que, para él, este concepto de *Artistik* comprende, en el fondo, toda la problemática del llamado expresionismo, del arte abstracto, es decir, de lo antihumanístico, de lo antihistórico, en una palabra, toda la problemática del mundo expresivo. E inesperadamente nos descubre un tercer padrino de esta poesía absoluta, el creador de esta palabra que antes declaré no me gustaba, la palabra *Artistik*. Quien introdujo este concepto del arte como misión genuina de la vida, del arte como actividad metafísica, fue el propio Nietzsche, tomándolo —agrega Benn— de Francia. El impulso a expresar el ser más íntimo con palabras, aunque haya que desgarrarse cueste lo que cueste, constituye una nueva forma de la existencia. Y también Benn, el poeta, vuelve a referirse a Flaubert y a sus angustias por construir frases que fueran bellas e imperecederas como las columnas de la Acrópolis.

A continuación, da Gottfried Benn al lector la quíntuple fórmula, que, de manera sencilla, va a permitir a cualquiera, armado de

lápiz y papel, saber si un texto es o no de calidad poética. En primer lugar, si tras la primera estrofa, describiendo, por ejemplo, un paisaje, viene otra estableciendo un paralelo entre este paisaje y un estado anímico, desde luego, no cabe duda, la poesía es pésima sin remisión. El segundo síntoma de que una poesía es detestable consiste en el abuso del *como*. Nada importa que el propio Rilke, en alguno de sus poemas, haya utilizado este adverbio tres veces en cuatro estrofas; la excepción no haría más que confirmar la regla. En tercer lugar, es malo todo verso en el que se abusa de los colores. En cuarto, debe reconocerse la mano del poetastro tan pronto asoma en un poema lo que Benn denomina el tono seráfico: el murmurar de las fuentes, la serenidad de las noches, etc., etc., pues todo esto no es más que especulación barata con la sensibilidad y blandura del lector. Pero la circunstancia más importante para determinar la calidad de una poesía lírica, según Benn, sería la última, esta positiva: la de que constituye para el propio poeta una experiencia trágica. Consiste en que según Gottfried Benn, no hay ninguno de los grandes líricos de nuestro tiempo que haya dejado a la posteridad más de seis u ocho poemas realmente importantes. Todo lo demás es anecdótico. Poesías de fascinación auténtica hay pocas, y lograrlas obliga al autor a una dura ascesis, acompañada siempre de sufrimiento y de lucha. Un poema puede existir en la mente del poeta desde muchos años antes, pero tienen que transcurrir a veces períodos de quince o de veinte años antes de que se encuentre la segunda estrofa de un poema que se ha comenzado en la juventud. El criterio fundamental de lo poético es, para Benn, la "fascinación", es decir, una oscura transformación interna que el arte suscita y cuyo efecto es transmitido a lo largo de las generaciones. Este poder fascinante proviene, a su juicio, de una fuerza difícil de explicar que la palabra tiene, de su magia secreta.

Mucho más podríamos seguir hablando acerca de esta estética de Gottfried Benn, como podemos ver, gran figura representativa de nuestra época, poseído por el demonio del verbo y gracias a lo cual, pese a las circunstancias de su vida, goza hoy del prestigio de gran lírico alemán al lado del interesantísimo Trakl, estudiado modernamente por Heidegger, junto a Hoffmansthal y a Rilke. Mas este trabajo se alarga en exceso y es preciso ponerle punto final. No quisiera hacerlo sin dos advertencias: la una, recordar que esta estética de la deshumanización de lo poético, la guerra al lugar común sentimen-

tal y a la descripción romántica la inició, en España, Ortega y Gasset en su ensayo *Musicalia,* creo que publicado en "El Sol" en 1920, y que produjo, en aquella época, enorme indignación entre nuestros melómanos. La conferencia de Benn a que acabo de referirme fue dada en la universidad de Marburgo, en 1951, treinta años después; sea dicho esto en honor de las fabulosas cualidades de zahorí que tenía nuestro gran filósofo.

En mi segunda observación quiero recoger aquella tesis de Benn que dejé pendiente, en la que sostiene que, además de su caudal genético, de su *Erbmasse,* el genio, para manifestarse, necesita, al igual que ciertos manjares para el *gourment* delicado, un comienzo de *Entartung,* de decrepitud o degeneración. Recordemos que, como prueba de ello, consideraba la frecuencia de trastornos mentales, de suicidios, etc., entre las figuras geniales. El propio Gerardo de Nerval, cuya posición clave en el origen de la "poesía absoluta" no se le escapa a Benn, murió trágicamente, como todo el mundo sabe, ahorcándose en París el 26 de enero de 1855 en el callejón de la *Vieille-Lanterne.* Su figura extraordinaria no ha hecho más que crecer con el tiempo. Gerardo de Nerval está en el principio de toda la poesía moderna, no sólo por sus *Quimeras,* sino por muchas de sus obras: *Silvia, Angélica* y esa fabulosa *Aurelia* sobre la que habría que escribir, desde el punto de vista psicoanalítico, un larguísimo estudio. Para el médico, su suicidio es sencillamente el resultado de un grave episodio depresivo. Si este médico es, además, psicoanalista, puede explicarse las graves depresiones que padeció el escritor Gerardo de Nerval y hasta su ánimo errante y andariego —del que surgieron su *Viaje a Oriente,* sus novelas fantásticas, y tantas obras suyas— por la circunstancia de haber nacido sin amparo afectivo, desligado ya de su madre desde la infancia más temprana. Recién nacido, Nerval es confiado a una nodriza, pues su padre fue entonces nombrado médico-adjunto de la *Grande Armée,* del ejército napoleónico, llegando a ser director del hospital de Hannover, y su madre hubo de acompañarle. Dos años después del nacimiento de Nerval, muere su madre en Gross-Glogau, en Silesia. Pero creo que los médicos hablamos demasiado de psicología, de las raíces psicológicas del genio creador. La psicología y el psicoanálisis han penetrado hoy de tal manera en todas las mentes que, por un momento, podemos callarnos y dejar hablar por nosotros a los críticos. Uno de los más expertos y agudos "nervalianos", Albert Béguin, en la introducción a las obras com-

pletas de Gerardo Nerval de "La Pléyade", nos dice que todas las devociones del poeta: la muerte, Aurelia, la actriz Jenny Colon y otras de sus amadas, Marie Pleyel, etc., no han sido, para él, más que representaciones efímeras de una primera muerta, la única, "la que desapareció un día en la helada Silesia: la madre de Gerardo que no retornó de la campaña de Rusia... Ni un instante Gerardo dejó de pensar en ella, de buscar los caminos por los cuales pudiera haberse vuelto a unir con la que faltó en su infancia. Tengamos la seguridad de que, si tradujo el *Fausto* y si escribió para él un prefacio, a los dieciocho años, con mano vibrante de emoción, la lengua alemana a sus ojos no tenía más prestigio que la de ser hablada en el país donde estaba la tumba materna... No es indiferente que más tarde, mucho más tarde, vaya a exclamar: "Alemania, nuestra madre de todos...", ni tampoco un azar que, en los momentos más terribles de su desgracia, entre dos internamientos manicomiales, vaya a buscar refugio en tierra germánica..."

El crítico literario intuitivamente nos ha revelado el secreto de esa *Entartung,* de esa supuesta *degeneración,* condimento, según Benn, necesario para que el genio brote. Desde hace cien años, lo que la "casa parroquial" simboliza en Centroeuropa como arquetipo, esto es la estructura familiar que abriga nuestra cultura, no sabemos bien por qué, empieza a resquebrajarse. El hombre inicia así ese proceso de desvinculación, de desreligamiento que está en la más profunda base de nuestro mundo actual. Muchas veces surge el genio como reacción desesperada frente a la pérdida de la fundamentalidad última de la existencia humana, como un esfuerzo gigantesco por restablecer lo que yo he llamado la "urdimbre de afecto", que constituye al ser humano en lo más radical de su existencia. Si buscamos bien, siempre hallaremos que el genio poético nace de una especial susceptibilidad para esta ruptura de las primarias vinculaciones, las que constituyen el substrato psicobiológico de la persona. Así, en Benn, probablemente de algo que sólo conocemos a través del rencor que uno de sus críticos nos dice guardó siempre hacia su padre porque éste, con rigor fanático, no permitió que se calmasen con morfina los dolores terribles que acompañaron la muerte de su esposa. Por eso, Gerardo de Nerval no es sólo el principio de la poesía "absoluta", sino también el paradigma de la lírica y hasta de la novelística de nuestro tiempo. Su genio es, como su vida, una lanzadera que, incesante, incansable, viaja sin cesar, cruza una y otra vez Europa, desde Silesia

a París, tratando de zurcir la urdimbre rota. Lo mismo que ahora, al borde de una catástrofe muy verosímil en la que puede Europa perecer, nuestros grandes escritores, nuestros poetas de hoy, también tratan, con su genio, de tejer de nuevo, entre la desesperación y la fe, la viejísima textura, la que ha servido para constituirnos como una modalidad especialísima del ser humano: *el hombre de Europa.* ¿Lo lograrán? O ese hombre de Europa, un día, agotado, ¿irá por sí mismo a colgarse de un farol en el callejón de la Vieille Lanterne? Este es el gran dilema que se nos presenta a todos nosotros y por eso Gottfried Benn, lírico alemán a la vez nihilista y esperanzado, es un grande e importantísimo poeta de nuestro tiempo.

JUAN ROF CARBALLO.

BIBLIOGRAFIA

ALLEQANN, B.: *G. Benns Statische Gedichte.* Merkur, 99, mayo 1946, S. 402-13. Stuttgart, 1956.

BENN, G.: *Gesammelte Werke,* 4 tomos. Limes-Verlag. Wiesbaden, 1949.

BENN, G.: *Über mich selbst.* Laugen Georg Müller. Munich, 1957.

BENN, G.: *Frühe Lyrik und Dramen.* Limes-Verlag. Wiesbaden.

GLASER, H.: *Kleine Geschichte der modernen Weltliteratur dargestellt in Problemkreisen.* Ullstein Bücher, 1956.

HOLTHUSEN, H. E.: *Gott als Tabu* (G. Benn). *Ja und Nein.* S. 235-39. München, 1954.

KOCH, T.: *Gottfried Benn, ein biographischer Essay.* Langen-Müller. Munich, 1957.

KOHLSCHMIDT, W.: *Die entzweite Welt. Studien zum Menschenbild in der neueren Dichtung.* Gladbach, 1953.

LAATHS, E.: *Geschichte der Weltliteratur.* Knaur Nachf. Munich, 1953.

LEWIS, R. W. B.: *The picaresque Saint. Representative Figures in Contemporary Fiction.* J. B. Lippincott. Filadelfia, Nueva York, 1959.

MALRAUX, A.: *Les noyers de l'Altenburg.* Gallimard, 1948.

NEF, E.: *Des Werk Gottfried Benns.* Verlag Arche. Zürich, 1958.

RISSE, H.: *Paul Cézanne und Gottfried Benn, eine Studie.* Langen-München, 1957.

RYCHNER, M.: *Gottfried Benn Züge reiner dichterischen Welt. Zur europäischen Literatur zwischen zwei Weltkriegen.* Zürich, 1951.

SEDLMAYR, H.: *Die Revolution der modernen Kunst.* Rowohlts Deutsche Enzyklopädie, I. Hamburgo, 1955.

WOODTLI, S.: *Gott ist fern. Zu Gottfried Benns Glaube.* Neue Zürcher Zeitung, 29 de abril de 1956. Zürich, 1956.

COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

INFORME SOBRE EL FOMENTO Y EXPANSIÓN DE LA CIENCIA OCCIDENTAL

La *Fondation Universitaire,* de Bruselas, ha publicado recientemente un folleto titulado *Informe sobre el desarrollo de la ciencia occidental,* del cual tenemos a la vista sendas versiones en lengua francesa e inglesa [1]. Por su indudable importancia creemos de interés darlo a conocer con la extensión debida.

Según se declara en el prefacio, "la idea de emprender un estudio original sobre los medios adecuados para reforzar el potencial científico del mundo occidental ha nacido del intercambio de puntos de vista que la Comisión científica de la Organización del Tratado del Atlántico norte ha dedicado al tema". La Comisión científica de la OTAN es la responsable del estudio, y los medios financieros proceden de la Fundación Ford, siendo administrados por la *Fondation Universitaire.* El informe ha sido redactado por un grupo de estudio formado al efecto, presidido por M. Louis Armand, que fue presidente del Euratom, y está constituído por 12 miembros, todos ellos destacadas personalidades científicas internacionales, pertenecientes a siete países: Alemania, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra e Italia.

El motivo del informe en cuestión puede resumirse así, según expresa la introducción al mismo. Los países del mundo llamado occidental, para contrarrestar la amenaza del bloque soviético, han de esforzarse en aumentar su potencial científico paralelamente al económico y al militar, y esto por cuanto en los países comunistas el desarrollo de la investigación científica y la enseñanza de la ciencia se realizan de un modo muy extenso y eficaz. No deja de advertirse

1 *Rapport sur le développement de la science occidentale.* Fondation Universitaire, Bruselas, 1960.
Increasing the effectiveness of Western science. Fondation Universitaire, Bruselas, 1960.

a continuación que el potencial científico occidental debería mejorarse aun cuando la amenaza desapareciese y la coexistencia pacífica de ambos bloques llegase a ser una realidad. En rigor, y dejando aparte las razones de orden político que motivan el informe, las consideraciones y recomendaciones que en él se hacen poseen plena objetividad y validez cuando se proyectan sobre el desarrollo de la ciencia en general y de sus aplicaciones, como fuente de conocimiento y de mejora de las condiciones de vida de la humanidad.

Después de afirmar que la eficacia de la ciencia occidental debe apoyarse en una mayor unidad de fines y recibir los recursos apropiados, se propone un mayor apoyo moral y financiero a escala nacional y la adopción de medidas al nivel internacional, con objeto de instaurar en todos los países una política científica más dinámica.

El informe se divide en cuatro capítulos: las trabas al desarrollo científico occidental, la mejora de la labor científica consecutiva a medidas en el plano nacional, el progreso científico resultante de medidas de carácter internacional y las aplicaciones de la ciencia, capítulos seguidos de un resumen de las recomendaciones expresadas.

En el primer capítulo se hace observar cómo el conjunto de las naciones occidentales comprende países de desarrollo económico, nivel de vida y sistemas de educación diferentes, diferencias que son ventajosas por cuanto dan lugar a diversidad e independencia de puntos de vista, y desventajosas porque crean obstáculos a la plena expansión científica en bastantes ocasiones. Se señala una serie de obstáculos comunes que deben eliminarse: insuficiencia de créditos para prestaciones y equipo, especialmente en los países menos desarrollados, en los cuales los fondos apenas bastan para las necesidades más inmediatas y toda expansión queda detenida; retraso en la construcción de locales; dificultades por falta de agilidad administrativa; penuria de profesores cualificados; insuficiencia de la enseñanza primaria en cuanto a las disciplinas científicas; escasez de técnicos y operarios especializados, principalmente en ciertos países mediterráneos; arcaísmo en la estructura de las universidades, las cuales, mientras conservan venerables tradiciones, deberían adaptarse con más facilidad a la evolución de la situación científica; escasez de cátedras universitarias y modestia de las remuneraciones del personal docente, lo cual le obliga a buscar ingresos complementarios fuera de las universidades en detrimento de sus responsabilidades universitarias; conocimiento insuficiente de las lenguas extranjeras; falta de planes coherentes a largo plazo y, finalmente, obstáculos de carácter internacional, tales como restricciones en los visados para los científicos, insuficiencia de los subsidios para viajes internacionales

y pensiones de estudio, retrasos en la compra o sustitución de equipos, y barreras aduaneras y monetarias.

En el segundo capítulo se estudia el modo de mejorar las organizaciones centrales de la investigación. Se sugiere que las organizaciones internacionales concedan créditos a los países técnicamente menos desarrollados, a modo de acción catalítica, es decir, a condición de que los países beneficiarios contribuyan también por su parte. Se discute la posibilidad de una estructura internacional semejante a la soviética, muy centralizada, citando como ejemplo la Academia de Ciencias de la URSS, la cual administra 90 institutos de investigación con más de 11.000 científicos, además de ejercer influencia sobre otras 300 instituciones científicas, y formula los proyectos a ejecutar en los institutos, todo lo cual ha conducido a resultados notables. La aplicación de este sistema autoritario se considera utópico para las naciones occidentales, en las cuales tendría poco éxito, aun cuando existiese una organización central, y menos en un concierto internacional de países soberanos. Esto sería un obstáculo para rivalizar con la URSS en cuestiones de política tecnológica, mano de obra y recursos, si bien se reconoce que en los años de la postguerra, todos los descubrimientos fundamentales se han realizado en países occidentales. En consecuencia, se recomienda la creación de Consejos de Investigación con los fondos y la autoridad necesarios para ejercer un verdadero poder, regidos por científicos experimentados en materia de organización y en programas de investigación.

Se recomienda dedicar el 2 por 100 de la renta nacional bruta a la investigación y a los estudios de aplicación, con tendencia a un aumento de aquella cuota, lo que se justifica por el hecho de que la ciencia permite a la sociedad transformar su economía a ritmo acelerado. También se recomienda que una parte sustancial de aquellos fondos, un 0,2 por 100 de la renta nacional, se dedique específicamente a la investigación fundamental, única capaz de ampliar el campo de los conocimientos básicos.

Otra recomendación del mismo capítulo se refiere al aumento del número de científicos, problema de formación que se aconseja sea abordado desde la enseñanza secundaria, la cual, a su vez, necesita ciertas modificaciones. En cuanto a la enseñanza superior, se observa que, mientras en Estados Unidos se forman anualmente 200 ingenieros por cada millón de habitantes, en la URSS la cifra es de 400 y en la Comunidad económica europea sólo de 70. Algunos factores esenciales a considerar para elevar el nivel de la enseñanza superior son: el arcaísmo de las universidades, regidas por normas elaboradas para la enseñanza de las antiguas humanidades; estimular por parte de los Consejos científicos nacionales a los profeso-

res universitarios a que reformen sus programas, adaptándolos a las necesidades modernas; aumento de las remuneraciones de los profesores, que les permita la plena dedicación a los alumnos y a la investigación; aumento de la remuneración de los ayudantes y auxiliares de cátedra, además de ofrecerles mayores oportunidades y libertad en la enseñanza y en la investigación, y tratar de cortar la emigración de jóvenes científicos.

Por otra parte, se señala que los Consejos científicos nacionales deben ser responsables no sólo de impulsar las investigaciones de importancia práctica inmediata en lo industrial, militar, agrícola o médico, sino también de la ciencia fundamental y su enseñanza. Ésta sólo puede realizarse si profesores y alumnos disponen de los fondos y el equipo necesarios para sus trabajos, y la experiencia demuestra que la investigación engendra más ideas nuevas cuando se hace en colaboración con estudiantes que poseen buenos conocimientos científicos.

En este capítulo, por último, se recomienda impulsar la formación de técnicos y operarios especializados que, no siendo científicos ni ingenieros, y constituyendo, sin embargo, parte importante en el desarrollo científico, necesitan recibir una formación seguida de perfeccionamiento constante.

El tercer capítulo señala la existencia de varios organismos internacionales que estimulan la cooperación científica de las naciones europeas, tales como la OECE, el Consejo de Europa y la OTAN, además del Consejo europeo para la Investigación Nuclear (CERN). La Comisión científica de la OTAN funciona como Fundación científica internacional y podría servir de ejemplo a otros organismos internacionales. Además, la experiencia del CERN, en Suiza, y la del Centro de Formación en Aerodinámica experimental (TCEA), en Bélgica, demuestran que los centros internacionales pueden tener gran importancia en el estímulo de la enseñanza y de la investigación, sin que comprometan necesariamente el éxito de los programas nacionales, sino más bien actuando como estimulantes poderosos. Una proposición importante del informe es la creación de un Instituto internacional de Ciencias y Tecnología, comparable por su extensión y calidad al Instituto de Tecnología de Massachusetts o al Instituto tecnológico de California. Se estima que semejante instituto sólo podría crearse en Europa con el concurso internacional, y acogería estudiantes ya diplomados, para discernir sus propios diplomas, asumiendo carácter de Centro de Investigación internacional en numerosas disciplinas. Se recuerda a este respecto que el grupo de los Seis estudia ya la creación de una Universidad europea y la elaboración de un programa de estudios y de investigaciones. El Ins-

tituto cuya creación se propone coordinaría sus proyectos con los de la Universidad europea. También se recuerda que la URSS ha creado recientemente la llamada "Universidad de la Amistad de las Naciones", que recibe estudiantes de África, Asia y América del Sur, con todos sus gastos pagados, incluso los viajes.

La actividad de los centros internacionales se organizaría en función de los programas nacionales, a los que complementaría sin suplantarlos. A continuación, el informe cita varios campos de estudio susceptibles de ser organizados en el plano internacional: oceanografía, meteorología, efectos ecológicos de los insecticidas y de la polución de las aguas, ciencia de los materiales, ciencia del espacio, radioastronomía, mecánica de flúidos, estructura electrónica de los átomos y moléculas, fotosíntesis, biología molecular y otros.

Se ocupa después de la ayuda a los países menos desarrollados, a los que localiza en su mayoría en la costa Norte del Mediterráneo y que estima se resienten de cinco dificultades: insuficiencia de créditos para la investigación, escasez de remuneración en las carreras académicas, penuria de técnicos, barreras aduaneras, junto con dificultades administrativas y bibliotecas insuficientes.

Se propone el intercambio de científicos entre diferentes países, por ejemplo, durante el "año sabático", allí donde ya existe este sistema; el préstamo de aparatos entre países y la mejora de los servicios de documentación, aconsejando diversas medidas a este respecto, como la normalización de publicaciones, resúmenes de autor según normas preestablecidas, compilaciones críticas sobre el estado actual de los conocimientos en diversos dominios científicos y reducción de la excesiva proliferación de las revistas científicas.

El último capítulo, dedicado a las aplicaciones de la ciencia, recomienda una serie de medidas en el dominio de las mismas. Basándose el progreso técnico en los descubrimientos de la ciencia pura, la investigación aplicada, a su vez, contribuye a consolidar los conocimientos especializados. Se examinan diversos problemas de financiación de proyectos de interés más o menos inmediato, así como los implicados en la investigación operativa relativos a problemas de realización.

Se analizan las relaciones de la investigación industrial con la industria, las universidades y el Estado. La industria, que sufre penuria de colaboradores científicos, ofrece a éstos remuneraciones superiores a las que reciben de las universidades o centros de investigación, lo cual se vuelve contra la industria, puesto que la disminución de los cuadros de la enseñanza perjudica la formación de futuros científicos, de los que la industria no puede prescindir. Un cierto equilibrio se lograría cuando las condiciones de trabajo en las

universidades y centros de investigación se revaloricen colocándolas al nivel de las de la industria. Otras medidas útiles que se propugnan consistirían en un intercambio más o menos temporal entre investigadores de la industria y de la universidad, que hoy casi solamente se practica en Estados Unidos. Se recomienda también la libre difusión de los descubrimientos realizados en la industria.

Por último, y dado que la investigación industrial constituye una de las fuentes más importantes de la riqueza nacional, recomienda el informe que se concedan facilidades a las industrias para deducir los gastos de las investigaciones del beneficio imponible y se facilite asimismo la amortización de las inversiones dedicadas a la investigación.

EUGENIO ORTIZ.

EL ESTUDIO DE LAS AVES EN EUROPA

Los países europeos han contribuído en extraordinaria medida al progreso de la ornitología, y actualmente la clase zoológica de las aves es, sin duda, la más estudiada de toda la escala animal; hasta tal punto, que los conocimientos de distribución geográfica —elaborados gracias a la notable colaboración prestada por observadores aficionados—, han permitido un atlas detallado y utilísimo sobre las aves europeas, cuyo comentario sugiere las presentes líneas.

Múltiples han sido las causas que han impulsado el notable progreso del estudio de las aves. Desde la antigüedad remota, su estudio ha fascinado poéticamente al hombre, pero no sólo tal aspecto romántico, donde aquél hallaba y halla eficaz acicate para practicar el deporte de la observación, ha sido la causa principal del progreso de tan apasionante rama de la biología, sino que en ello han convergido multitud de circunstancias, tanto de orden económico como especulativo.

Desde el punto de vista evolutivo, las aves constituyen un especializado grupo de reptiles, y la frase que las califica de "culminación" de tal clase zoológica, ha pasado ya a ser del dominio del público culto. Quizá debido al primitivismo relativo de su estructura cerebral, encarcelada en un pequeño cráneo de temprana "anquilosis" sutural, que no manifiesta un paso "informativo" irreversible, equivalente al de los actuales mamíferos, las aves presentan grandes po-

sibilidades de adaptación y evolución interesantes aun en el aspecto meramente económico. Este primitivismo, acompañado del carácter homeotérmico del metabolismo (sangre caliente), permite a las aves una mayor libertad de seguir nuevos caminos evolutivos, nuevas posibilidades de evolución y adaptación, manifestados en cierta anarquía estructural visible cuando se estudian las partes superiores de su encéfalo. La adaptación de las aves, sobre todo de las nidícolas, a cualquier cambio ambiental, es notable. Se pone de manifiesto precisamente en las nidícolas, por tratarse de aves que nacen muy atrasadas y tan tempranamente se ponen en contacto con el ambiente que éste puede dar lugar en ellas, individualmente, a una gran experiencia adquirida, correlativa de cambios anatómicos y estructurales y complejos reflejos condicionados. Todo lo cual contribuye poderosamente a incrementar dichas posibilidades de adaptación aun sin necesidad de sumarse la tarea siempre eficaz de la selección natural.

Los límites impuestos por estas líneas no permiten descender a numerosos e interesantes ejemplos recientes; no obstante, las respuestas provocadas en las aves por cambios ambientales desencadenados por el hombre llegan a ser tan extraordinarias, que plantean importantes problemas de equilibrio biológico natural.

Otras causas del progreso ornitológico son de orden más especulativo. La ausencia, o mejor, rareza de su representación paleontológica, es la causa indirecta de que los ornitólogos traten de hallar fundamentos explicativos conducentes al mejoramiento de la clasificación natural de las aves, con el estudio comparado de otras ciencias todavía jóvenes, interesándose por aspectos todavía poco trillados en otros grupos zoológicos.

Sea como fuere, los progresos realizados por los ornitólogos europeos son considerables. Durante el presente siglo se han fundado numerosas sociedades y publicaciones ornitológicas al objeto de acumular datos para el estudio de las aves. Son muy notables las campañas de "anillamiento" de gran número de aves migradoras que llevan a cabo diversos centros de investigación de Europa occidental con objeto de estudiar el apasionante problema de las migraciones mediante la recopilación de los datos obtenidos de las aves anilladas que se recuperan después de haber recorrido grandes distancias.

En España existe la Sociedad española de Ornitología, domiciliada en el Museo nacional de Ciencias naturales, pero que, además, cuenta con delegaciones regionales de asidua reunión y labor. Casi al mismo tiempo que la fundación de dicha sociedad, se tradujo la *Guía de campo de las aves de Europa,* realizada por R. Peterson y colaboradores, que permite con extraordinaria facilidad el recono-

cimiento de las distintas especies en el campo mediante prismáticos, gracias a grabados en color de todas las especies europeas que ilustran sobre los detalles más notables para su rápida identificación. Así se logra fácilmente la eficaz finalidad práctica de la taxonomía, ciencia que no sólo se basa en agrupar, sino también en facilitar el reconocimiento y elaborar una nomenclatura uniforme.

El *Atlas of European Birds,* compuesto por el prestigioso ornitólogo de Amsterdam prof. K. H. Voous y editado en inglés por Thomas Nelson (Londres, 1960), es un importante infolio de 284 páginas, de señalado interés, en el que se recogen datos hasta ahora extraordinariamente dispersos y mapas con la distribución geográfica mundial de todas las aves europeas, costumbres, fotografías y datos sobre su respectiva residencia ecológica, movimiento y distribución de acuerdo con las isotermas, si bien, desgraciadamente, estas últimas se indican en grados Fahrenheit. Una página de introducción explica los fines principales de la obra y, en la siguiente, se intenta una síntesis de la clasificación zoogeográfica de las aves europeas. En esta parte radica el interés principal de la obra, pues facilitará la labor de los investigadores al poder estudiar en cuanto a su origen el complejo faunístico de los biotopos de cada país. No obstante, sobre este punto se echan en falta algunas consideraciones respecto a la fauna atlántica que adquiere gran interés al considerar las glaciaciones pirenaicas, problema ya planteado por el Dr. F. Bernis, secretario de la Sociedad española de Ornitología, punto al que los investigadores ibéricos debemos conceder máxima atención.

E. BALCELLS R.

NOTICIARIO DE CIENCIAS Y LETRAS

En junio ha fallecido, a la edad de setenta y un años, en Colonia, el ilustre historiador alemán **Peter Rassow,** catedrático de historia medieval y moderna de aquella universidad (1940-1957) y presidente de la Academia de Ciencias y Literatura de Maguncia. Con anterioridad había sido catedrático de las universidades de Breslau y Leipzig.

La figura central en la obra historiográfica del finado es el emperador Carlos V, por la que el investigador se sintió poderosamente atraído con motivo de una estancia de tres años en España en su juventud, estancia que le permitió trabajar en los archivos españoles. Fruto de esta labor fueron sus dos obras fundamentales, *La idea imperial de Carlos V* (1932) y *El mundo político de Carlos V* (1942), así como posteriormente *Persönlichkeit und Geschichte* (1957). Otras obras de Rassow están consagradas a estudios sobre el emperador Federico Barbarroja, Lutero, Bismarck, Schlieffen y Holstein. Sus libros se distinguen por una amplia visión de síntesis de la historia universal.

Peter Rassow tuvo una destacada intervención en los actos conmemorativos del IV centenario de la muerte de Carlos V en 1958, y con esta ocasión visitó España por última vez.

* * *

A la edad de ochenta y cinco años ha fallecido a principios de junio, en Küssnacht (Suiza), el psicólogo y médico profesor **Carl-Gustav Jung,** con Freud y Adler uno de los fundadores de la moderna psicología profunda. Colaborador de Freud durante algunos años, se separó de sus interpretaciones psicoanalíticas para convertirse poco a poco en el autor de una teoría propia de los "arquetipos" o protoimágenes humanas y del inconsciente colectivo. Las teorías de Jung rompen los moldes estrictos de la psicología y psicoterapia para llegar a constituir una antropología universal del hombre, de signo irracionalista.

* * *

El **Premio internacional "Antonio Feltrinelli" de Ciencias físicas**, creado en 1949 y dotado con 20 millones de liras, ha sido otorgado al científico francés **Pierre Auger,** investigador de fama mundial y presidente de la Comisión del Espacio, de Francia. El profesor Auger cuenta actualmente sesenta y dos años y pertenece al Consejo ejecutivo de la UNESCO; además, desempeña el cargo de director del departamento de ciencias de esta organización. El premio "Feltrinelli" le ha sido adjudicado por sus importantes trabajos sobre los rayos cósmicos y física corpuscular, así como por sus escritos sobre filosofía de la ciencia.

Es la tercera vez que este premio recae en un científico francés; anteriormente fueron galardonados con el mismo los profesores Hadamard (1950) y Ramon (1959).

* * *

El **Gran Premio de Literatura católica, de Francia,** creado en 1955 por la Asociación de Escritores católicos y la revista "Ecclesia", ha sido adjudicado en mayo al padre **Lucien Guissard,** redactor jefe adjunto y crítico literario del periódico "La Croix", por su obra *Ecrits en notre temps.* En el jurado figuraban conocidas personalidades de las letras francesas, como Mauriac, Daniel-Rops, Gabriel Marcel y Jacques Madaule.

El libro premiado (editado por A. Fayard) es una colección de nueve ensayos de crítica literaria y análisis humano de otros tantos autores franceses de nuestra época, entre ellos Saint-Exupéry, Simone Weil, Mauriac, Claudel, Aragon, Malraux y Camus.

* * *

Una de las más importantes subastas de manuscritos y documentos autógrafos celebrada en Alemania ha tenido lugar recientemente en Marburgo, donde el anticuario Stargardt, especializado en el comercio de esta clase de documentos, puso a licitación la más importante colección privada del mundo de documentos autógrafos, cumpliendo así la disposición de última voluntad del que fue su propietario, el industrial suizo Karl Geigy-Hagenbach, fallecido en 1949.

El autógrafo que alcanzó el precio más alto en la puja, y sin duda el más importante, fue el manuscrito, de 56 páginas, de la **comedia de Lope de Vega** titulada *Los bienvenidos,* adquirido en 720.000 pesetas por un anticuario de Munich, que probablemente actuaba como mandatario de una biblioteca española. Otros valiosos documentos que obtuvieron elevadas cotizaciones fueron una carta de Erasmo

de Rotterdam, fechada en 1528, dirigida al canciller de la universidad de Colonia, dos sonatas para violín y contrabajo, de Mozart, compuestas cuando el artista tenía trece años; un escrito autógrafo del pintor holandés Van Dyck al cardenal Richelieu; otro de Rubens, dirigido al conde-duque de Olivares, así como un recibo extendido de su puño y letra por Ticiano. Un salvoconducto expedido en 1468 por el duque Carlos el Temerario a favor de Luis XI de Francia, fue adquirido por un anticuario alemán en 200.000 pesetas.

* * *

Según datos publicados en el *Official Catholic Directory* de 1961 (Guía oficial de la Iglesia católica en Estados Unidos), **la población católica de Estados Unidos** viene registrando un continuo e importante aumento. Los católicos norteamericanos suman actualmente 42,1 millones de almas, con un incremento de 47 por 100 con relación al censo de 1951. Durante la pasada década, el aumento general de la población de Estados Unidos fue de 17,1 por 100, y el de la población protestante, de 27,8 por 100. Sólo durante el año 1960, el número de los habitantes católicos de Estados Unidos aumentó en 1,3 millones (ó 1,09 por 100), en tanto que la población total del país registró un incremento de 0,41 por 100. A principios de 1960, la población protestante de Estados Unidos sumaba 62,5 millones de almas, con un ritmo de incremento inferior a 2 por 100.

* * *

En Salzburgo ha iniciado sus actividades el **nuevo Instituto de Teoría de la Historia e Investigación básica en el campo de las Ciencias del Espíritu** *(Institut für Theoretische Geschichte und Geisteswissenschaftliche Grundlagenforschung)*. Fundado el pasado año como institución privada, ha quedado incorporado al centro de investigación que constituye el núcleo de la futura universidad de Salzburgo. Su director es el Dr. O. F. Anderle, profesor de la Facultad de teología de la citada población austríaca, y renombrado conocedor e intérprete del pensamiento de Toynbee. La nueva institución constituye, con la cátedra de Historia general de la universidad de Amsterdam, el primer centro científico en que se cultiva, como nueva disciplina científica, la Historia teórica.

* * *

Científicos del Instituto nacional de Sanidad de Estados Unidos creen haber demostrado **la existencia de organismos vivientes en el**

espacio exterior extraterrestre. Los investigadores norteamericanos cultivaron los microorganismos extraídos del interior de un meteorito caído hace once años en territorio estadounidense. Se trata de organismos en forma de vírgulas retorcidas del tamaño de bacterias que, según se hace constar, no se parecen a ninguna especie microbiana conocida en la Tierra. Aunque la noticia ha sido acogida por los círculos científicos con escepticismo, se declara de fuente autorizada que la materia de los aerolitos es de estructura tan densa que debe excluirse la posibilidad de la contaminación del interior con microorganismos de origen terrestre.

* * *

En la pasada primavera, tuvo lugar, en París, una **conferencia internacional de geofísica,** en la que fue adoptado un programa trienal internacional de investigación de la corteza terrestre, en especial de las tensiones tectónicas. También se acordó preparar la confección de un mapa mundial del campo magnético de la Tierra. Se discutió por los delegados el **programa de trabajos del segundo Año geofísico internacional 1964-65,** para el que se espera un período de actividad solar mínima. Como quiera que el I Año geofísico internacional (1957-58) coincidió con un período de máxima actividad solar, los científicos esperan obtener valiosos resultados del estudio comparado de las observaciones hechas en ambos.

* * *

En la segunda mitad de mayo tuvo lugar, en Tel-Aviv, la **X Asamblea general anual del Instituto internacional de Prensa.** Con asistencia de varios centenares de congresistas, de ellos ciento setenta directores de periódicos de todo el mundo, se examinaron todos los aspectos de la libertad de prensa, del funcionamiento, sin trabas, de los periódicos y de las agencias de noticias, estudiándose particularmente las necesidades y dificultades de la prensa en los países asiáticos y africanos. El delegado de la UNESCO expuso un programa de ayuda a la prensa de estos nuevos países, insistiendo en la necesidad de crear agencias nacionales de información en ciertos países de Asia. Anunció que la UNESCO está dispuesta a cooperar con el Instituto internacional de Prensa en esta esfera.

* * *

En su XII asamblea anual, y como resultado de detenidos estudios, la Comisión europea de Agricultura, reunida en mayo en la sede de la FAO (Roma), llegó a la conclusión de que, en general,

los habitantes de Europa occidental se alimentan en exceso, abusando, sobre todo, del consumo de grasas. Las consecuencias de esta sobrealimentación se manifiestan en exceso de peso, arterioesclerosis y enfermedades cardiovasculares. Contrasta con esta conclusión un informe preparado por la misma comisión, según el cual amplios sectores de la población del Sur y Este de nuestro continente se alimentan deficientemente, particularmente por falta de proteínas, vitaminas y determinadas sustancias minerales. Las consecuencias de estas dietas carenciales son enfermedades de la dentadura, raquitismo y anemia.

* * *

Del 4 al 6 de junio se celebró en Wiesbaden (Alemania) la **XIV Asamblea anual de Filosofía libre, dedicada a la memoria del conde de Keyserling.** Como tema general de la misma se eligió "Las raíces espirituales de Europa.—Impulso y responsabilidad". Entre las ponencias presentadas en esta reunión destacaron las de los profesores Von Rintelen (Maguncia), *El hombre europeo. Su esencia y misión;* H. Springmeyer (Marburgo), *La herencia de la filosofía antigua,* y Fedor Stepun (Munich), *Espíritu y estilo de la cultura rusa en sus relaciones con Occidente.* H. Adler (Basilea) disertó sobre *Las raíces judías de Europa,* y el profesor Mensching (Bonn), sobre los *Motivos extracristianos en el cristianismo occidental.*

* * *

Desde junio, **la Universidad libre de Berlín** —es decir, la radicada en el sector occidental de la ex capital alemana— cuenta con **una Sección de Portugal.** Al ser inaugurada el día 2 del citado mes, el rector, profesor Neumann, agradeció de modo especial al Gobierno portugués y al Instituto de Alta Cultura de Portugal el importante donativo de libros, que constituye el núcleo de la biblioteca de la nueva sección.

* * *

El "Museo alemán" de Munich, el mayor museo de ciencias naturales y de tecnología del mundo, ha recibido durante el ejercicio de 1960 casi 2 millones de marcos (30 millones de pesetas) a título de donativos y subvenciones voluntarios de la industria alemana, según comunicó el presidente de la Junta de Patronato, Dr. Meyer, en la asamblea anual de la misma. El museo fue visitado por unas 600.000 personas durante este año, de las que el 17 por 100 se calcula que

eran extranjeros. Existe el proyecto de crear, en el cuadro del museo, y en cooperación con la Escuela superior técnica de la capital bávara, un Instituto de Historia de las Ciencias exactas y de la Técnica. Además, en el curso del año próximo, se ampliarán las secciones de "Construcciones hidráulicas, canales y puertos", "Química industrial" y de "Técnica rural".

El museo, que fue dañado durante la guerra, aún no está totalmente reconstruído. Desde 1948 (año de la reforma monetaria) ha recibido más de 240 millones de pesetas de donativos.

* * *

Arqueólogos italianos han descubierto en la colina palatina de Roma **dos estancias adornadas con hermosos frescos**, que posiblemente formaban parte del palacio del emperador Augusto. Según manifestaciones del Dr. F. Carettoni, superintendente de Antigüedades del Palatino y del Foro romano, se trata de las pinturas mejor conservadas de este tipo que han sido halladas en su zona en los últimos noventa años, desde que se descubrieron los famosos frescos de la "Casa de Livia".

INFORMACIÓN CULTURAL DE ESPAÑA

CRÓNICA CULTURAL ESPAÑOLA

III SEMINARIO DE ENSEÑANZA SUPERIOR CIENTÍFICA Y TÉCNICA

Durante los días 24 al 29 de abril tuvo lugar en Madrid, en el salón de actos del Patronato "Juan de la Cierva" de Investigación Técnica, el III Seminario de Enseñanza Superior Científica y Técnica, bajo el patrocinio conjunto de las Direcciones Generales de Enseñanza Universitaria y de Enseñanzas Técnicas. A las sesiones de este Seminario, como a las de los dos anteriores, celebrados en 1959 y 1960, asistieron prestigiosas figuras de la enseñanza científica y técnica tanto de España como del extranjero. La finalidad principal de estas reuniones es el intercambio de experiencias entre los profesores de las Universidades y Escuelas Técnicas Superiores, con objeto de acoger las orientaciones y de establecer las normas generales de actuación en el marco de las disposiciones de la Ley de Ordenación de las Enseñanzas Técnicas de 20 de julio de 1957.

En el acto inaugural, el señor Robert Trohin, presidente del Consejo de la Universidad y rector de la Academia de Grenoble, pronunció una conferencia sobre *Actividades científicas internacionales industriales de la Universidad de Grenoble*. Otras conferencias pronunciadas con ocasión del Seminario, fueron las siguientes: *Formación práctica industrial de los ingenieros,* por el profesor E. B. Welbourn, del "Selwin College", de la Universidad de Cambridge; *Matemáticas aplicadas,* por el profesor Gaetano Fichera, de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Roma; *La enseñanza de la Arquitectura en Italia, Alemania y Suiza*, por don Roberto Terradas, di-

rector de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, y una charla sobre *La Universidad de Cambridge en la actualidad*, por el citado profesor Welbourn. Hubo de suspenderse la conferencia anunciada del profesor Ives Rocard, catedrático de Física de la Escuela Normal Superior de París, ya que este ilustre científico se vio obligado a renunciar a su viaje con motivo de los acontecimientos políticos que por aquellas fechas se desarrollaban en Francia.

En el acto de clausura, el subsecretario de Educación Nacional, señor Maldonado, en un breve discurso, se refirió a la labor de estos Seminarios y animó a los participantes en los mismos a fomentar el diálogo entre los ingenieros, científicos e investigadores, para contribuir a esa mutua comprensión que constituye premisa indispensable para el progreso de la ciencia y de la técnica.

Las ponencias examinadas en este Seminario merecen por su interés algún comentario, aunque necesariamente haya de ser breve. La primera se ocupó de *El tema de la Matemática para ingenieros y físicos en las recientes reuniones internacionales de la OECE*, y en ella se recogen varias de las conclusiones del coloquio que, sobre este tema, se celebró en París en el pasado febrero, bajo los auspicios de la Oficina de personal científico y técnico de la OECE. En su aplicación al caso español, los ponentes centraron la atención en los dos niveles de estudios constituídos por la enseñanza propedéutica y por la enseñanza de la matemática en las Escuelas Técnicas Superiores. La primera está distribuída entre los cursos preuniversitarios, selectivo y de iniciación, que normalmente se siguen en diversos centros de enseñanza. Es indispensable, por consiguiente, conseguir la debida coordinación de todo este conjunto propedéutico para lo que no basta, en opinión de los ponentes, que los cuestionarios oficiales sean acertados, ya que su obligada concisión permite interpretaciones muy diversas. La redacción de normas por comisiones especializadas, organización de seminarios, etc., podría contribuir al logro de esta finalidad.

El estudio de las disciplinas matemáticas en las Escuelas Técnicas Superiores constituye de una parte el de los temas propios de cada una de ellas, y de otra, el más profundo que cabría reservar para el período de doctorado. Aunque en este punto no caben fáciles generalizaciones, los ponentes insistieron en la preparación de un profesorado idóneo, que, además de poseer una preparación específica y profunda en matemáticas, ha de conocer con cierta amplitud los problemas propiamente técnicos. Finalmente, propusieron algunas medidas conducentes a la formación de este tipo de profesorado.

Continuando un tema ya discutido en los anteriores seminarios, la ponencia sobre *Prácticas en laboratorios y talleres y permanencias*

en la industria, se ocupó del incremento de trabajos prácticos en las Escuelas Técnicas Superiores, señalándose el éxito inicial de las actividades de los profesores designados recientemente con la colaboración de la OECE. Por otra parte, se discutieron las dificultades que plantean los períodos de trabajo en las industrias y la manera de organizar estas permanencias para conseguir la máxima eficacia no sólo para el estudiante, sino también para la industria a la que sirve temporalmente.

La tercera ponencia, *Calendario y jornada; alumnos internos,* aportó una nueva e interesante experiencia a estos seminarios, ya que estuvo integrada totalmente por representantes del SEU, que demostraron cumplidamente el acierto que supone esta innovación de incorporar a los propios estudiantes a la discusión de materias que les afectan fundamentalmente. Los ponentes se refirieron a una participación más activa del alumnado en la enseñanza, a la reducción de las clases teóricas, a la generalización del sistema de adscritos docentes, a la perturbación que produce para el cumplimiento del calendario escolar la situación de los alumnos que asisten a los campamentos de instrucción premilitar superior, a la concesión de las máximas facilidades a los alumnos libres para que puedan graduarse, a la selección de asignaturas con vistas a la supresión de las no indispensables, etc.; no es preciso añadir que todos y cada uno de estos puntos fueron objeto de amplia y animada discusión, y que, aunque en casi ninguno de ellos se llegó a una unanimidad de criterio, el conjunto de las intervenciones podrá conducir a conclusiones de interés para la eficacia de la enseñanza.

Los *Cursos de especialización para postgraduados* fueron el objeto de la cuarta ponencia; se hizo referencia a la época de intensa renovación en cuanto a orientación, planes y sistemas, que atraviesan nuestros establecimientos superiores de enseñanza técnica, lo que aconseja formular las conclusiones con carácter muy provisional. Se analizaron las actividades de las Universidades, Escuelas Técnicas y Centros de investigación en orden a la especialización de graduados y la necesidad de lograr una coordinación de las mismas.

Dos aspectos complementarios de la integración del científico y del técnico con el medio en que vive constituyeron el tema de la ponencia *Formación cultural y humana de los científicos e ingenieros e información científica de la sociedad.* Con objeto de enriquecer la personalidad en el campo de los valores humanos de los dedicados a actividades técnicas, se propusieron una serie de materias de carácter filosófico, histórico y social que podrían cursarse con arreglo siempre a normas muy flexibles con simultaneidad a los estudios específicos de cada rama de la ingeniería o de la ciencia. Se insistió en la

necesidad de un profesorado muy calificado, única manera de que estas materias complementarias pudieran resultar realmente atractivas al estudiante, se propuso además la creación de un Museo de la Ciencia y de la técnica orientado hacia el gran público y una más estrecha colaboración con la prensa para conseguir de ésta una información veraz y objetiva sobre la marcha del progreso técnico.

La ponencia acerca de *Cooperación entre investigación, enseñanza e industria* señaló que la primera debería colaborar en el mantenimiento a punto del profesorado y en el cultivo de las vocaciones docentes, así como en la puesta a punto de nuevas técnicas; por su parte, la enseñanza debería procurar a los técnicos de las empresas los conocimientos especializados que éstos vayan requiriendo, y la industria, a su vez, debería dar ocasión a los alumnos y graduados para ponerse en contacto con la realidad de los problemas industriales. La ponencia insistió en la necesidad de estimular cualquier iniciativa que tienda a promover la investigación, la colaboración directa de las empresas industriales con los centros de investigación en el doble sentido de que aquéllas destaquen a sus técnicos para que cooperen con su experiencia y práctica a la investigación y de que los organismos dedicados a ésta puedan realizar en las empresas ensayos y experiencias que conduzcan a la consecución de sus fines, etc.

Otro tema tratado fue el de *Acceso a los estudios superiores y convalidaciones.* En la ponencia correspondiente se estudió la reglamentación actual que permite el acceso de los técnicos de grado medio a las Escuelas Técnicas Superiores; se describió la labor realizada y los criterios sustentados en lo que se refiere a convalidaciones, indicándose entre otros puntos que éstas no pueden ser siempre recíprocas dado que determinadas materias se estudian con mayor profundidad en unos centros que en otros y también que es admisible una mayor tolerancia para los que ya estén en posesión de un título académico que pueden con mayor facilidad llenar cualquier laguna de conocimientos que se presente al solicitar una determinada convalidación.

La ponencia sobre *Estructura de los planes de estudio; aspectos generales didácticos y de organización,* trató de diferentes puntos sobre los que cabe proponer normas generales que puedan ser útiles en las distintas Escuelas de Ingeniería y Arquitectura y en las Facultades de Ciencias: horarios, proporción de clases teóricas y prácticas, especialización, asignaturas optativas y de intensificación cultural, proyecto de fin de carrera, etc.

Finalmente, la ponencia acerca de las *Tesis doctorales en Ingeniería,* condujo a un largo e interesante debate originado en las diversas opiniones sobre lo que ha de ser un ingeniero doctor. Se propusieron

normas generales sobre los temas, desarrollo y aprobación de las tesis, se discutió largamente la conveniencia o inconveniencia de fijar la proporción de ingenieros doctores, las finalidades que deberían llenar éstos en la técnica nacional y las condiciones de los centros en que pudieran realizarse los trabajos de tesis. La ponencia quedó abierta a otras sugerencias.

Terminemos este comentario diciendo que los Seminarios vienen cumpliendo, aparte de sus finalidades específicas, la importante misión de mantener un contacto vivo entre el profesorado científico y técnico del que van surgiendo tendencias hacia la mejora de ambas enseñanzas.

F. VARELA.

BERLINALE 1961

Die Berlinale. Así es cómo los alemanes llaman familiarmente a su Festival del Cine, cuyo título oficial es *Internationale Filmfestspiele in Berlin.* Y este verano se ha celebrado la undécima edición de esta manifestación cinematográfica, que difiere notablemente de sus correspondientes de Venecia, Cannes y San Sebastián. La Berlinale tiene un carácter especial.

Como especial es también la situación de Berlín. Es una isla hundida hasta la mitad en medio de un mar rojo. Pero da gusto vivir en Berlín, ese baluarte y escaparate del mundo libre. No hay allí angustia ni inquietud, sino serenidad y alegría. Y esto no por ser una benaventiana "ciudad alegre y confiada", pues la ciudad manifiesta tener plena conciencia de su situación, sino porque a esa conciencia se añade una profunda y decidida voluntad de vivir. Y en esa brillante voluntad radica la simpatía y la alegría de Berlín.

Si Berlín es la avanzada y el escaparate del mundo libre, enclavado en pleno mundo rojo, la Berlinale tiene también ese mismo carácter y no podía por menos de tenerlo. Medio millar de críticos de cine han acudido este año al festival sin importarles la difícil situación política. Y nada menos que 47 naciones han concurrido presentando 87 películas en el programa del certamen. Al dar estos números no contamos las otras proyecciones del programa oficial, como las sesiones retrospectivas dedicadas a las películas de Richard Oswald, Billy Wilder y Akira Kurosawa, ni las sesiones para grandes multitudes, como las que concentraban a "todo Berlín" en el palacio

Deutschlandhalle, de 12.000 asientos, y en la Waldbühne, el cine al aire libre más grande del mundo, con sus 25.000 asientos. El programa oficial del festival berlinés constaba de 131 sesiones de cine para doce días. Y nótese que del otro lado del telón no acudieron con películas, aunque repetidas veces han sido invitados.

Este verdadero diluvio de películas —de las que, el que esto escribe, sólo ha podido ver 85, aunque ha estado viendo cine más de siete horas diarias— bastaría para distinguir la Berlinale de otros festivales cinematográficos. Pero lo más importante no es el número de sus películas, sino su variada procedencia. Si en otros festivales se presenta solamente una muestra de lo mejor que las principales naciones productoras creen haber hecho, en Berlín se invita a todas las naciones productoras. Ahora hemos visto, por ejemplo, películas hechas en Nigeria, Tailandia, Liberia, Marruecos, Corea... Por esto, el Festival de Berlín es el único que informa sinceramente a los profesionales y a los aficionados sobre la verdadera situación del cine en el mundo.

Y ¿cuál es la impresión que saca uno de la Berlinale 1961? Una impresión excelente de la organización del Festival. Pero escasamente satisfactoria en cuanto a las películas exhibidas. En otros términos: todo lo que dependía de Berlín ha sido bueno. Lo malo ha estado en lo que no dependía de Berlín.

Una vez más hemos recibido en la Berlinale la confortadora impresión de una organización perfecta, diríamos alemanísima. Publicar con un mes de anticipación un programa con 131 sesiones, y no introducir ni una sola modificación al cumplirlo, no es posible sin una organización maravillosa en la que todo está cuidadosamente previsto y rigurosamente asegurado. Los que conocen por dentro el mundo del cine saben muy bien todo lo que esto significa. Otra impresión agradable es la de que este festival tiene menos tiesura y es más popular que otros. Tanto en Venecia como en Cannes y en San Sebastián nadie puede asistir a las sesiones de noche si no va vestido de etiqueta. Pero en las sesiones nocturnas de la Berlinale el público viste trajes frescos de verano y son muchos los hombres que se quitan la chaqueta. Es un público que da la impresión de que va de veras a ver cine y no a figurar en una recepción de alta sociedad. No en vano se ha llamado al Festival de Berlín el Festival del Trabajo.

Y en este festival, tan organizado, tan copioso y tan popular, ¿qué impresión se saca de cómo está el cine en el mundo? Si para el Festival no podemos regatear las alabanzas, para las películas sí debemos regatearlas. El año pasado, al escribir sobre el Festival de Berlín, hacíamos ver cómo y por qué se manifiesta allí mejor que en ningún

otro ese desequilibrio entre fondo y forma en que radica la verdadera crisis actual del cine. Y ese desequilibrio se ha manifestado hasta el paroxismo en la Berlinale 1961.

Hemos asistido a la recepción que el Dr. Dibelius, Pastor de Berlín y Jefe de la Iglesia evangélica ha dado a la gente del cine, poco antes de la recepción dada por el Prelado católico de Berlín, Cardenal Döpfner. Las dos jerarquías eclesiásticas se han mostrado seriamente preocupadas por la crisis moral del cine. El jefe de la sección de cine de la Iglesia evangélica habló en términos que nos parecían eco de las Conversaciones internacionales de Valladolid sobre el cine de valores humanos. La salvación comercial del cine —se dijo oficialmente en esa recepción— no está en estimular determinados instintos del público, sino en producir películas de calidad humana en su fondo y de calidad estética en su forma. Muy poco después, en la recepción privada que dio la UFA a sus representantes y clientes, se aludió a lo dicho en esa recepción del Dr. Dibelius; se afirmó que, en efecto, esa era la única solución incluso desde el punto de vista comercial, y se añadió: "Es curioso que haya sido la Iglesia la que nos haya tenido que enseñar el verdadero camino para salvar el cine en crisis". El domingo siguiente, en la "Misa del Cine", celebrada por el Cardenal, éste aplicó el "misereor superturbam" del evangelio del día a la situación de los espectadores en las salas de cine, y mostró la necesidad de que el cine dé a los hambrientos no una piedra, sino un pan, una anguila y no una serpiente.

Parece ser que en la conciencia de muchos se va abriendo paso la idea de que ésta es la solución necesaria. Pero aún quedan productores y realizadores, sobre todo franceses e italianos, que escarbando en lo más sucio de ciertas vidas, y metiéndose en un callejón sin salida en el que ya no hacen sino repetirse hasta dar náuseas, siguen pensando que la salvación del cine está en cierta cosa que para no llamarla por su nombre adecuado llamaremos solamente "erotismo frívolo", aunque esta expresión resulte demasiado benigna. Por ejemplo, Francia nos lanzó a la pantalla dos películas de esta especie. *Une femme est une femme,* de Jean-Luc Godard, y *L'amant de cinq jours,* de Philippe de Broca. En ambas, amor libre con muchísimo de libre y poquísimo de amor. Todo a la francesa, naturalmente, y ya sabemos que en francés "faire l'amour" no es precisamente la limpia traducción del español "hacer el amor". Y eso es lo que en muchas películas figura como núcleo temático y se exhibe con insistencia y machaconería desprovistas de una vergüenza elemental.

Une femme est une femme resultó la película más divertida del festival y su protagonista, Anna Karina (esposa del director), ganó

el premio a la mejor interpretación femenina, premio que recibió llorando entre aplausos del público. En esta película, la comicidad, rapidez y alegría, disimulan en lo posible la torpeza temática. Aunque algo rebuscada y sofisticada, la expresión fílmica de esta película es de muy buen cine. Notables son la agilidad de su imagen, la adecuación de su color, la brillantez de su sonido. Diríamos que es la edición de lujo de un cuento verde. Pocas veces hemos visto un derroche tan grande de aciertos estéticos al servicio de un vodevil de género ínfimo. La otra película, *L'amant de cinq jours,* no presentaba ese desequilibrio de fondo y forma, porque en ella todo era de una ramplonería superlativa.

En el capítulo de comedias ligeras hemos de citar la italiana *El asesino,* y la finesa *La paloma purpúrea,* que se valen de un "suspense" de hora y media para terminar con un minuto de risa. Las americanas *Dos amores* y *En agradable compañía* son mezclas de lo ingenuo y de lo absurdo. La suiza *El matrimonio del señor Mississippi,* demasiado retorcida, no satisfizo a nadie. En cuanto a la americana *Romanoff y Julieta,* que convierte en moderno y cómico lo antiguo y dramático de Romeo y Julieta, empezó muy bien, pero entró en barrena en seguida y terminó adocenadamente.

Muy desplazadas estaban en el festival las películas teatrales que nos daban viejos dramas, mejor o peor fotografiados. Grecia presentó *Antígona,* e Inglaterra presentó *Macbeth,* mientras en un cine del Kudamm se pasaba el *Fausto,* de Gründgens. Estas películas tienen la misión nada despreciable de poner excelentes representaciones teatrales al alcance de todos los públicos. Pero su sitio no está ciertamente en la pantalla de un festival de cine.

Hablemos ya de las películas más ambiciosas. El primer premio, el "Oso de Oro" de Berlín, ha sido para *La noche,* de Michelangelo Antonioni. Los italianos aplaudieron muchísimo el premio, pero durante la proyección de la película se había salido bastante gente. Así como Bergman avanza de película en película, Antonioni parece definitivamente estancado. No nos ha gustado *La noche.* Su aparente profundidad nos parece realmente superficial. Abunda en concesiones rebuscadas y decadentes. Contiene incongruencias e inverosimilitudes. Su simulada sencillez es culteranismo y artificiosidad. La obra resulta muy pesada. Termina con una charlatanería antifílmica a la que pone punto final una escena tal que la misma cámara aparta la vista avergonzada. El jurado la premió por "la sutileza de su lenguaje literario y cinematográfico". Antonioni sabe y puede hacer buen cine. Pero se recrea morbosamente en su propio estilo. Y llega hasta dar la impresión de un autor agotado. Hasta sus incondiciona-

les reconocen el descenso desde *La aventura* hasta *La noche*. Le conviene echar ya por otro camino.

La película alemana *El milagro del Padre Malaquías,* realizada por Bernhard Wicki, que ha ganado con ella el premio a la mejor dirección, era esperada como la gran revelación del festival. Y, cosa triste, esta vez el autor de *El puente* ha decepcionado. Nos dicen que el rodaje de la película fue interrumpido durante un mes porque a Wicki no le gustaba cómo iba saliendo. Y el montaje fue terminado horas antes de su proyección en el festival, de manera que el mismo Wicki no vio su obra completa sino en esa proyección. Interrogado después en la conferencia de prensa, en la que le vimos con más señales de cansancio que de entusiasmo, explicó las variaciones introducidas en el argumento —la novela de Bruce Marshall— para situar la acción en la Alemania de hoy. Nuestra opinión es que el relato ha perdido mucho al pasar del libro al cine. En muchas secuencias se nota la mano maestra de Wicki, pero la película se ahoga en diálogo, y desperdicia o suprime valiosos elementos que figuran en la novela. Esperamos confiadamente la próxima película de Wicki. Ésta ha tenido una elaboración demasiado tormentosa y precipitada para que pudiese salir bien del todo. Y ha sido lástima. Porque el tema —cómo reaccionaría el mundo ante un milagro espectacular— es magnífico.

Sobre los problemas de una juventud más o menos descarriada o bárbara, ha habido en Berlín, además de la película árabe *Almurahikat,* presentada con el título de *Teenager,* y que ha sido producida e interpretada por la joven Magda Kamel, dos películas hispanoamericanas. La mejicana *Los jóvenes* y la argentina *La patota*. La primera, construída con tópicos, causó risa en los momentos dramáticos. La segunda, en cambio, obtuvo merecidamente el premio del CIDALC, la Comisión Internacional del Cine Educativo y Cultural. Realizada por Daniel Tinayre e interpretada por su esposa, Mirtha Legrand, presenta nada menos que el tema evangélico del perdón sin límites, y lo toca con exactitud y elegancia en un caso tan crudo como el de la violación de una profesora por tres gamberros que son alumnos de su clase. Es una película profundamente humana y profundamente religiosa. Lástima que los diálogos sean malísimos. A los espectadores que no entendían el español les gustó mucho más la película porque los subtítulos en alemán estaban bien redactados.

Peter Finch ganó el premio a la mejor interpretación masculina por su trabajo en *No Love for Johnnie,* presentada en alemán con el título de *Und morgen alles*. Es una labor que nos recordaba demasiado la de Frederich March. El protagonista es un hombre capaz de atropellarlo todo para satisfacer su ambición política. La brasileña

A morte commanda o Cangaço, sobre el sabido tema de los cangaçeiros o bandidos brasileños, empezó prometiendo, pero en seguida cayó en la vulgaridad y el tópico. La japonesa *Hombres sin conciencia,* sobre un tema de crimen, está realizada por Akira Kurosawa e interpretada por Toshiro Mifune (los de *Rashomon*), pero no ofrece las novedades que se esperaban.

Frente a estas películas decepcionantes podemos citar la que mereció el premio de la Oficina Católica Internacional del Cine. Es la película hecha por alemanes, aunque la presenta Estados Unidos, que se titula *La séptima pregunta,* y en la que se toca nada menos que el tema de los dos sectores de Berlín. Evitando los tópicos, presenta una realidad que es más cruda que los tópicos. En el Berlín no libre, un muchacho huye hacia la libertad. Es el hijo de un pastor protestante y había tenido que alistarse en la agrupación juvenil comunista. La película, muy bien ambientada y cuidada ganó además el Premio del Senado de Berlín. Y fue aplaudida calurosamente no sólo por los alemanes, sino también por los extranjeros.

De los numerosos cortometrajes citemos el premiado con el "Oso de Oro", *Das Gesicht von der Stange,* perfectamente realizado, sobre cómo las chicas se despersonalizan a fuerza de cosmética para imitar a las estrellas cinematográficas. Y mencionemos también dos hispanoamericanos con niño como protagonista: la uruguaya *El niño con las gafas de sol* y la venezolana *Chimichimito,* que ganó un "Oso de Plata", y por un solo voto no se llevó el "Oso de Oro".

¿Y España? No ha presentado película de largometraje. Habiendo ganado el "Oso de Oro" con *El lazarillo de Tormes* el año pasado, se esperaba que este año enviase algo bueno. Pero no ha presentado nada. En cortometrajes ha presentado *Velázquez y lo velazqueño,* de Julio Diamante, que para la proyección fue aligerado en una tercera parte de su longitud, y que, aun estando bien realizado, no sabemos para qué acudía al festival. Porque España está enviando a los festivales demasiados cortos sobre el Greco, sobre Goya, sobre Velázquez, cortometrajes de museo, y el público espera ver en los festivales algo nuevo.

Para terminar esta breve crónica de un festival tan denso, digamos que este año se ha otorgado en Berlín el famoso Premio David O. Szelnick para la mejor película, no hecha por los Estados Unidos, que contribuya al mejor entendimiento y mejor voluntad entre los pueblos del mundo. Al acto asistió el mismo Szelnick. Se trataba de conceder el "Laurel de Oro" a una de las seis películas que el año pasado habían obtenido la Medalla Szelnick. Estas películas eran *Hiroshima mon amour, Orpheu Negro, Les 400 coups, Cuando pasan*

las grupas, El fin de la jornada, Ikiru. Esta última película japonesa, *Ikiru (Vivir)* obtuvo el "Laurel de Oro" a la mejor película. El "Laurel de Oro" para el mejor director fue ganado por Ingmar Bergman por el conjunto de su obra.

En resumen, el Festival de Berlín, perfectamente preparado y realizado, nos ha mostrado el verdadero estado del cine en el mundo. La Berlinale ha sido una lección. Son muy pocas las películas que añaden a la profundidad humana la altura estética, mientras en Estados Unidos la película nudista *Not Tonight Henry,* con su media docena de "girls" y sus sesenta y seis minutos de duración, película hecha en diez días con 75.000 dólares, está teniendo un éxito taquillero superior al de la costosísima *Los Diez Mandamientos.*

CARLOS MARÍA STAEHLIN.

EXPRESIVIDAD DE LA PINTURA-MATERIA-ESCULTURA

I

Hace aproximadamente un año publiqué en estas mismas páginas de ARBOR un artículo sobre lo que era entonces el momento actual de la pintura barcelonesa, y preparo ahora, también para esta revista, un segundo breve ensayo sobre las nuevas realizaciones de los pintores no objetivos de Barcelona. Como puente entre ambos estudios, me parece conveniente agarrar antes por los cuernos al más difícil toro que le puede salir al crítico en la bullente plaza barcelonesa: me refiero, habrá adivinado el lector, a esas síntesis de escultura pictórica y pintura-materia en las que Alfonso Mier rompe todas las concepciones, tanto tradicionales como actuales, para inventar un arte nuevo que ya no es ni escultura, ni altorrelieve, ni pintura, pero que conserva un muy palpable regusto de las tres.

Cuando Alfonso Mier inventó en 1957 sus elementos tridimensionales, eran éstos algo así como un chorro de pintura solidificada que emergía de la lava del magma y cuya forma y cuya sombra jugaban armoniosamente con los relieves, incisiones y rugosidades del mismo. Un par de años más tarde temió Mier que el óleo resecado con el que construía sus elementos no se integrase íntimamente dentro del juego de tensiones del campo pictórico, y para huir a dicho inconveniente decidió hundir literalmente en el magma sus esculturas pictóri-

cas y hacer que éstas emergiesen sobre él como cadenas de aplastadas montañas, pero no como excrecencias separadas de la superficie cromática. El paso siguiente en la evolución de esta incorporación del relieve sería hacerlo desaparecer casi totalmente, limitándose a considerarlo como un centro de distribución de las ondas que en todas las superficies de Mier conmocionan o sensibilizan la pasta pictórica. Sucedía así que, conservando un gran grosor de materia, llegaba Mier, en su camino de regreso, al mismo punto a que habían llegado otros muchos pintores no objetivos en la etapa final de su camino de ida: a buscar tan sólo la expresividad independizada de la materia-color-forma, obteniendo unas superficies conmocionadas, con un marcado regusto espeleológico.

II

En el año 61 comienza en sus meses iniciales la nueva etapa de Alfonso Mier: dos tipos de obras la constituyen y reactualiza el artista en ambos su inicial descubrimiento de los objetos incorporados. En el grupo que más cerca se halla de su manera anterior, el objeto, en cuadros de formato generalmente vertical, aparece en el centro de la parte inferior del magma y sus colores sulfatosos, interpenetrados y frotados parecen haber querido buscar una sugerencia zoomórfica terciaria. Sobre ésta recomida protuberancia asciende en degradación de materia la totalidad de la superficie cromática. El color se alía a la forma y se degrada asimismo a medida que la materia se va haciendo más tenue y menos conmocionada. La impresión final de estas obras es la de perderse en lo alto hacia el infinito, al igual que esas nervaturas góticas que, aunque tengan un límite bajo los plementos de la bóveda, parecen en la imaginación del espectador no detener jamás su escapada hacia una lejanía ideal. Crea así Mier en estas obras de acongojantes tonos fríos una sensación de transmundo o de rebusca atónita en las entrañas del ser. No cabe duda de que un profundo sustrato expresionista ha condicionado la gestación de estos cuadros, pero aparece sabiamente velado a través del temblor gótico de la fluctuación de la materia, el color y la forma.

Imposible de velar ha resultado en cambio el sustrato expresionista en el segundo tipo de obras, una de las cuales se reproduce en la parte gráfica de esta nota. En ellas, más que incorporar elementos lo que hace Mier es situarlos ante el magma (a considerable distancia del mismo) y enlazarlos después con una maraña de alambres y púas que sugiere de una manera casi estrictamente material la angustia de un campo de concentración. El magma y el color no difieren gran-



Alfonso Mier: Pintura, 1961.



Alfonso Mier. Pintura con objetos, 1961

demente de los habituales en las inmediatamente anteriores obras de Mier: grises pizarrosos o acerados, ocres incipientes y algún descascarillado ceniza se concentra en denso y casi uniforme empaste, distribuyendo su rizada tensión a lo largo y a lo ancho de la totalidad de la superficie cromática. Ante ésta, dos barras verticales de madera quemada y repintada en ocre y ceniza parecen querer envolver al espectador merced a las torturadas estructuras de alambre que entre sí las enlazan. Nos hallamos aquí a una infinita distancia del mundo de telas de araña de Rivera. No es una delicada elasticidad lo que Mier desea lograr, sino un choque brutal en el que las asperezas de una vida apasionante y difícil halle su traducción en soporte, acero y madera. Las sombras de los objetos verticales, así como las de los alambres, aumenta la sensación de envoltura y encierro que la totalidad de la obra produce: el magma parece querer respirar y acercarse al espectador, pero la ordenación escultórica superpuesta lo aprisiona y conturba. No resulta exagerado afirmar que en estas terribles, pero, no obstante, hermosas, hermosísimas obras, ha alcanzado el expresionismo no objetivo de ascendencia germánica una de sus más altas, desgarradoras y herméticas cimas: Mier acaba de asegurar así su misión de creador de poderosas síntesis postfluctuantes, y abre a zarpazos un nuevo camino en el que caben todavía múltiples investigaciones y hallazgos.

CARLOS ANTONIO AREÁN.

BIBLIOGRAFIA

EL RETO DE ÁFRICA

Cuando tanto se escribe en Europa y América sobre la evolución de África, muchos tendenciosamente, algunos con verdad y realismo, ¡hay que ser justos!, es importante que un africano acabe de publicar un libro en español [1].

Ndabamingi Sithole, nativo de Rodesia Meridional y ministro de la Iglesia Metodista Inglesa, expone admirablemente las ideas que impulsan el nacionalismo africano, y advierte que el reto lanzado por esos países subdesarrollados no obedece a un desquite de carácter racial, sino que se funda en el derecho de los pueblos a la democracia y a la autodeterminación. Más que los factores externos le interesa estudiar las causas íntimas que han determinado el despertar del continente africano. No para resolverse en tópicos contra las potencias europeas. Reconoce sensatamente los beneficios que el colonialismo ha proporcionado a África, sin olvidar sus errores y sus injusticias. En esta evolución el cristianismo ha jugado un papel esencial. No podemos contentarnos con una simple reseña bibliográfica.

Colonialismo en África.

El autor ha demostrado lo mucho que debe África al colonialismo europeo. La abolición de la esclavitud en el continente negro fue la expresión práctica de este humanitarismo europeo. Puede decirse, con razón, que las potencias coloniales europeas, al darle un golpe de muerte a la esclavitud, pusieron a todo el continente de África en el nuevo camino de la libertad y de la dignidad humana. Terminó tam-

---

[1] Ndabamingi Sithole: *El reto de Africa*. Fondo de Cultura Económica. Colección Popular. Tiempo Presente. Méjico-Buenos Aires, 1961; 228 págs.

bién con las terribles guerras tribales. Lo que ahora se conoce con el nombre de Unión Surafricana, Rodesia Meridional, Nigeria, Ghana y el África portuguesa y francesa, estaba desgarrado por innumerables guerras tribales. Desde que llegaron los europeos a África algo más creador ocupó el lugar de las destructoras luchas entre tribus. El africano obtuvo una paz y un orden que constituyen un progreso real. Las potencias europeas fueron consideradas como "pacificadoras", portadoras de humanidad y vehículos de ilustración. Ayudó a dirigir las mentes y las actividades de los pueblos indígenas lejos de las tareas destructivas y hacia programas constructivos de acción.

Al surgir las minas, los pueblos y las ciudades, las diferentes tribus de África pasaron a vivir juntas. Individuos de tribus que nunca habían tenido que ver unas con otras, se encontraron viviendo juntos en un mismo lugar, y la necesidad de entenderse entre sí se convirtió en imperativo. Los horizontes de muchos africanos se ampliaron considerablemente. Con el tiempo el africano llegó a considerarse a sí mismo, no como individuo de una tribu, sino como obrero. No tardó en aparecer un lenguaje común, y de esta manera se facilitó la comunicación entre los miembros de tribus diferentes. Cada año más africanos escapan a las estructuras sociales tribales y cada año las filas de los africanos "destribalizados" aumentan numéricamente. Las potencias europeas contribuyeron a la "destribalización" del africano.

Gracias a la construcción de vías de comunicación el pueblo africano ha adquirido una elevada movilidad. Gracias a la movilidad de la población, el intercambio de ideas se ha acelerado grandemente. El colonialismo ha creado un público que escucha la radio. Ha creado también un público de lectores. Ha dado origen a un público que lee los periódicos y a un público que viaja por tierra, por mar y aire. Ha servido para enfocar la conciencia colectiva acerca de los pueblos del mundo. El colonialismo ha engendrado un vigoroso espíritu de competencia progresista en todas las esferas de la vida.

El colonialismo sustituye el sistema económico del trueque por el sistema del dinero. Millones de africanos tienen ahora cuenta en el banco, y millones han adquirido pólizas de seguros, lo que representa una confianza creciente en las instituciones bancarias y en las compañías de seguros. Esto indica la aparición de un nuevo tipo de africano. En los pueblos de África está desarrollándose una clase capitalista. Cada vez conoce mejor las nuevas formas de inversión.

El colonialismo ha logrado así una nueva estratificación social y económica de los africanos. El nacimiento de los sindicatos crea el nuevo africano que cree en la justicia económica y que está dispuesto a luchar legalmente por su consecución. El colonialismo ha dado

a África una nueva conciencia social y económica, una nueva forma de organizar y hacer las cosas. ¿Se podrá condenar el colonialismo en bloque como se viene haciendo tantas veces? Es significativo que sea un africano quien haga esta revisión histórica con serenidad e imparcialidad.

Sithole termina con una conclusión verdaderamente sorprendente: se debe elogiar y agradecer mucho a las potencias colonialistas por todo lo que han hecho por contribuir a la aparición del nacionalismo africano. El nacionalismo africano del siglo XX es, sin duda, fruto del colonialismo europeo.

CRISTIANISMO EN ÁFRICA.

La Iglesia cristiana ha sido un instrumento ciego en el proceso total del nacionalismo africano. Ha introducido un nuevo espíritu de ilustración sin el cual África no hubiera podido alcanzar un progreso equilibrado. Desde la llegada de los misioneros a África la Sagrada Biblia ha sido traducida a 33 idiomas africanos, el Nuevo Testamento a más de 70 y parte de los libros sagrados a más de 300 lenguas africanas. La enseñanza de la Biblia ha contribuído grandemente a dar forma al pensamiento de África. Ha puesto en evidencia el valor y la dignidad del individuo ante Dios.

La Biblia está redimiendo al individuo africano del poder de la superstición, de la tradición aplastante de la individualidad, de la brujería y de otras fuerzas que se oponen al progreso. La Biblia está ayudando al africano a afirmar sus derechos frente a las potencias colonialistas. Para una mente lógica es inconcebible que la Biblia pueda liberar al africano de la dominación tradicional sin redimirlo, al mismo tiempo, de la dominación colonial. Si la Biblia enseña que el individuo es único, que posee un valor infinito ante Dios, el colonialismo de muchas maneras dice precisamente lo contrario. De modo que en la práctica la enseñanza del evangelio discrepa del colonialismo. El africano liberado por la Biblia afirma ahora su personalidad, no sólo por encima de la tribu, sino también por encima de la autoridad colonial. El presente nacionalismo africano está vigorosamente apoyado en principios cristianos.

La Iglesia cristiana ha creado en África, por lo menos en algunas partes, una vigorosa conciencia cristiana que trasciende las barreras usuales de la raza y el color, y esta conciencia cristiana está basada en el amor de Dios y el amor a nuestros prójimos. Está fundada en el fuerte sentimiento de justicia humana. La historia del nacionalismo africano quedaría incompleta si se desconociera esta con-

ciencia cristiana, puesto que es una parte integrante de la creatividad del nacionalismo africano. El vigor de esta conciencia fue demostrado por los cristianos de Kenya que no aceptaron el terrorismo del Mau Mau. Prefirieron morir y sufrir antes que repudiar sus principios cristianos. Casi todos los jefes políticos africanos importantes pasaron por la escuela de la Iglesia cristiana.

No se puede olvidar el papel importante que han desempeñado las escuelas cristianas en la vida africana. Han sustituído en muchas partes de África el culto exclusivista del clan o de la tribu. Existe una comunión religiosa entre los diferentes clanes y tribus de África. En muchas partes la conciencia tribal se está relegando y la conciencia cristiana está pasando a primer plano. La Iglesia cristiana ha ampliado la visión de muchos africanos, les ha dado la oportunidad de desarrollar sus cualidades latentes y ha superado el odio tribal poniendo en su lugar la fraternidad universal.

De muchas y diferentes maneras la Iglesia cristiana ha proporcionado a África líderes políticos africanos. El actual liderato político ilustrado hubiera sido casi imposible si la Iglesia cristiana no hubiera propagado el alfabeto por muchas partes de África. La Iglesia todavía tiene que cumplir una misión de fe, de universalismo, de justicia, de educación cristiana en el desarrollo y no en la opresión del hombre.

¿No habría que insistir también en la parte negativa de los cristianos, de los misioneros que se han instrumentado al colonialismo, de los líderes "cristianos" que se han convertido en enemigos de la religión cristiana, en las sectas cristianas que justifican y aun exigen la discriminación racial como un mandato evangélico?

Nacionalismo en África.

Los ingredientes fundamentales que constituyen el actual nacionalismo africano son el deseo de participar plenamente en el gobierno central del país; el deseo de una justicia económica que reconozca por completo el principio de "paga igual a igual trabajo", independientemente del color de la piel; el deseo de obtener plenos derechos políticos en su propio país; el disgusto de que se les trate como extranjeros en la tierra en que han nacido; el disgusto de que se les trate como medios para fines del hombre blanco, y la inconformidad con las leyes del país que le asignan una posición permanente de inferioridad como ser humano. Es esta política de exclusión ejercida por la supremacía blanca, lo que ha creado una honda insatisfacción en los pueblos de África.

A esta conclusión llega el autor después de un fino análisis de las distintas formas de la política europea en África y la tesis de ciertos occidentales más representativos. El nacionalismo africano es la lucha contra la supremacía blanca en el plano político, económico y social que se ha convertido en una especie de injusticia permanente. El deseo de liberación responde a móviles internos más que a la coyuntura internacional: a su ansia innata de libertad y democracia que el autor descubre ya en la estructura africana antes de que llegaran los europeos; en la participación en la segunda guerra mundial para liberar al mundo del peligro nazi; en su reacción contra la supremacía blanca que ha practicado la opresión; en la caída del mito de la superioridad de la civilización occidental.

Es muy justificado el empeño del autor en querer hacer ver que la hostilidad del negro contra la dominación europea no significa odio contra el hombre blanco. La distinción parece demasiado sutil y la realidad está demostrando que peca de ingenuo. De ninguna manera es acceptable que se quiera identificar el dominio europeo sobre África al que actualmente realiza la Rusia soviética sobre los países satélites. Y parece por demás optimista creer que el continente africano está inoculado contra el virus comunista.

No podemos desconocer que el nacionalismo africano ha firmado una alianza no sancta en detrimento de la supremacía blanca. No puede negarse que el nacionalismo africano utiliza a veces el comunismo como instrumento con el cual corregir la libertad e independencia africanas. El africano puede abrazar el comunismo en un momento de desesperación. Los hechos están demostrando que el comunismo está penetrando hábilmente por medios técnicos que están preparando el triunfo de la ideología marxista.

¿Realmente se puede aceptar, como cree el autor, que los africanos están preparados para gobernarse? No basta afirmar el deseo irrecusable de independencia; hay que demostrar que de hecho se está preparando para aceptar la responsabilidad de mando. El reto que África lanza a Occidente dice: "Dadnos nuestra independencia, ayudadnos en nuestra lucha por la independencia. Nuestra independencia es vuestra independencia." Sólo la comprensión entre Europa y África y una colaboración sincera entre los dos viejos continentes podría superar esta crisis que de día en día prepara y facilita la penetración del comunismo. Que Occidente se decida a satisfacer ese deseo justo de liberación que siente el pueblo africano, y que África se dé cuenta del peligro que encierra el fanatismo nacionalista, que no repara en medios. La comprensión entre Europa y África es la base de la paz del mundo igualmente amenazado por el imperialismo comunista.

Ndabamingi Sithole ha escrito un verdadero libro blanco del continente negro: excesivamente apologista, optimista y no tan realista como pretenden los datos que aduce. Hay, sin embargo, observaciones muy útiles que se deberían tener en cuenta para mejorar las relaciones entre africanos y europeos, y salvar juntos la democracia contra el comunismo.

LUCIANO PEREÑA.

SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DEL AMOR EN GRECIA

Causa satisfacción encontrar esta obra de helenistas españoles, trabajada a conciencia, sobre un tema de interés universal, que rebasa el ámbito de nuestra atención acostumbrada. Reproduce un ciclo de seis conferencias: "Safo y el amor sáfico", por Manuel F. Galiano; "El amor dorio" y "El eros pedagógico de Platón", por José S. Lasso de la Vega; "Hombre y mujer en la poesía y la vida griega"; "El amor en Eurípides", por Francisco F. Adrados, y "El amor helenístico", por Manuel F. Galiano. Analizando las manifestaciones literarias en que aparecen las tres clases de amor —que vienen a ser las significadas en el discurso de Aristófanes en *El Banquete,* de Platón— muestran el paulatino desarrollo de una psicología y de una filosofía del amor en el pensamiento helénico.

Hay, al parecer, tres momentos en ese desarrollo: en la época heroica, en la Grecia homérica, se alude al amor conyugal y a relaciones sexuales entre hombre y mujer, sin los refinamientos sentimentales de épocas posteriores. En la época clásica, predomina casi exclusivamente (sobre todo en la lírica) el amor homosexual, principalmente, en los varones. Hacia fines de la época clásica (desde Eurípides), y en la época helenística, adquiere la mayor importancia el amor normal.

Descartando la primera época, Manuel F. Galiano empieza decididamente el estudio de las poesías de Safo y de los datos que se conservan de su vida, y se pregunta por qué es el amor homosexual el que se manifiesta en público: con la ruina de las monarquías patriarcales, la familia tradicional (creo que debe entenderse como grupo social) es sustituída por cofradías religiosas, clubs políticos, tertulias de hombres, gimnasios y palestras, pelotones premilitares (de-

rivados, podemos agregar, de las primitivas agrupaciones de jóvenes y sociedades secretas de varones —*Männerbunde*—), que separan los sexos en la edad del amor (y en la edad en que los hombres tienden a formar grupos y ligar amistades), mientras las mujeres, destinadas a la propagación de la especie, quedan recluídas en las labores domésticas. En Lesbos, donde las mujeres, acaso por supervivencias matriarcales, conservaban más personalidad, forman grupos, cuya naturaleza es difícil de determinar, como el de Safo y el de sus rivales Andrómeda y Gorgo. Grupos de éstos los señala también en Esparta y en Tebas. Investigando el caso particular de Safo y la naturaleza de sus relaciones amorosas, Galiano, seducido por la belleza de sus poesías, en las que ve una primera fase en el descubrimiento del amor, se inclina visiblemente a la indulgencia.

Como dice después Lasso de la Vega, dos cosas nos repelen en Grecia: la esclavitud y el amor de los efebos. Exactamente. Pero, sea por lo que sea, ante el amor sáfico solemos mostrarnos más blandos; hay, entre ambos casos, una diferencia de nivel en la repugnancia. Pero también, en ambos casos, la repulsión encuentra un contrapeso: esa "beatería de lo griego" a que alude en otro lugar Lasso de la Vega, el *mirage classique*. El mismo *Banquete* de Platón, escrito por quien no fuese griego, no hubiera encontrado la admiración ni aun la tolerancia de que goza; pero es obra griega, y así, aun entre cristianos, ha fundamentado la filosofía del amor, y el "amor platónico" ha sido sinónimo de amor espiritual. Se ha encontrado la manera pasmosamente sutil de darle la vuelta a las cosas.

De la primera conferencia de Lasso de la Vega, resulta que el amor de los efebos, que él llama "amor dorio", por su origen, es el que ha determinado no sólo la concepción helénica del amor, sino también el ideal de belleza física vigente en la antigua Grecia, y que ella nos ha impuesto. En cuanto al origen, no pocos lectores se encontrarán sorprendidos por el hecho de que, lo que suele tenerse en general por una manifestación de anormalidad psicofísica o de degeneración senil, o por afeminamiento propio de una época tardía de decadencia, se presenta en Grecia a comienzos de la época clásica, cerca de la edad heroica y precisamente en la raza más fuerte, belicosa y agresiva, los dorios, y era incluso práctica impuesta por la rígida disciplina de un Estado militarista y autoritario, entre grupos de jóvenes guerreros, cultivadores entusiastas del atletismo, de las virtudes viriles, del honor militar y de una vida dura y de sacrificio. Como "institución" floreció en la austera Esparta, mientras era reprobado en la refinada Atenas y tenido por vergonzoso en el Asia, que nos parece madre de todos los vicios. La cuestión de "a dón-

de llegaba" este amor, de lo carnal y lo espiritual en él, de la diferencia entre *eros* y *filia,* nos llevaría demasiado lejos, pero de todas maneras, todo induce a fallar en contra, y explicar no es absolver.

Más interés tiene lo que se refiere al ideal de belleza, que se transmitió de hombres a mujeres. Su modelo es el efebo rubio y blanco, cuyas formas se imitaban incluso en las estatuas femeninas. Esto nos hace pensar en el arquetipo del "andrógino" —que no es como lo describe Aristófanes en *El Banquete*— como símbolo de integración. Esta idea condujo a algunos escritores modernos (J. Peladan, el mismo Merejkowski) a curiosos extravíos. En el fondo, quizá pudiera encontrarse en la teoría platónica del *eros,* que se eleva a fuerza cósmica. El ideal griego de belleza, según Lasso de la Vega, influyó en el de la Edad media y principalmente en el del Renacimiento. Claro que aquí pudiera observarse que el ideal griego es el de la raza nórdica, el que se daba en la Edad media en toda Europa, por lo menos en las clases dominantes... Más convincente encontramos lo que dice de la expresión literaria de la psicología amorosa como herencia de la literatura griega. En cambio, parece extraño que los conceptos del amor caballeresco puedan provenir de esa fuente. Claro que Lasso de la Vega aprecia, en verdad, lo que se debe al elemento céltico, y que, en favor de la influencia griega, aduce textos de Éforo y de Plutarco, "impresionantes", como se dice ahora; pero el espíritu del amor caballeresco nos parece tan diferente del espíritu del amor griego, y como la alusión a "cárceles de amor" nos hace pensar en épocas más recientes y próximas al Renacimiento, se hace penoso el convencerse.

En Platón encuentra Lasso de la Vega una "sublimación" espiritualista del amor —el amor dorio, naturalmente— de sentido pedagógico, es decir, de perfeccionamiento moral y espiritual (racional) del *erómeno* por el *erasta,* doctrina que se desarrolla en el *Lisis,* en el *Fedro* y en *El Banquete.* Es una interesantísima conferencia, en la que sale al paso el problema de la comparación del amor platónico con el amor cristiano, de *Eros* con *Agape,* entre los que el autor establece una razonada oposición. En nuestros días juegan estos dos sentimientos y estos dos conceptos, a nuestro juicio, un papel determinante en muchos aspectos fundamentales de la vida, con mayor frecuencia, desligados de su sentido inicial trascendente, pudiendo atribuírseles derivaciones como el "socialismo ético" y el realismo artístico y literario, por una parte, y el esteticismo y amoralismo por la otra.

En la disertación de Francisco R. Adrados sobre el amor de hombre y mujer, hacen las *heteras,* me parece, la primera aparición. Y en

verdad que las echábamos de menos, con tanto como se ha hablado de ellas... Pero aquí, claro, y sin referirnos a ellas, pisamos terreno más conocido. Muy importante lo que dice sobre la influencia de la *sofrosine* en la represión de los sentimientos amorosos y en la consideración del amor como *manía,* esto es, pasión y locura. La compostura que imponía el concepto público, principalmente en Atenas, vedaba como indecorosa, sobre todo en la mujer, la manifestación de sentimientos apasionados. Esta consideración del amor como una suerte de locura, que ciega y hace cometer disparates, ha llegado a nosotros como convicción vulgar, de la que no se puede decir que sea siempre equivocada.

De esta convicción parte Eurípides —de cuyo concepto del amor trata Adrados en otra hermosa conferencia— para oponerle un criterio nuevo en que es precisamente la pasión la que sirve de disculpa. En el teatro de Eurípides predomina claramente el amor entre los dos sexos, presenta audazmente en el teatro mujeres enamoradas, y son ellas las que asumen las actitudes heroicas en el sacrificio (Ifigenia), en el amor maternal (Hécuba), en la venganza de la hija contra su madre (Electra), en el esfuerzo de una madre por conservar la paz en su familia (Yocasta), en la venganza contra el amante infiel (Medea)... *Alcestes* es una verdadera apología del amor conyugal, que ya no es la *manía;* pero la *manía* explica el adulterio en Helena, y con ella se disculpan Fedra y Pasifae. Según Adrados, esta posición adoptada por Eurípides se halla en conexión indudable con el movimiento sofístico que, en el último tercio del siglo v a. J. C. trae una nueva ola de individualismo. Y muestra cómo la crítica racional de la tradición racionalista, y la teoría del *homo mensura* abren camino a la reivindicación de las fuerzas irracionales... Esto nos hace recordar que en el mismo Platón no se desecha lo suprarracional: estima el "furor sagrado" y la *epopteia.* Quizá sea en la sofística en donde se encuentre el verdadero "descubrimiento del hombre" que se atribuye a los griegos; por lo menos, habría que reconocer que fue para ello un estimulante poderoso; W. Jaeger dice que los sofistas fueron los creadores de la formación espiritual y del arte educador que conduce a ella. Si la sofística explica en gran parte a Eurípides, como dice Adrados, también explica en gran parte a Sócrates y a Platón, según opinión bastante general.

Manuel F. Galiano se ocupa, en la última conferencia, del amor helenístico. Extrae de las comedias de Menandro, de los mimos de Herodas, de los idilios de Teócrito, de los elegíacos y de la novela, el cuadro de un mundo burgués y popular, que se nos hace muy simpático, porque allí los hombres ya no están absorbidos por la polis, sino que viven, mejor o peor, el gran bien de la "vida privada" y otro

cuadro irreal y un poco dulzón de vida pastoril o de aventura, de donde arrancan el bucolismo y gran parte de la novela europea. El mundo helenístico, mundo de seudomórfosis y de cruce de culturas, tiene, por lo que en él nace y lo que en él revive, un interés tan enorme, que agradece uno de un modo especial todo lo que contribuye —como sucede en esta conferencia— a darnos de él un mayor conocimiento.

VICENTE RISCO.

TEOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD

CRISTO PEDAGOGO [1]

"Nuestro Pedagogo, mis queridos niños, es parecido a Dios, su Padre, del cual es hijo... (cap. II). Cuando nos ponemos a seguir a Cristo recibimos el nombre alegórico de niños (νηπίοι)... Nuestro pedagogo se llama Jesús... Él nos conduce hacia la salvación. Así el Logos ha dicho muy claramente por boca de Oseas (5, 2): Yo soy vuestro educador..." (cap. VII). Se trata de una obra de Clemente de Alejandría († c. 215). Clemente suele ser considerado como uno de los primeros intelectuales cristianos. Es un converso como Justino, Tertuliano, San Cipriano. Conoce con hondura el mundo pagano, sus valores, sus aspiraciones religiosas, sus desviaciones. Guarda un recuerdo amoroso del helenismo y concede a la filosofía un papel preparatorio lleno de importancia. Clemente hizo un serio esfuerzo para cristianizar la filosofía helénica, para sacar la fuerza de verdad en ella contenida. En él pesa grandemente el helenismo iluminado por la revelación cristiana, en él se juntan revelación y platonismo, especulación humana y divina. Es un escritor profundamente humano y religioso.

Sus obras reflejan la preocupación de los medios intelectuales y espirituales de Alejandría a fines del siglo II y a principio del III. Es el tiempo de Panteno, de Clemente y de Anmonio Sacas en Egipto, de Tertuliano en África del Norte, de Ireneo en Lyon, de Teófilo en Antioquía.

El Pedagogo es la segunda parte de una bellísima trilogía: *El Protréptico* (exhortación a los griegos), *El Pedagogo y Los Strómata* (tapices). Toda ella es fruto de su docencia en la escuela de Alejandría. Su objeto se centra principalmente en la moral cristiana. En *El Protréptico,* Cristo es presentado a sus antiguos compañeros de paganismo como maestro y salvador del mundo nuevo. En *El Pedagogo,* como educador de los redimidos. *Strómata* es una serie de ensayos.

El pedagogo de la época clásica grecorromana no tiene versión objetiva en el mundo actual ni en el lenguaje moderno. Es una institución desaparecida a la que no corresponde exactamente el término de pedagogo, ni

---

1 CLEMENT D'ALEXANDRIE: *Le Pedagogue,* I (Sources Chretiennes, núm. 70). Paris, Les editions du Cerf, 1960; 298 págs.

el de instructor, educador, tutor, responsable. En la época clásica designa al encargado de "conducir al niño" a la escuela. Él llevaba la cartera, protegía al niño de los peligros físicos y morales, vigilaba la conducta, exigía corrección y dignidad. El pedagogo era ordinariamente un esclavo. Pero su consideración social creció con el tiempo hasta constituir con el padre y el profesor el trío elemental de la educación. Ayuda al niño a aprender las lecciones, a realizar los deberes, pero su deber más fundamental es la educación moral del niño que la sociedad le confía con total responsabilidad. Esta es la realidad que Clemente aplica a Jesucristo. El pedagogo guía al niño a la virtud. Cristo obra con nosotros como nosotros con los niños, como Fénix con Aquiles, como Zopiro con Alcibíades. Evidentemente que se trata de una expresión llamativa, sin apenas tradición bíblica, aun cuando Clemente trate de encontrarle forzados antecedentes en Oseas y en San Pablo, que aplica dos veces ese nombre a la ley mosaica, no a Nuestro Señor. Y no deja de llamar la atención del hombre del siglo XX el afán insistente de comparar la obra del Redentor con la del esclavo encargado de "conducir" al niño.

El Logos Pedagogo.

La concepción de Clemente del Logos Pedagogo para los bautizados está llena de encanto literario y de contenido teológico. No se trata simplemente de una imagen sugerente. Es el tema central, el substratum que confiere cohesión a todo el libro. En forma de verbo, de nombre, de adjetivo, de adverbio (παιδαγωγέω, παιδαγωγός, -ία, -ικός, -ικῶς...), es empleada esta palabra en el libro I más de cien veces. Los libros II y III constituyen un tratado de moral práctica sobre los deberes del cristiano, tono de vida, comida, bebida, descanso, casa, vida sexual... El libro I desarrolla de modo general la acción del Verbo como "pedagogo". Los cristianos somos como los niños (ηαῖδες). El motivo de la infancia se repite insistentemente a lo largo del libro I y constituye uno de los temas de la unidad de la obra. El niño es símbolo de humildad, de sinceridad, de limpieza de corazón, de timidez, inocencia, dulzura, ternura, debilidad...

No se trata de la infancia espiritual en el sentido de la espiritualidad contemporánea. El "Divino Pedagogo" conduce al nuevo cristiano desde el momento de la conversión, cuando regenerado por el bautismo, despojado del hombre viejo emprende una vida nueva que exige renovación total. Así la ida de "pedagogo" va íntimamente unida a la de "juventud". Clemente no sólo considera la idea en el aspecto individual, sino también en el aspecto eclesial. El conjunto de los cristianos — νέοι, jóvenes para él, constituye el pueblo nuevo que participa en Cristo de una primavera eterna, que se renueva perennemente sin jamás envejecer. El pueblo cristiano es la juventud permanente de la humanidad. El cristianismo es el pueblo nuevo, joven, por oposición al Antiguo Testamento y al paganismo: es la última economía de la historia de la salvación. Clemente sitúa el problema moral en esta perspectiva grandiosa y original.

Para el pensador actual hay en el substratum de esta obra otro elemento lleno de atracción: la intención polémica con el gnosticismo. El deseo de Clemente es llegar a la verdadera gnosis cristiana por oposición a la falsa de los herejes (caps. 5, 6, 9, 11, 12, etc.). No hay una revelación secreta para el hombre intelectual, no hay ningún grado de revelación superior al bautismo, cuando al recibir a Cristo nos hacemos Iglesia. Apenas hemos comenzado a decir las fórmulas de la vida, ya vivimos y estamos separados de la muerte. La noción de infancia es negación del orgullo envuelto en la concepción gnóstica, que propugna una salvación conseguida por la ciencia y el saber humano y no por la humildad y la obediencia.

Otra nota digna de reflexión en el libro I del Pedagogo es el sentir del autor sobre la "filantropía". Clemente es optimista en su concepción del mundo y de la vida. Dios ama a todos los seres por ser hechura de sus manos. El amor de Dios da el ser a sus creaturas y las conserva. Para expresar esa noción de bondad y de amor de Dios para el hombre Clemente gusta emplear reiteradamente un término muy querido del pensamiento helénico, de la filosofía estoica: φιλανθρωπία ,φιλάνθρωπος (cap. III), que aplica al Padre y a Jesucristo. A este amor de Dios por el hombre, debe éste corresponder con un amor semejante. Clemente pone el ideal cristiano en la imitación de Jesucristo, imagen perfecta del Padre, que nosotros debemos reproducir. De este modo Clemente cristianiza el ideal estoico —seguir la Naturaleza, la Razón—, y lo sustituye por el ideal cristiano de la imitación de Jesucristo. Clemente se injerta en la más pura tradición de San Pablo, tal como se vivía en los tiempos difíciles de la polémica gnóstica y de los primeros contactos con la intelectualidad pagana. No es el cristianismo el que se heleniza en él, según el sentir de los historiadores racionalistas de los dogmas, sino más bien todo lo contrario: se cristianiza aquel maravilloso conjunto cultural que llamamos "koiné", helenismo.

La obra de Clemente ha vuelto a ponerse de actualidad. Su lectura habla mucho al hombre de hoy. A comprenderlo ayudan la introducción al pensamiento religioso de Clemente publicada por Mondesert en 1954, y la bellísima introducción de Henri-Irenée Marrou a este primer libro de *El Pedagogo*. Se trata de una obra que haría mucho bien al público de habla española. Lástima que la BAC, a quien tanto debe nuestra cultura religiosa, no la haya incluído en sus publicaciones al lado de San Agustín, los Padres Apostólicos, San Gregorio... He aquí los títulos de los principales capítulos: capítulo I: Lo que promete el Pedagogo; capítulo II: Nuestros pecados necesitan la dirección del Pedagogo; capítulo III: El Pedagogo es filántropo (ama al hombre); capítulo IV: El Logos es del mismo modo pedagogo del hombre y de la mujer; capítulo V: Todos los que se adhieren a la verdad son niños a los ojos de Dios...; capítulo VII: El Pedagogo y su pedagogía; capítulo XII: El pedagogo, a modo de padre, emplea la severidad y la bondad...

La edición de "Sources Chretiennes" en "Les Editions du Cerf", con texto griego, introducción y notas de Henri-Irenée Marrou y traducción francesa fiel y suelta de Marguerite Harl, tiene las mismas características de presentación de los demás volúmenes de la colección. La introduc-

ción es bellísima. Alguna que otra afirmación, un si no es exagerada, de Clemente, no representa problema para el cristiano bien formado de nuestros días.—*Melquiades Andrés.*

GILL, JOSEPH, S. J.: *The council of Florence,* Cambridge, University Press, 1959; XVIII-453 págs.

El autor es profesor del Pontificio Instituto Oriental de Roma, ha publicado diversos estudios sobre el concilio de Florencia desde 1947 y ha tomado parte en la edición crítica: *Concilium Florentinum. Documenta et scriptores,* de Hoffman, publicada en seis volúmenes por el citado Instituto. Se trata, pues, de un gran especialista sobre el tema. La obra es una historia crítica del concilio Florentino en que tanto se trabajó por la unión de la Iglesia de Oriente y Occidente. El autor expone las causas de la convocatoria, el desarrollo del concilio y sus consecuencias, el recibimiento del decreto de la unión en el Oriente, las razones por las cuales la unión entre griegos y latinos no perduró después del concilio (caps. I, II y X). Los capítulos centrales (III-VIII) están dedicados a los problemas teológicos planteados entre griegos y latinos: naturaleza del purgatorio y novísimos (capítulo IV), adición de la palabra *Filioque* al símbolo de Nicea (cap. V), procesión del Espíritu Santo (cap. VII), materia de la Eucaristía, primado del Romano Pontífice (cap. VIII).

Las doctrinas controvertidas entre griegos y latinos fueron discutidas en comisiones en las que los griegos exponían las dificultades que tenían y contestaban los latinos. En este diálogo directo y difícil se pone de relieve la diversa concepción de la teología de Oriente y Occidente (cap. VI), y la actuación de los diversos teólogos de una y otra parte: Bessarión, Eugenico y Dionisio por los griegos, Juan de Torquemada y Juan de Montenero por los latinos. Las disputas fueron largas y a veces acaloradas. El autor las describe con viveza, basado siempre en las fuentes. Por ellas conocemos las vicisitudes del concilio por dentro, y los diversos estados psíquicos de los participantes, el cansancio de los griegos, las dificultades económicas del Papa, la alegría del decreto de unión "Laetentur coeli" que el autor reproduce en un apéndice.

Es una síntesis crítica de la historia del concilio de Florencia, basada en las fuentes, muy bien presentada, como es tradicional en esta clase de libros ingleses, con una nota bibliográfica muy completa de fuentes del concilio y obras generales sobre él (págs. 416-432).

Si el concilio no logró la unión deseada de la Iglesia, sino sólo de modo efímero, ciertamente aclaró los problemas referentes al Primado del Romano Pontífice frente a la poderosa corriente del conciliarismo, tan extendido por entonces en Occidente.—*Melquiades Andrés.*

GUARDINI ROMANO: *Religión y Revelación*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1961.

La colección "Cristianismo y hombre actual" nos ofrece la magnífica traducción de José María Valverde de la obra *Religión y Revelación,* que debemos al maestro Guardini. Es solamente el primer tomo, pues el segundo todavía no nos ha llegado hasta el momento ni en su original alemán. Conocíamos esta obra en su lengua original. Es un libro de plenitud de magisterio. Son los setenta y cinco años del maestro en los cuales, ya sin andaduras de citas y bibliografías, nos resume su experiencia religiosa y de trato con las gentes en su misión de profesor y de sacerdote. Entremos en sus páginas, que se leen con la gran serenidad que nos transmite el más depurado profesor de Munich.

Lo religioso es algo que conmueve todo nuestro ser. Y por consiguiente, lo pone en marcha, lo despliega de manera única. No se puede hablar de lo religioso como parcela. He ahí la tesis suyacente en estas páginas y en todas las de Guardini. Pero lo sagrado, objeto de la religión, tiene que revelársenos de alguna manera. Y se tiene que revelar haciendo sacro, sacralizando lo que por sí mismo no lo es. De ahí que debamos, para comprender lo religioso, rastrear el mundo. La experiencia religiosa comienza por una mirada hacia el mundo, pero una mirada especial, iluminada. He ahí el fenómeno religioso. Todo el capítulo primero se refiere a esto. Al llegar a la página 100, el autor se detiene y nos hace un resumen del camino recorrido. La patencia de lo sagrado, a través del mundo, se ofrece por la convicción (no exclusivamente lógica), del carácter simbólico de las cosas y de la "no obviedad del mundo". El mundo y las cosas son "expresión", no pura conexión natural. El sentido de creatura, frente al de naturaleza, es el nudo para comprender el camino a lo sagrado. Este tema los ha desarrollado Guardini a través de su magnífica colección de homilías también publicadas por Guadarrama. El mundo se nos presenta como un "orden" y por eso puede ser una hierofanía, usando el lenguaje de Mircea Eliade.

El capítulo segundo nos habla de la experiencia religiosa en sus diversos tipos. Desde el mito a sus elaboraciones más complicadas. La profundidad de esta parte de la obra merece ser subrayada. Es una respuesta a las desviaciones de la concepción del mundo de la Edad Moderna. Las implicaciones con el culto son decisivas y nos retrotraen a lo sentado anteriormente sobre el carácter simbólico de las cosas. El tema de la realidad y la verdad aquí es central.

Y por último, la elaboración mental de la experiencia religiosa, o sea, las relaciones con lo racional, nos ofrecen la problemática de toda teología. Los temas de la verdad y de la imagen o idea de Dios son desarrollados ampliamente.

El libro, claro, está incompleto, falta la segunda parte. Pero ya se nos manifiesta una gran síntesis muy necesaria para la investigación de lo religioso en sí. Las influencias que podemos señalar son varias,

pero quisiéramos indicar especialmente la de San Agustín, uno de los pocos autores citados por Guardini. La preocupación central del libro, es decir, de las clases que lo originaron, es el diálogo con la mentalidad y cultura modernas. Es un intento, logrado, de verter en la problemática actual la realidad absoluta del mensaje religioso y cristiano.

No debemos ponderar lo que ya está de sobra ponderado, pero sí debemos hacer, finalmente, una observación española, ya que se trata de comentar, ahora, una traducción (repetimos, magnífica). La observación hispana es ésta: mientras no tomemos, desde su fuente, esta problemática, previa a ulteriores estudios, no estará completa la empresa de abordar las situaciones, incluso las más prácticas e inmediatas, del cristianismo de hoy. Por ello la Editorial Guadarrama hace un gran servicio al verter estos libros a nuestro idioma.

El libro de Guardini nos dice, una vez más, que lo religioso es el tema central de nuestra situación presente. Pero tomado y considerado así. Es decir, en toda su real dimensión.—*Carlos Castro Cubells.*

CIENCIAS

DOS LIBROS SOBRE EVOLUCIÓN

En el año 1959, y con motivo de cumplirse el centenario de la publicación de *El origen de las especies,* de Darwin, el mundo científico dedicó una parte de sus actividades a conmemorar la aparición de aquel libro. Los motivos científicos de la conmemoración quedan bien justificados cuando se valora el significado que para la historia de la biología tiene la obra conmemorada. Más que una reafirmación del hecho mismo de la evolución, sobre el cual Darwin aportó datos bien demostrativos, que hoy no es posible rechazar, lo que en este recordatorio se ha pretendido más bien, es analizar las aportaciones de Darwin para la formulación de una teoría "explicativa" del proceso evolutivo [1] a la par que se comparan con las que la Biología actual ha podido reunir, en especial dentro del dominio de la Genética.

Una mirada a las distintas publicaciones, reuniones y simposios nacidas con el motivo que comentamos, permite observar que en ellas ha dominado la preocupación por examinar los avances logrados en el conocimiento de los mecanismos de la evolución, y en especial las discusiones sobre el papel de la selección natural en los cambios evolutivos que han

---

[1] Véanse a este respecto los artículos y comentarios aparecidos en esta misma revista: J. TEMPLADO: *En el centenario de Darwin y Wallace,* núm. 156, 1958; *La evolución de los seres vivos,* núm. 162, 1959; *Darwin y el darwinismo,* número 165-6, 1959; *Coloquio sobre evolución biológica,* núm. 170, 1960. También puede consultarse el volumen que la Universidad de Madrid ha publicado con el mismo motivo: *La teoría de la evolución a los cien años de la obra de Darwin,* "Revista de la Universidad de Madrid", vol. VIII, núms. 29-31, 561 págs., Madrid, 1959.

dado por resultado la formación de nuevas especies o de nuevos tipos de organización en los organismos vivos.

Entre ellos se encuentran los libros que comentamos, el primero de los cuales [2] recoge los trabajos presentados al coloquio que tuvo lugar en la Real Sociedad del Canadá en 1959. Se reúne en el libro un conjunto de 20 títulos que tocan materias muy diversas. Los seis primeros están dedicados al examen de la evolución tal como se observa en diferentes grupos de organismos fósiles, así como a los cambios sufridos por aquéllos en el transcurso de las épocas geológicas. (Russell: *El registro geológico de la evolución;* Okulitch: *Fauna del cámbrico inferior;* Williams: *Evolución de la vida en el paleozoico;* Edmund: *Evolución de la dentición en vertebrados inferiores;* Russell: *Mamíferos fósiles y conexiones intercontinentales;* Cameron: *Conexiones intercontinentales y origen de los mamíferos australes.*) Los cinco siguientes discuten varios aspectos de la evolución basándose en deducciones obtenidas de los conocimientos biológicos actuales. (Thompson: *Causa y modo de la evolución;* Dunbar: *Evolución de la estabilidad por selección natural en el ecosistema;* Savile: *Significado evolutivo de la penetración a través de las barreras naturales;* Löve: *Biosistemática y especiación;* Murray: *Evolución de las bacterias.*) Otro trabajo considera la evolución desde un punto de vista bioquímico. (Crocker: *Pasado y futuro de la evolución bioquímica.*) Los restantes tratan temas diversos fuera ya del campo biológico. (Padre Régis: *Reflexiones filosóficas sobre la ciencia de la evolución;* Brady: *Influencia de Darwin en el pensamiento político y social;* Hawthorn: *Darwin y la evolución social;* Bissell: *S. Butler y la evolución;* Grace: *Evolución e industria;* Shrum: *Evolución de la física;* Volkoff: *Cosmología y evolución;* Cameron: *Origen de los elementos.*)

El segundo libro [3] examina un conjunto de hechos basándose principalmente en las aportaciones de la genética, relativos a los fundamentos de la herencia biológica, sin cuyo estudio no es posible llegar a una explicación de la evolución, y atendiendo además a la importancia de la selección natural en relación con el establecimiento de nuevos cambios evolutivos.

En los doce capítulos del libro, su autor estudia los principios de la herencia mendeliana, el polimorfismo genético y su significado adaptativo, la mutación y la recombinación de los genes, así como la deriva genética en las poblaciones y diferentes aspectos de la adaptación, tales como las coloraciones protectoras y el mimetismo en diversos animales, junto con unas consideraciones sobre genética ecológica. Finalmente, y basándose en los hechos analizados, traza los rasgos de la evolución, los cuales interpreta en el sentido de una acumulación de pequeños cambios del patrimonio hereditario, dirigidos por la selección natural en un sentido adaptativo y que darían la única clave explicativa adecuada de la evolución.—*Eugenio Ortiz.*

---

2 T. W. M. CAMERON: *Evolution: Its science and doctrine,* University of Toronto Press, 1960; 242 págs., figs.

3 P. M. SHEPPARD: *Natural selection and heredity.* Londres, Hutchinson and Co., 1959; 212 págs., 8 figs.

UNA INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA BIOLOGÍA

Desde hace algunos lustros se observa entre los científicos un interés creciente por la historia de la ciencia. Pero esta disciplina resulta extraordinariamente amplia y aquéllos han de limitarse, por lo general, a la historia de su propia rama. Es lógico que los estudiosos que han trabajado activamente en el campo de una ciencia y que han intentado resolver algunos de sus problemas actuales, se sientan inclinados a estudiar, e incluso a investigar, sólo la historia de esa misma ciencia con independencia de las demás.

Este es el caso de F. S. Bodenheimer, profesor de la universidad de Jerusalén —fallecido en octubre de 1959—, que siendo quizá la máxima autoridad en ecología de insectos, era a la vez cultivador asiduo de la historia de la biología. Intercaladas entre sus fundamentales trabajos en el campo de la entomología y de la ecología, han ido apareciendo otras publicaciones de tipo histórico, entre las cuales destacan *Materialen zur Geschichte der Entomologie* (1927-8), *Aristote biologiste* (1952) y *The history of biology: an introduction* (1958); obra, esta última [1], que vamos a reseñar brevemente.

El libro se halla dividido en tres partes de desigual extensión. La primera, titulada "Parerga y paralipomena", trata de una serie de cuestiones generales sobre ciencia e historia de la ciencia y sus relaciones con otras ramas de la cultura, tales como sociología, religión y arte, ya que —dice el autor— "todo aquel que se interese en la historia de la ciencia debe conocer lo profundas que son estas conexiones hoy día y cómo la ciencia está siendo estimulada desde otros dominios de la cultura", y viceversa, cabría añadir. Se refiere además Bodenheimer, en esta primera parte, a cierto número de problemas metodológicos de la historia de la biología que conviene tener en cuenta para el estudio de esta disciplina y acaba dando algunas indicaciones bibliográficas para los principiantes que deseen ampliar sus conocimientos sobre historia de la ciencia en general y de la biología en particular.

La segunda parte, bastante corta (64 páginas), constituye una historia condensada de la biología hasta fines del siglo XIX, en la cual los autores son tratados muy brevemente —a veces en forma tabulada—, con la única excepción de Aristóteles, cuyo estudio ocupa varias páginas y al que Bodenheimer considera como el biólogo de más relieve que ha existido.

La tercera parte de la obra, la más extensa, es la que le concede bastante originalidad respecto a otras historias de la biología en uso, como las de Radl, Singer, Nordenskiöld... Comprende unas 300 páginas y es una especie de antología de más de 130 autores científicos, desde la antigüedad hasta principios del siglo XX. De cada autor se consignan uno o varios párrafos, traducidos al inglés siempre que ha sido necesario, de alguna de sus

---

1 BODENHEIMER, F. S.: *The history of biology: an introduction.* Londres, Dawson & Sons Ltd., 1958; 465 págs.

obras más representativas. La selección de autores que, como advierte Bodenheimer, podría muy bien ser diferente, es en conjunto bastante equilibrada, incluyendo algunos nombres, como Galileo y Descartes, que aunque no cultivaron directamente la biología, están íntimamente ligados al desarrollo de la ciencia. Por otra parte, tal vez hubiese sido más conveniente reducir el número de autores considerados a fin de concederles mayor extensión en el texto y así no resultaran tan fragmentarios los párrafos consignados de cada uno de ellos. De todos modos resulta enormemente interesante la consulta de esta antología.

El libro contiene además una serie de figuras y láminas que reproducen ilustraciones o páginas de obras antiguas y que contribuyen a aumentar su interés para todos aquellos interesados en la historia de la biología.—*Joaquín Templado.*

SUELO Y VEGETACIÓN

El estudio del suelo ha pasado de considerar la tierra vegetal como soporte inerte y complejo laboratorio donde los principios minerales nutritivos son elaborados y puestos a disposición de las plantas, a definirlo fundamentalmente como una entidad biológica en cuya estructura y evolución intervienen con tanta intensidad como el sustrato geológico, la vegetación y las condiciones meteorológicas.

"El suelo es la formación superficial disgregada y relativamente estable del terreno, portador de una determinada vegetación; contiene una fracción mineral y otra orgánica; es asiento de fenómenos físico-químicos de equilibrio y de una actividad biológica que participa de forma particular en el ciclo del nitrógeno."

Este concepto del suelo como medio dinámico, cuyas características van apareciendo sucesivamente por la acción combinada del clima y la vegetación sobre la roca madre, forma el fundamento doctrinal de dos obras recientes, que comentamos en esta nota.

La primera de ellas [1], de la cual es autor el Dr. Ph. Duchaufour, profesor en la École Nationale des Eaux et Forêts, de Nancy, constituye realmente la segunda edición de la obra *Pédologie, applications forestières et agricoles,* aparecida en 1956.

En esta nueva redacción el autor ha mantenido el carácter esquemático y condensado, que proporciona al texto una gran claridad e incrementa extraordinariamente su utilidad práctica.

Esta norma de exposición descriptiva unida a la amplitud de los temas tratados (Propiedades del suelo, Génesis, Evolución y Sistemática de suelos, Edafología aplicada, Métodos de análisis, Bibliografía) imposibilita profundizar y discutir, en 438 págs., los fundamentos, en especial aquellos de índole crítica, tan numerosos en el momento actual de la Edafología.

---

1 DUCHAUFOUR, PH.: *Précis de Pédologie.* París, Masson & Cie., 1960.

La segunda obra [2], de la misma editorial, recoge los resultados del primer coloquio sobre este tema celebrado por la Société Botanique de Francia, bajo la dirección de G. Viennot-Bourgin, profesor del Institut National Agronomique.

En dos partes son reunidos una gran diversidad de trabajos de autor diferente que tratan de la influencia de la vegetación sobre el suelo y del suelo sobre las plantas.

En un momento en que va formando "conciencia pública" la necesidad imperiosa de aumentar los rendimientos de la tierra en alimentos, para nutrir una población siempre creciente, los datos aportados por publicaciones como la que comentamos, aparte de contribuir a conocer las leyes fundamentales que rigen las relaciones suelo-vegetación, marcan las posibilidades, peligros y límites que presenta la explotación económica de la tierra, en especial para "no sacrificar el valor y la productividad del suelo en beneficio de una rentabilidad de corta duración".

La vegetación fija el suelo, lo protege de la erosión, favorece la infiltración del agua (base de todo proceso edafológico), produce la elaboración carbonada, la humificación, la fijación del nitrógeno y, en definitiva, la fertilidad química. El suelo, como tal, no existe más que en función de la vegetación que soporta.

Recíprocamente, la acción bio-físico-química del suelo se demuestra tanto sobre la planta aislada como sobre la vegetación, de donde se infiere la importancia de la fitosociología en silvicultura y agricultura.

La Agricultura es el arte de sustituir las relaciones *naturales* de reciprocidad entre suelo y vegetación espontánea, por otras nuevas que consigan un equilibrio permanente entre suelo y cultivo. Según este criterio todo sistema agrario debe conseguir un "agroclimax" (relaciones suelo-cultivo estables) o a lo sumo establecer una alternancia entre explotación y regeneración del suelo, pero sin permitir nunca su destrucción, lo cual es por desgracia bien frecuente. Por desconocer estos principios, la erosión y la destrucción de la estructura del suelo han inhabilitado millones de hectáreas de suelo cultivado; el agotamiento de las reservas orgánicas infertiliza todos los años grandes zonas de las dedicadas a la agricultura extensiva y la destrucción rápida del humus ha colocado a la agricultura del intertrópico en una situación especialmente delicada.

La estricta interdependencia existente en muchos casos entre el suelo y la vegetación, permite utilizar a las plantas como *reactivo* de determinadas características del suelo: es bien conocido el hecho de que *Anagallis arvensis* da flores rojas en medio ácido y azules en básico. La salinidad del suelo, uno de los factores más selectivos de la vegetación, puede ser conocida mediante las plantas. Entre otras, *Suaeda fruticosa* indica la existencia del 2-5 por 1.000 de cloruro sódico en el terreno; *Arthrocnemum glaucum,* de más del 5 por 1.000, y la presencia de *Halocnemum strobilaceum* denotan una proporción de 25 gramos de sal por cada kilogramo de tierra, es decir, la presencia de condiciones casi *abióticas*.

---

[2] *Rapport du sol et de la végétation.* París, Masson & Cie., 1960.

El estudio de las plantas como *indicadores* tiene una larga tradición y cada día la investigación aporta nuevos datos. En el volumen que reseñamos se recogen los trabajos realizados en el Congo ex belga (Katanga), que ponen de manifiesto la acción de metales pesados (cobre, manganeso, cobalto, níquel y uranio) sobre la vegetación. Su extremada acción selectiva, al eliminar a la mayor parte de las plantas, permite utilizar a las *metalofitas* como indicadores en la prospección de yacimientos de estos metales pesados. Así *Becium Homblei* es utilizada por los geólogos de Rodesia en la prospección biogeoquímica del cobre. *Crotalaria cobalticola* y *Silene cobalticola* están estrictamente ligadas a los lugares ricos en cobalto, de igual modo que *Faroa Duvigneauii* a los de manganeso. El uranio no parece influir de forma especial sobre la vegetación y, a pesar de su radioactividad, no se ha observado ninguna acción mutacional. Sin embargo, algunas especies tiene la propiedad de acumular gran cantidad de uranio, por lo que está en estudio la posibilidad de emplearla en la prospección de este metal radioactivo.—*Manuel Ocaña.*

SÁNCHEZ-MONGE, ENRIQUE: *Genética.* Madrid, Editorial Dossat, 1961; 437 págs.

Este nuevo libro de Sánchez-Monge sigue idéntica trayectoria a la de los otros dos publicados por el mismo autor. En realidad, como él mismo indica en el prólogo, es en cierto modo la segunda edición de la *Genética General y Agrícola* que publicó en 1952, convenientemente puesta al día. El vacío que vino a llenar aquel libro en nuestra literatura científica sigue perfectamente cubierto por esta nueva obra.

Sánchez-Monge, con un pleno conocimiento de la Genética moderna, con una ordenación clara de cada capítulo y de todos los capítulos entre sí, con una escritura sencilla, profunda y correcta, demuestra seguir estando a la vanguardia de los genéticos españoles. Quien lea este libro podrá captar con exactitud cuantos conceptos, teorías y descubrimientos se han ido acumulando en lo que va de siglo en la Ciencia de la Herencia.

Los dos capítulos "Genética de los animales domésticos" y "Genética de las plantas cultivadas", de los que carece este libro y poseía el anterior, no disminuye su valor científico y sí lo adapta mejor a su título general de Genética. En este nuevo libro amplía considerablemente los capítulos relativos a Genética microbiana, a Poblaciones y a la Determinación del sexo. En total consta de 18 capítulos, incluído uno de Genética humana, y cinco apéndices, en los que se abarca un estudio histórico, los símbolos internacionales, los términos genéticos perfectamente definidos, los libros que el autor recomienda y ejercicios y problemas, aplicación en suma de lo explicado en los capítulos.

La parte relativa a la Citogenética no viene como un capítulo propio e independiente de los demás, sino que se encuentra distribuída en diversos capítulos; cuando en

éstos se aunan los datos citológicos con los resultados experimentales, se explican éstos a la luz aportada principalmente por aquéllos. De esta manera la Citogenética queda enclavada dentro de la unidad global de la Genética, unidad y ligazón que se mantiene firme durante toda la obra.—*Gonzalo Giménez Martín.*

HISTORIA

GRANT, M.: *El mundo romano.* Madrid, Ediciones Guadarrama, 1960; 374 páginas, 103 láms., 45 figs., 6 mapas. Traducción de L. Gil.

Ediciones Guadarrama acaba de publicar el segundo volumen de su monumental obra dedicada a la Historia de la Cultura, que trata sobre *El mundo romano.* El libro es gemelo del aparecido anteriormente titulado *La aventura griega,* del que es autor el conocido investigador C. M. Bowra. El autor de este volumen es M. Grant, una de las mayores autoridades mundiales en Numismática antigua, particularmente de Roma, lo que confiere al presente libro unas características muy especiales de originalidad dentro de los estudios dedicados al mundo romano. El presente volumen no es una Historia de Roma. Grant ha acotado en ella un período de unos trescientos cincuenta años durante los que Roma alcanzó la cumbre de un poderío sin parangón posible y durante los que se sintió más profundamente su influjo en el mundo. La etapa historiada comprende desde el año 133 a. C. hasta el 217, es decir, desde la caída de Numancia en Occidente y la anexión del reino de Pérgamo en Oriente por testamento del último monarca atálida hasta la muerte de Caracalla y la extensión de la ciudadanía romana a todos los habitntes del Imperio y la extinción de la última dinastía imperial estable. Grant ha pasado siete años en el Oriente Próximo y Medio; esta permanencia en él se deja sentir en muchas páginas del libro, ya que el autor pone de relieve, en ello consiste una de las mayores novedades del presente volumen, la creadora combinación de elementos procedentes no sólo de Italia y de Grecia continental, sino también de las más apartadas zonas del Mediterráneo.

El libro se divide en tres grandes secciones, precedidas de un bosquejo histórico, que es el necesario armazón que sostiene el núcleo del volumen, consagrado al Estado y a la sociedad, a las creencias, a la Literatura y a las Artes. Grant primero examina las condiciones políticas, sociales y económicas, a continuación revisa el pensamiento íntimo y los sentimientos, o sea las esperanzas y creencias religiosas de la multitud, y la Filosofía, para terminar con el análisis de las creaciones intelectuales y artísticas de una selecta minoría. El autor posa su atención exclusivamente en los aspectos claves de los temas que trata. Traza una síntesis vigorosa y rápida que demuestra un profundo conocimiento del período que historia y una gran capacidad de síntesis. No se para en un examen detallista, sino que ofrece el resultado de muchas horas de investigación y estudio. Las páginas tampoco se encuentran entorpecidas por el manejo exhaustivo de la bibliografía moderna, que el especialista percibe que conoce y maneja de

un modo magistral sin excitar la atención del lector. Grant ha sembrado sus páginas de frases entresacadas de los autores clásicos, que indican un conocimiento absoluto de la literatura antigua. Estas frases están muy bien seleccionadas y con ellas el autor esclarece continuamente los aspectos que trata. El uso de las fuentes clásicas es mucho mayor al examinar las creencias, la Religión, la Filosofía y la Literatura. El autor, para abordar estos temas y captar la íntima esencia de ellos, deja hablar a los hombres cuya verdadera personalidad presenta. Este método da al libro una originalidad grande, al mismo tiempo que una jugosidad y amenidad notables. La traducción de L. Gil, un excelente especialista del Mundo Antiguo, hecha directamente sobre los textos clásicos, está vertida a un castellano extraordinariamente ágil, vigoroso y chispeante, lo que contribuye a amenizar la lectura.

Toda la concepción del libro de Grant acusa una gran novedad y modernidad, bien patente en la selección de los aspectos del Mundo Romano estudiados. El autor examina una serie grande de problemas importantes a los que generalmente los historiadores de Roma no prestan la merecida atención; en ello el autor demuestra ser un espíritu muy actual, que conoce bien los temas que cautivan al lector moderno. El presente volumen, por los aspectos tratados interesa a un gran número de personas no estudiosas del Mundo Antiguo, al mismo tiempo que al especialista completa otros trabajos anteriores. Una serie numerosa de problemas del Mundo Moderno están proyectados y examinados en la Historia de Roma. Ya a los comienzos de la obra el autor se fija en temas tan actuales como la tensión racial, la desconfianza hacia los griegos, la actitud de los romanos hacia las poblaciones bárbaras, la actitud despectiva hacia los negros, el problema judío, la población indígena europea, el temor a romper la paz, el descontento de los pueblos oprimidos, etc., etc.

En la segunda parte destacan por su novedad las páginas consagradas a las monedas como vehículos de difusión de la latinidad, y en la última el estudio de la Escultura apoyado en los retratos monetales. Grant se detiene particularmente en el problema social, y así analiza con cierta extensión todo lo relativo a la esclavitud, tema que en los últimos años ha motivado importantes estudios, a la tensión entre ricos y pobres y a los espectáculos que en Roma desempeñan un papel tan importante como en la sociedad moderna. En la tercera parte el autor resalta la fe en el destino y en la astrología, que como Grant indica, son creencias y prácticas vigentes aún en la actualidad. Estas páginas terminan con un buen estudio de la originalidad del Cristianismo y de su aportación al mundo religioso romano. Grant traza unos buenos retratos de los principales escritores latinos; el autor selecciona párrafos significativos de sus obras que descubren su auténtica personalidad.

En las últimas páginas del libro se ofrece una síntesis vigorosa de la aportación de Roma a la Escultura, Pintura y Arquitectura. Descuella por su importancia y novedad, como ya se indicó, el estudio de la primera apoyado en la Numismática.

En resumen, *El mundo romano,* de M. Grant, es un buen trabajo, de un excelente especialista en el tema, dirigido al hombre moderno, en el que el lector encuentra examinados en Roma un gran número de problemas hoy actuales. En esto consiste la mayor originalidad e interés del volumen. La traducción de L. Gil está hecha en un castellano elegante y vivo, que convierte la lectura en apasionante. Ediciones Guadarrama ha ofrecido al gran público un libro editado con una presentación magnífica. Todos los detalles están cuidados con esmero y gusto refinado. Las numerosas figuras, láminas y mapas, bien seleccionadas y reproducidas, avaloran considerablemente el contenido y la traducción, ambos excelentes.—*J. M. Blázquez Martínez.*

AYMARD, A.-AUBOYER, J.: *Roma y su Imperio,* vol. II de la "Historia general de las civilizaciones", dirigida por M. Crouzet. Barcelona, Ediciones Destino, 1960; 849 págs., 34 mapas y planos, VIII láminas en color y 56 ilustraciones en negro fuera de texto.

En la elaboración de este tomo segundo de la *Historia general de las civilizaciones* —cuya recensión del primer volumen ya hicimos en otras páginas de esta revista—, la mayor parte del trabajo ha correspondido a la competente pluma de André Aymard. Suyo es todo lo relativo al Imperio Romano, salvo un pequeño capítulo sobre la "Civilización de la Península Ibérica", de E. Ripoll Perelló, a su vez competente traductor del presente volumen. Por lo que respecta a la civilización de Asia Oriental desde el principio de la Era Cristiana hasta fin del siglo IV, la colaboración ha correspondido a Jeannine Auboyer. De este modo el estudio de las cultura que afectan a China e India, aunque dividido entre los dos primeros volúmenes, ha podido mantener esa necesaria continuidad, dentro del corte puramente convencional, que supone la división de las culturas del Extremo Oriente entre los volúmenes primero y segundo.

Ahora bien, entendemos que este corte de la culturas China e India precisamente a principios de nuestra Era Cristiana es algo tan fuera de lugar, que no podemos menos de pensar que este corte se ha hecho por razones puramente de distribución de la paginación entre dos volúmenes. El propio autor reconoce esta sinrazón y, aunque argumenta que se ha hecho tal división para ajustarse a una estructuración cronológica de los volúmenes, lo consideramos tanto más inaceptable, cuanto que en ninguna parte de estos dos volúmenes se ha pensado en un análisis de las culturas del mundo por estratos cronológicos horizontales, sino sobre todo atendiendo a dar una visión de principio a fin de cada una de las grandes culturas que cronológicamente van prevaleciendo en el mundo antiguo. Así se hizo con Egipto, Mesopotamia y Grecia y ahora con Roma, sin tener en cuenta, a lo largo del estudio de tales culturas de, si en el intervalo de su desarrollo, ha aparecido cierta cultura fundamental.

Extraña también ver que en este volumen no haya tenido cabida la civilización iraniana. La parte correspondiente al antiguo Imperio Persa

ocupó su lugar correspondiente en el primer volumen, aunque su extensión, que apenas sobrepasa una quincena de páginas, era evidentemente insuficiente para tratar la cultura de la Persia Aqueménide. Pero ahora se soslaya totalmente en este volumen lo que compete a la Persia Partha y Sassánida, que debería ocupar su lugar entre las más notables civilizaciones orientales de este período.

A decir verdad, esta obra, que resulta de una indiscutible altura y de inestimable valor por su contenido y por su magistral estructuración y desarrollo, tiene, en cambio, innegables fallos en lo que respecta a la proporcionalidad dada a cada tema, así como en el hecho de omitir determinados aspectos o culturas que deben aparecer en una Historia que se titula General. En este mismo criterio han debido abundar los editores españoles, cuando han creído necesario incluir un capítulo, magnífico por cierto, sobre la civilización de la España Prerromana. En efecto, como introducción al Imperio Romano, se pasa una rápida pero enjundiosa ojeada a las culturas de los pueblos vencidos por Roma. Pero, mientras se estudia la civilización Etrusca, Cartaginesa y de los pueblos Galos, y en la edición española se incluye, como hemos señalado, la cultura de la España Prerromana, nada se dice de la Italia Griega con toda su trascendental importancia para el entendimiento de los orígenes de Roma, ni se presta atención suficiente a los mismos orígenes de Roma hasta el siglo II. Y también se olvida a los pueblos de las Islas Británicas o de otras regiones que cayeron en la órbita del Imperio. En todo caso —insistimos sobre la idea expresada en la reseña al primer volumen— desistir siquiera sea de una sucinta historia política entroncada con la cultura conduce a planteamiento de múltiples problemas a ella ligados que quedan así en el vacío.

Naturalmente, esto no resta méritos fundamentales a la obra maravillosamente concebida por los autores Aymard y Auboyer. Sus abundantísimas publicaciones y sus conocidas y competentes síntesis históricas son suficientes para avalar su alta categoría intelectual y amplia erudición en el mundo antiguo. Y en este volumen, sin duda, se han superado a través del acierto con que han sabido presentar y valorar los más fundamentales aspectos de la evolución de las civilizaciones, dándoles una perfecta secuencia y entronque, de modo que el lector pueda encontrar perfectamente clara la línea de acción civilizadora de Roma, China y la India. La obra está redactada y traducida con un estilo elegante y con una perfecta ordenación de los temas, todo ello fruto de una madurada y concienzuda elaboración. Está suficientemente justificado nuestro juicio sobre esta obra al decir que en su conjunto significa una de las mejores colecciones de Historia de la Civilización que se pueda ofrecer al público erudito. Porque, por otra parte, no hay que olvidar que las deficiencias de planeamiento que más arriba señalábamos, son, a no dudarlo, realmente difíciles de superar en una obra de esta categoría, si no se quiere incurrir en derivaciones o excesiva amplitud que hagan sobrepasar el plan que inicialmente se proponen.

Y vaya de paso nuestro aliento a la Editorial Destino, que haciendo un

digno esfuerzo, ha sabido ofrecernos una edición impecablemente presentada y digna de cotejarse con las mejores publicaciones extranjeras.—*A. Montenegro.*

CAHEN, LÉON, y BRAURE, MAURICE: *L'évolution Politique de l'Angleterre moderne, 1485-1660.* París, Albin Michel, 1960. Colección "L'évolution de l'Humanité"; XXXVII + 684 págs.

El interés del lector va siendo ganado a medida que avanza en la lectura de este libro. Está escrito con nervio, con sobriedad expresiva y buena información. La obra completa constará de dos tomos, iniciados por el veterano profesor Cahen, y a los que ha dado la última mano un historiador experto en la materia, Braure. Este primer tomo, ahora publicado, abarca los dos siglos iniciales de la Inglaterra moderna; el segundo comprenderá desde la Restauración de los Estuardos hasta las grandes reformas de 1832, de las que sale la Inglaterra liberal.

El tomo al que nos referimos ha sido concebido como un todo en tres partes, cuyas cesuras cronológicas sirven para marcar las cadencias de una misma melodía histórica. Cada una de estas partes se enuncia con una significación clara. Primera parte: los Tudor, los reyes que logran "el triunfo de la Monarquía" moderna sobre los poderes dispersivos, fuente de orden y organización, y "afirmación del carácter nacional". Segunda parte: los primeros Estuardos, dificultades de la Monarquía al tantear una evolución semejante a las otras monarquías modernas del Continente y "toma de conciencia de una oposición". Tercera parte: la guerra civil y la República de Cromwell, tal vez la parte más lograda del libro. Historia movida, en la que cuajan definitivamente los moldes de la Inglaterra moderna.

La bibliografía manejada es muy nutrida, porque muchos son los trabajos monográficos elaborados en tiempos recientes, a partir, sobre todo, de Neale. Estos trabajos han renovado los campos de observación en el aspecto económico y social especialmente, pero también en la historia política. Tan abundante bibliografía obliga a forzar aquí las síntesis, sin excluir ciertas visiones personales y plantear con originalidad los temas. No en vano los autores han investigado por cuenta propia en la historia inglesa.

Época de grandes personalidades (Enrique VIII, Isabel, Cromwell), ¿cómo no se iban a suscitar problemas de autoridad frente a las instituciones? Época de desarrollo absolutista en el Continente, ¿qué contrario destino estaba reservado a la evolución histórica de Inglaterra, en medio de violentas convulsiones? En esta obra se acentúa la tensión dramática entre los personajes que hacen la Historia: de un lado, la Corona (o Cromwell), el poder unipersonal; de otro, las fuerzas constituídas del Parlamento, de las Iglesias, del Ejército. A esta tensión, e incluso al choque violento entre unos y otros, se ha correspondido un elemento impersonal, pero muy eficaz: la tradición de los juristas ingleses; así fue progresando el sentido de la ley.

El equilibrio constitucional de los Tudor, logrado al fortalecer la Corona al Parlamento, que hizo de él un instrumento de fortaleza a favor de la Corona, se rompe cuando en el siglo XVII aquella institución se convirtió en "una colectividad viviente, animada de un verdadero espíritu de solidaridad, consciente de su fuerza, de sus derechos". Así, cuando el Parlamento niega a Carlos I el derecho a disolver la Asamblea, se produce un golpe de estado comparado al Juramento del Juego de Pelota en 1789.

Merecen subrayarse en este libro los bien logrados trazos con que se perfilan las figuras históricas. El "despotismo legal" de Enrique VIII, que pone en orden el Reino, aunque lo somete a una crisis revolucionaria de implicaciones religiosas; los errores de los primeros Estuardos, que no comprendieron los intereses alzados contra ellos, error de óptica explicado tal vez por su origen escocés. No es muy sorprendente que en estas páginas se diga que Carlos I, hombre autoritario, carecía del sentido y del orden de la autoridad, y al tratar de imponerla, plegándose ante el Parlamento de concesión en concesión, vino a desencadenar el momento de 1640. Más interesante es observar la buena disposición de los autores para entender a los Estuardos, en lo cual no hacen sino seguir la ya notable historiografía revisionista a cuyo frente debe figurar el nombre de Trevelyan. Esta misma preocupación revisionista alcanza a la Reina María, "de toda la galería de los Tudor la figura más simpática: ponderada, indulgente, incluso generosa, aun cuando todo su pasado hubiera podido hacerla vengativa". La vuelta a la ortodoxia es un "formidable deber" que le impone su fe romana, y que había de chocar no con el espíritu religioso de su pueblo, pues "la mayoría permanecía católico", sino con otros dos obstáculos: uno, "material" (los intereses ligados a la Reforma); otro, "nacional", la fobia antiespañola.

La figura de Cromwell aparece como la de un revolucionario que fue, "en el transfondo de su alma, un conservador". Era el hombre rural, portavoz de las aspiraciones de la gente del campo. Era también el puritano: a los que separan al hombre de Estado y al creyente les aparece este personaje "profundamente enigmático" o bien resulta "un hipócrita". Cuando consigue la victoria hereda las prerrogativas de la Corona, pero también sus problemas (la oposición del Parlamento). En la historia ocurre que los poderes personales se vuelven contra quienes los auparon, y éstos llegan a ser enemigos mortales del poder que ayudaron a levantar. La solución cromweliana fue la dictadura. Y como las dictaduras no tienen salida, y aunque declinó la oferta de coronarse rey en 1657, quiso Cromwell perpetuar la dictadura hereditariamente. Intento imposible: los resortes de aquel poder se apoyaban en la persona de Cromwell y en su prestigio intransferible. Su hijo Ricardo pudo recibir con cierta facilidad el poder en 1658, a la muerte de su padre. Pero aquel castillo de naipes cayó bajo el soplo de Monck. El fracaso de la República abría las puertas de la Restauración. Pero muchas cosas habían cambiado en la mentalidad y el ánimo de los ingleses. Los puntos de vista de los juristas, antes controvertidos enconadamente, tienden a aproximarse; es la hora de los compromisos, también

de los compromisos religiosos; pero en este libro se percibe bien que el llamado espíritu de tolerancia fue más bien espíritu de indiferencia.—*Vicente Palacio.*

PH. CARAMAN: *The Other Face. Catholic Life under Elizabeth I.* Londres, Longmans, 1960; 344 páginas.

El padre Caraman, autor de otras monografías históricas sobre el período isabelino, nos ofrece en este libro una colección documental de valor inapreciable para el conocimiento de la situación de los católicos bajo la marea persecutoria de la famosa Reina.

Los documentos son de la más variada procedencia. En muchos casos han sido extraídos de colecciones gigantes y prestigiosas como la *Catholic Record Society* o la *Calendar of State Papers*. En otras, de biografías de figuras de aquella época, de obras monográficas, de diarios y memoriales, de documentos contemporáneos y de colecciones epistolares. No faltan páginas en las que se dan a conocer textos manuscritos. En cualquier caso, sean o no inéditos, los documentos son en su conjunto poco conocidos y, por alcanzar un número tan considerable —cerca de trescientos— constituyen una fuente abundante y segura para el estudio del período.

Su mayor interés estriba en el carácter vivo e íntimo de muchos de ellos. Tan pronto es una página escrita por un perseguido, como un relato escrito por un amigo o pariente, o una referencia de un protestante. Todas las actividades y experiencias de los católicos, sus ideas y dificultades son descritas con vivos colores.

Para mayor comodidad el autor ha preferido agrupar en treinta capítulos otros tantos temas fundamentales, desde el comienzo de las dificultades hasta el final del Reinado. He aquí algunos títulos: La imagen de Cristo, La Reina, Ministros y predicadores, La Misa, Las monjas, Destierros, Prisión, Tortura, etc... A través de ellos se respira la angustia y los sufrimientos de los católicos, sus ideas y esperanzas, su delicada situación social y política: todo nos aproxima a la singular experiencia inglesa del siglo XVI, situándola en su complejo contexto sociológico.

El libro, de primorosa presentación y con finas ilustraciones, es de lectura fácil y apasionante. Las citas exactas de los textos van al final de la obra, así como un elenco de sucintas notas biográficas de los personajes mencionados y detallados índices de materias, personas y lugares.

Es de alabar la valentía del padre Caraman al afrontar una época, sobre cuyos problemas religiosos resulta espinoso el escribir, particularmente en Inglaterra. Sin tesis ninguna, acumulando textos cargados de emoción y vida, ha ilustrado un momento histórico excepcional, revisando muchos tópicos históricos: exactamente la faz familiar de la figura de Isabel I para descubrirnos con seriedad "la *otra faz*".- *J. Ignacio Tellechea.*

UN SIGLO DE VIDA CATALANA

Dirigido por el historiador F. Soldevila, auxiliado por un cuerpo de redacción que forman A. Manent, P. Puig Quintana, J. Molas y M. Ríu, ha sido publicado en Barcelona un libro excepcional [1], intento de balance colectivo de todas las actividades catalanas (con inclusión de Valencia y Mallorca) comprendidas en un período histórico —algo más de un siglo—, que se supone inmediatamente anterior al que vivimos. Se trata, pues, de una obra de gran ambición, de síntesis casi exhaustiva, de divulgación en el sentido que pretende llegar a título de ejemplaridad al hombre de la calle o por lo menos al lector medianamente culto. Y ello, sin prescindir del rigor científico indispensable en esta clase de trabajos. Un nutrido cuadro de colaboradores, más de 50 especialistas, historiadores, literatos, críticos de arte, publicistas de todas las promociones catalanas, aunque con neto predominio de los universitarios más jóvenes, resalta al primer contacto con la obra expresada y le confiere un cierto aire de llamada colectiva. La feliz coordinación de tanta gente y de tanto tema dispar, debe atribuirse a la pericia de su ilustre director y a la compenetración de los redactores que le han asistido. Editorial Alcides no ha escatimado medios para que una obra tan importante y necesariamente tan desigual, haya resultado útil y provechosa.

La obra en cuestión se estructura en cuatro partes, a las que precede una Introducción general. En la primera comprende el período que va del regreso de Fernando VII de su cautiverio de Valençay (1814) hasta el final de la primera guerra carlista (1840); la segunda parte llega hasta la Restauración alfonsina, en 1875. La tercera, se refiere estrictamente a los reinados de Alfonso XII y de la Regente María Cristina de Habsburgo. La última, llena el siglo XX hasta el año 1930, en el ocaso de la Monarquía de Sagunto, si bien en algunos extremos culturales el corte no podrá ser tan incisivo. La dirección de la obra ha considerado oportuno añadir además un capítulo introductorio, comentando rápidamente A. Galí y F. Soldevila, respectivamente, la totalidad del siglo XVIII y las guerras napoleónicas. A destacar, dentro de esta misma Introducción, la trayectoria demográfica y la lingüística en el conjunto temporal objeto del libro. Las variaciones del ritmo biológico y las migraciones interiores, así como la desnaturalización de Cataluña como consecuencia del aflujo inmigratorio levantino-aragonés, como repercusión inmediata de la guerra del 14, son puntos analizados con harta claridad por Jorge Nadal. Asimismo, J. Veny Clar trata de reseguir el proceso de purificación del catalán literario, dimanado de la "Renaixença", a la vez, la marcha hacia la regularización ortográfica.

Cada una de las partes anunciadas contiene un panorama histórico-político, a cargo de F. Soldevila, en que se diseñan los trazos elementales de cada una de las etapas prefijadas, en su visión de superficie. Naturalmente

---

[1] *Un segle de vida catalana (1814-1930)*. Barcelona, Editorial Alcides, 1961; 2 vols., 1.598 págs., 96 láms. (24 × 16,5 cm.).

el verdadero interés de esta panorámica reside en la proyección que supone de los acontecimientos generales de la Historia contemporánea de España en el ámbito particular catalán. Esta ojeada política además permite encajar cronológicamente los fenómenos económicos y culturales, que constituyen el grueso de la obra.

Dentro del plan general presupuesto, aunque subdivididos por la periodización expresada, se articulan capítulos alusivos a las direcciones del pensamiento, formas de vida, aspectos económicos y sociales, a la evolución artística y a los progresos de las distintas ciencias.

Así, el P. Severo de Monsonís, capuchino, y el Rvdo. D. José Sanabre, toman a su cargo el pensamiento religioso, señalando agudamente su histórica adscripción al regalismo, al par que un espíritu integrista y puritano muy potente ha obligado a la ortodoxia a replegarse en sí misma y a quedar en posición marginal ante la problemática religiosa europea. A. Badía da cuenta de la filosofía catalana desde los últimos tiempos de la Universidad de Cervera hasta Ramón Turró y Eugenio d'Ors. Las doctrinas políticas son explicadas por F. Soler Tura y F. Vallverdú: a subrayar, los juicios sobre el tradicionalismo y el federalismo como filones del regionalismo catalán. El profesor Font Ríus se refiere al pensamiento jurídico desde el doctor Dou y sus antecedentes finestresianos hasta los últimos estudios y compilaciones del Derecho catalán. Las ideas científicas son examinadas por E. Freixa: comprende su temario la historia de las Reales Academias barcelonesas y la proyección de algunas figuras destacadas (Orfila, Monturiol, Comas y Solá, Terradas). Llaman naturalmente la atención del lector los apartados consagrados a la difusión de las ideas y a la producción editorial y al periodismo, en los que R. Tasis y J. Torrent han movilizado un enorme material. También se rastrean los orígenes de la radio (J. M.ª Garrut).

En el capítulo de las formas de vida, A. Jutglar perfila la mentalidad de los distintos estamentos sociales, haciendo hincapié en las frugales condiciones de vida de menestrales y obreros (salarios, precios de los artículos de primera necesidad), mientras R. Violant aborda el aspecto costumbrista y el folklore, principalmente montanés. Dentro de dicho capítulo se incluyen las distintas modalidades de recreo, con una historia del teatro (F. Curet) y los inicios del cine (M. Porter); la vida nocturna en Barcelona, de la que Sebastián Gasch ofrece una chispeante visión; el renacimiento de la sardana (R. Violant) y la danza popular (J. Picas). A la vez se sacan a colación los deportes, desde el excursionismo (J. Pach), poderosamente afincado en Cataluña, con su variante original, el escultismo (R. Bastardas), hasta los deportes mayoritarios, como el fútbol (J. García-Castells).

La exposición de la economía y de los movimientos sociales ha exigido un apretado y complejo capítulo. En él Emilio Giralt reconstituye la historia agraria del Principado, con las mutaciones de cultivos observadas y las consecuencias de la revolución filoxérica, concluyendo en la depreciación de los productos del campo, como un fenómeno de base, en los pródromos de nuestra guerra civil. E. Lluch y M.ª del Tura Bolós se ocupan del

comercio interior y de los mercados, respectivamente. J. Rebagliato lo hace del comercio exterior, mediterráneo y atlántico, y de la marina mercante. La marcha de la industria en sus diversos tipos se debe a E. Lluch y a M. Ríu, y a este último también, la de la Banca catalana, al par que J. L. Sureda esquematiza la historia del dinero, y J. Fontana, la de las actividades bursátiles. P. Romeva hace mención de la legislación económica y de las famosas disputas entre el proteccionismo y el librecambio. La reglamentación del trabajo se halla expuesta por E. Cardona, quien exhibe también la trayectoria de los movimientos sociales (huelgas, "lock-outs", sindicalismo). J. Fúster y B. Barceló amplían a los ámbitos valenciano y balear estas mismas consideraciones sociales y económicas, y E. Moreu-Rey descubre la participación francesa en el impulso catalán, particularmente en la primera mitad del siglo XIX.

Mención especial requiere el extenso capítulo que se dedica a las corrientes literarias, en el que han participado los críticos de mayor nombradía de entre las últimas promociones: J. Triadú, J. Molas, A. Manent, J. Fúster y J. Romeu. Constituye un acabado panorama de la literatura catalana contemporánea, desde sus tanteos pre-románticos hasta el relativo esplendor de los años treintas. Conviene destacar la concienzuda labor de Joaquín Molas, tratadista del Romanticismo catalán y del floralismo ochocentista, quien no ha descuidado llegar hasta el trasfondo social y humano de dichas corrientes literarias.

Otro capítulo logrado es el que se consagra a la evolución artística. Oriol Bohigas se refiere en él a las cuestiones arquitectónicas y urbanísticas, culminando en el famoso Plan Cerdá para el ensanche barcelonés, el gaudinismo y los orígenes del funcionalismo actual; J. Benet-Aurell trata de escultura y pintura desde los postreros resabios neoclásicos hasta el cubismo y el surrealismo de los años anteriores a nuestra guerra civil, haciendo hincapié, naturalmente, en el modernismo y el novecentismo harto representativos en la trayectoria artística catalana. M. Valls, por fin, nos ofrece un interesante apartado de la historia musical, tanto en sus vertientes operística (Liceo), como coral (Clavé, Orfeó Català).

Dentro del amplio capítulo titulado "Las Ciencias y las instituciones científicas", sobresale el originalísimo estudio acerca de la enseñanza y las instituciones pedagógicas, debido a Alejandro Galí, y en el que son abordados los diversos grados de enseñanza y los diversos tipos de escuela (oficial, privada, confesional). Alejandro Galí, pedagogo, muy experto él mismo, enfoca los problemas escolares con una finura inusitada, aportando una directa y nutrida documentación. Presenta además noticias útiles sobre otras instituciones culturales, ya en el sentido difusor (Ateneos, Bibliotecas), ya en el aspecto de la investigación científica ("Institut d'Estudis Catalans", fundado en 1907). Anotemos también el apartado que se dedica a la formación de los Museos, debido a Juan Ainaud de Lasarte y a A. Cirici-Pellicer. Otros autores se han ocupado de la marcha de las distintas ciencias en el período reseñado: M. Tarradell lo hace de los estudios arqueológicos; A. Cirici-Pellicer, de los de Arte; M. Coll Alentorn y J. Reglá des-

criben el curso de la historiografía en este período; J. Veny se circunscribe a la lingüística, y J. Romeu y J. Triadú, a la historia literaria y a los estudios clásicos, respectivamente; al par que R. Violant trata del folklore. Las Ciencias Naturales son examinadas por Oriol del Bolós, y las Ciencias geográficas, por E. Lluch. La Medicina y la Biología, finalmente, por A. Cardoner-Planas.

Tal es a grandes rasgos el contenido de la obra que presentamos. Para el lector de las regiones de lengua catalana, un repertorio formidable de ideas y de noticias y un punto de partida para monografías nuevas. Para los demás españoles, un utilísimo instrumento de información y un verdadero acicate para emprender otro tanto.—*Juan Mercader*.

SCHRAMM, PERCY E.: *Las insignias de la realeza en la Edad Media española*. Traducción y prólogo de Luis Vázquez de Parga. Instituto de Estudios Políticos, Colección "Civitas", núm. 33. Madrid, 1960; 134 págs. (6 láms.).

De la obra de Percy E. Schramm, *Herrschaftszeichen und Staatssymbolik. Beiträge zu ihrer Geschichte vom dritten bis zum sechszehnten Jahrhundert* (Stuttgart, 1954-1956) se traducen aquí las partes relativas a España de esa nueva ciencia ("Simbólica del Estado") elaborada por el autor, como parte de la "Arqueología jurídica" iniciada a su vez por el barón de Schwerin.

Como tal fragmento, el conjunto posee una unidad, importante para nosotros, en cuanto nos facilita y reúne las noticias relativas a los signos materiales de la realeza (corona, cetro, trono, etc.), conocidos o conservados, de nuestra Edad Media. Fuera de él cae, lógicamente, el estudio del significado genérico de tales símbolos de poder y soberanía, a que se alude en el cuerpo de la obra total. Huelga decir por ello que el interés fundamental de esta traducción es arqueológico, heurístico.

El autor ha logrado conjuntar una breve serie de objetos y referencias que ilustran suficientemente sobre la valoración de esos signos externos en nuestras monarquías medievales. Junto con los estudios de Sánchez-Albornoz acerca de las ceremonias de coronación, y de Menéndez Pidal sobre el sentido del título imperial, se va delimitando el campo para esa "Historia de España a la luz de la realeza" que el autor viene largamente preparando.

Como tónica general —pasando sobre el análisis individual de las piezas reseñadas—, nos sorprenden relativamente la escasa significación o representación que a cada una de esas piezas concretas se les confiere por sus propios poseedores o titulares. Es decir, que no se identifica con cada una en particular, específicamente, la potestad o el honor de la institución o del reino a que simbolizan. Consideración que llega casi a la indiferencia por parte de Jaime II ante la venta de una corona suya. Poseyendo, como poseían, los monarcas aragoneses

más de una corona, quiere esto decir que, para ellos, no se vinculaba en *una* —como sucedía en la mayor parte de las monarquías occidentales— la representación de su soberanía y condición; antes bien, que *todas* eran *objetos* intercambiables y que la singularidad radicaba en su persona, en la facultad exclusiva de poder utilizarlos indistintamente.

Análoga indiferencia cabe subrayar en Castilla, donde, por ejemplo, Isabel la Católica sustituyó con su pendón y las ceremonias de juramento y besamanos, la solemnidad de la coronación, por lo demás caída en desuso y sólo esporádica en España desde mucho tiempo atrás.

Un breve y atinado prólogo del traductor introduce y sitúa los capítulos reunidos, que constituyen uno hasta aquí poco estudiado y, por lo tanto, sumamente apreciable, de nuestra historia medieval.—*E. Benito Ruano.*

GEOGRAFIA

UN LIBRO DE AMANDO MELÓN SOBRE LA VIDA Y LA OBRA DE "UN HOMBRE UNIVERSAL"

Hace ya unos meses que se encuentra en las librerías una obra que por calidad de tema y autor, merecería noticiarse por más autorizada pluma que la del firmante de esta nota. Podría aducir algunas razones para justificar mi comentario; mas, por encima de todo lo razonable, siempre me asaltaría la misma evidente inquietud. La de saber que el libro que motiva estas líneas cristaliza un momento de plenitud de un gran maestro de la universidad española en torno a uno de sus más caros temas [1].

La personalidad del autor, don Amando Melón, asegura, desde luego, y por anticipado, el éxito de la obra. Además, a la excepcional categoría de la persona se une la gigante talla del asunto, nada menos y nada más que el vivir y el hacer de Alejandro de Humboldt.

Hablar de Alejandro de Humboldt y su aportación a la Ciciencia moderna, en especial a la geográfica, obliga imperiosamente al profesor Melón y a quienes le sigan, a internarse en la rica gama de hechos que condicionaron la existencia y el quehacer del insigne sabio alemán. En todo el libro domina, pues, ese acento humano que es característico del citado profesor y que le permite penetrar con respetuosa humanidad en la gran figura histórica. Mas no se trata, simplemente, de la vigorosa semblanza de un gran hombre; hay algo más, es la disección biográfica de una figura universal en sus más profundas experiencias, aquellas que forzaron toda su actividad

---

1 MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA, AMANDO: *Alejandro de Humboldt. Vida y obra.* Colección Geográfica. Ediciones de Historia, Geografía y Arte. S. L. Madrid, Artes Gráficas Clavileño, S. A., 1960; XI-348 págs. y 31 ilust.

creadora. En otras palabras, la obra del profesor Melón presenta la comunión, creo que perfecta en lo humboldtiano, de un espíritu selecto con su más insobornable vocación, la del saber.

Quien había escrito hace varios lustros *Alejandro de Humboldt en la América española* (Tip. Cuesta, Valladolid, 1932); pronunciado magistral conferencia —*Triple significado del Gran Viaje*— en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en octubre de 1959, y vuelto al tema en varia ocasión, bien podía retornar a él tras exhaustivo acopio de lectura y conocimiento del biografiado. Así, no es tarea fácil englobar en medio espacio una visión de conjunto de esta *Vida y obra* de Humboldt. Tanto más cuanto que la objetividad e imparcialidad con que han sido abordadas, vida y obra, no es obstáculo para que en reiteradas ocasiones broten espontáneas digresiones, plenamente sugestivas y personales.

Ocioso parece aclarar, para quien se disponga penetrar en *Alejandro de Humboldt. Vida y obra,* que cronología humboldtiana y estructura temática corren parejas. En efecto, el libro tiene como esenciales líneas directoras las de las tres grandes etapas de la vida del sabio. La primera que remata en la fecha de 1799, de estudios, de relación y contacto con reconocidos maestros, de instructivas lecturas, etc. Por este camino va apareciendo un fermento que será capital en el perfil del barón alemán, el ansia viajera. Ya esta ansia viajera tiene oportunidad de traducirse en breves recorridos —no por ello menos provechosos— por el continente europeo.

Mediado el año de 1799 se produce el primer contacto de Humboldt con el mundo hispanoamericano. Desde aquel año, y hasta el de 1804, discurriría la etapa más cuajada de acontecimientos y afanes para Humboldt. Es el "gran viaje" por las hogaño Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Méjico, principalmente. En directa relación con aquellos años, los de su estancia en la capital de Francia, tras el acicate de la preparación de la nominada "Serie Americana".

Hacia 1826 se inicia el definitivo recorrido de la vida y del obrar de Alejandro de Humboldt. Hasta su muerte (1859), y aún más allá de ella, la fama no le abandonará. El *Cosmos* redactado en este período es —no soslayamos el lugar común— el broche de oro de toda una larga vida de entrega a la Ciencia. Recordemos que el objetivo principal de esta obra extraordinaria era reproducir el orden físico de la Tierra y el Universo, de tal manera que su conocimiento ayudara a comprender la Naturaleza, tanto para obtener un goce estético como para liberar las energías humanas.

Tras estas huellas, en el libro del Dr. Melón se logra una exposición sólida y críticamente cimentada. El conjunto constituye una impecable pieza reconstructiva en la que, por su propia índole, descuella el circunstanciado relato de los viajes y el análisis moroso de la famosa "Serie Americana" en treinta volúmenes. Es en este análisis donde la constancia en la fina observación del autor alcanza más subidos tonos. Por ende, las conclusiones son sumamente agudas y convincentes. La información de los volúmenes de la "Serie" se hace con todo detalle y particularmente los de la *Relación histórica, Ensayo político sobre Nueva España* y el *Examen crí-*

tico. Este trato de favor es explicable por ser estos volúmenes los de mayor contenido geográfico y también histórico. El primero se refiere a Venezuela, principalmente; el segundo, al área de la llamada entonces Nueva España, y el último a todo lo vinculado con la epopeya colombina.

Las bellas páginas dedicadas a la vida y a la obra de Humboldt tienen como innegable acierto el de abrir cauce a la propia meditación del lector. Considero que aunque sólo fuera por esto, el libro sería fecundo. Pero algo más me considero en la obligación de añadir, y esto, ya sobre las propias palabras del profesor Melón. Si la oportunidad de la aparición de la obra, por la fecha conmemorativa, queda plenamente justificada, disconforme me pronuncio ante el calificativo de "esbozo apasionado" con que su autor la adjetiva. Si se proyectó como "esbozo", al cobrar vida el libro alcanza calidad de obra bien perfilada. Con respecto a su condición de apasionado, pienso que es pasión sana y al término de la lectura de la obra me arriesgo a afirmar que su valor fundamental radica en la vivencia que se logra de Alejandro de Humboldt, gracias a la fuerza y a la emoción con que —maestro siempre— sabe expresarse su autor.

Era un deber para los geógrafos españoles revitalizar el recuerdo de Humboldt. Al verse solicitado por este deber, que su saber ha convertido en privilegio, el profesor Melón nos hace el fino obsequio de entregarnos asequible y viva, vida y obra del gran genio alemán. De aquél de quien dijo Emerson: "El maravilloso Humboldt avanza como un ejército de sólido centro y anchas alas, recogiéndolo todo conforme marcha. ¡Con qué dominio pasa de una ciencia a otra, de una a otra ley, encerrando lunas, asteroides y sistemas solares en las cláusulas y paréntesis de sus párrafos enciclopédicos!"

En fin, Artes Gráficas Clavileño, S. A., al timón Germán Bleiberg, ha acertado a subrayar dignamente el esfuerzo del profesor Melón para que cobre mayor gloria su *Alejandro de Humboldt. Vida y obra.*—*Juan Benito Arranz.*

GALICIA SAUDOSA Y MEIGA...

José María Castroviejo —guarda mayor de Caza y Pesca Fluvial del Reino de Galicia, y antes de esto, compañero en la Compostela entrañable de los años veinticinco— nos ofrece hoy el regalo de una guía espiritual de la tierra que le vio nacer [1]. "Espiritual" valdría aquí en su acepción más amplia de vida del espíritu, donde no se ha de perder la acepción del ingenio, ese ingenio picaresco y zumbón que tan bien florece por las cuatro esquinas que se llaman Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra.

Son pocos los españoles que han recorrido de punta a cabo esa Galicia

---

1 CASTROVIEJO, JOSÉ MARÍA: *Galicia. Guía espiritual de una tierra.* Madrid, Espasa-Calpe, 1960; 635 págs., 1 lám. en color, 4 mapas y numerosas ilustraciones.

de que apenas se sabe que en ella está Santiago, que llueve mucho, que hay buen marisco y que ofrece magníficas playas, aunque el agua está más bien fría que caliente. Mas tampoco todos los gallegos conocen a fondo, como debieran conocerla, su tierra natal, que para ellos guarda, no obstante, un algo tan poderoso y tan atractivo que siempre, cuando lejos, sentirán que la *morriña* les invade mientras murmuran los dulces y románticos versos de Aureliano Pereira:

"Son as rosas d'estes campos
olentes e bonitiñas...
¡ay, quen aló che me dera
anque deitado entr'ortigas...!"

Por eso puede decirse, sin exageración lisonjera, que recorrer las páginas de esta guía equivale a recorrer los mil caminos de Galicia llevados de la mano amable de Castroviejo, que aquí y allí nos irá contando consejas y leyendas. Con él, si marchamos en la noche por las corredoiras silentes podremos ver en la lejanía el vagar de la Santa Compaña y no será mucho que a las orillas del Atlántico, por la Ponte-Ceso —donde todavía resuenan los lamentos del prisionero hasta cuyos oídos llegaban las notas graves de la campana de Anllons— nos sintamos propicios a evocar entre el "pinal de Tella espeso" los sacrificios druídicos en la noche de San Juan. Esa misma noche en que las hogueras arden en todas las aldeas y en que quedan a remojo flores y hierbas para que las mozas se laven a la mañana siguiente cumpliendo un rito tan viejo como la raza celta.

Raza de que quedan todavía buenos y bellos exponentes en las rapazas que bailan la muiñeira o que llevan de la mano al ternero en los mercados de los jueves compostelanos, cuando no disfrutando de la quema del fuego del Apóstol y del folión que sigue a los acordes de la gaita mientras allá arriba repican a gloria las campanas del Obradoiro y las estrellas marcan mejor que en otras noches del año el camino de Santiago, del Patrón glorioso que el día 25 de julio sonreirá beatíficamente cuando el Coco y la Coca bailen esa danza de los celtas que es la muiñeira retozona...

Mas no es sólo Santiago... También Coruña, encristalada, alegre y bullidora, y Vigo, fabril y marinero, atrafagado en su puerto y en sus industrias, puerta la más hermosa abierta sobre el Océano que rompe en el antemural de las Cíes. Y Pontevedra, con sus rúas enlosadas, sus plazas quietas como la de Teucro o la de la Leña, siempre "boa vila que da de beber a quen pasa", porque no en balde allí está haciendo mansión la Divina Peregrina. Y Luego, con el Santísimo perennemente expuesto desde hace muchos siglos, tanto que ha pasado a ser blasón de Galicia con el lema "In hoc mysterium fidei firmiter profitemur", provincia la lucense que después de ser esencialmente romana fue esencialmente católica con su milagro del Cebrero y su leyenda del Grial. Y Orense, que tiene tres cosas que no las hay en España: el Santo Cristo, la Puente y la Burga hirviendo el agua, y su Pórtico de la Gloria, reducción del compostelano. Y El Ferrol, la ciudad departamental, con su ambiente dieciochesco, donde todavía se habla de la

Almiranta y donde al anochecer suenan los pianos desbordando sus notas sobre las calles en silencio cuando ya se han cerrado las puertas del Arsenal detrás del último marinerito llevado por la vigilancia.

Y todos esos pueblecillos que festonean la costa desde Ribadeo hasta Tuy y La Guardia, con historias de ballenas y de naufragios. Y los del interior, donde el maíz, el roble y el viñedo hacen la delicia del viajero que cruza esta tierra viniendo de Castilla... Pueblecillos muchos de ellos cargados de historia y todos de leyendas, sin olvidar la maravillosa de San Andrés de Teixido, peregrinaje a que acude de muerto quien por una razón cualquiera no fue de vivo. Romerías, fiestas, cohetes, vino del Ribeiro bebido en cunca para mejor tragar el pulpo de feria..., ese es el aspecto placentero de la vida gallega. Y al lado, el trabajo humilde y callado, el dolor de la emigración, "viudas de vivos" que cantaba Rosalía, aunque hoy, por fortuna, vaya remitiendo la fiebre...

Eso y mucho más aprenderá quien lea a José María Castroviejo y, sobre todo, quien lo lea con reposo y medite sobre lo que él nos cuenta. Y para mejor entenderlo, muchas fotografías y muy buenas que nos dicen lo que es el paisaje, urbano y campesino, de la Galicia entrañable y eterna. De esa Galicia por donde empezó a formarse geológicamente la Península y en donde reposan los restos del Evangelizador y Patrón de España. La que guarda en sus entrañas milenarias joyas celtas y donde el románico se mezcla con el barroco en síntesis maravillosa cuyo paradigma es la fachada del Obradoiro de la catedral compostelana, cuya recia arquitectura es dosel de la Urna Santa ante la cual se postraron reyes, santos, capitanes y tropel de gentes que llegaban de los confines todos de la tierra. Porque su sepulcro fue glorioso... [2].

A José María Castroviejo una enhorabuena cordial y plácemes también a Espasa-Calpe por el acierto en la elección de cronista y en la presentación del libro.—*José Luis Santaló.*

BELLAS ARTES

AREÁN, CARLOS ANTONIO: *Veinte años de pintura de vanguardia en España.* Madrid, Editoria Nacional, 1961; 212 págs., 101 láms. en negro y XIII láms. en color.

Declara el autor al comienzo de la nota preliminar al contenido del libro que éste no recoge sino la mitad de la pintura, válida y digna de atención, desarrollada en España durante los veinte años transcurridos entre 1940 y 1960, y sólo la de presencia no figurativa, ya que otros dos volúmenes gemelos habrán de estudiar la figuración tradicional y la neofigu-

[2] Un leve reparo. El 25 de julio no es el día del martirio de Santiago (página 94), que ocurrió (Lecciones II nocturno de la fiesta) en la Pascua. Lo que celebra la Iglesia este día es la conmemoración por ser el día de la Traslación, siquiera en Santiago y en España se fije para esta solemnidad el 30 de diciembre.

ración pictóricas durante el mismo ventenio. Quiere ello decir que, cuando se cumpla el ambicioso programa, disfrutaremos de la panorámica más extensa dedicada a la pintura española posterior a nuestra guerra. Es posible, acaso, deducir la primera objeción de este orden de aparición de los volúmenes, al poderse entender que los consagrados a la figuración debieran haber antecedido al ahora comentado. Son muchos los pintores figurativos y neofigurativos que están abandonando sus criterios para engrosar las filas abstractas, no pocas veces con sospechosa rapidez y sin grandes justificaciones evolutivas, lo que hubiera debido ser razón para que se aguardasen tales cambios de postura hasta cerrar la serie con este bello libro. Pero conozco demasiado las convicciones de Carlos Areán y comprendo su impaciencia por sacarlo a luz. Tan sólo temo que resulte viejo en plazo más bien breve.

Los dos primeros capítulos —"Hacia una nueva voluntad de forma pictórica" y "Creación de síntesis postfluctuantes"— son importantes en grado sumo, no tanto por el planteamiento doctrinal del tema, sino por justificar plenamente el léxico del autor, que dejará de ser suyo y personal para obtener consenso general. En efecto, las razones dadas en la página 27 me parecen incontrovertibles; la definición de *pintura de la forma fluctuante,* o acaso *fluctuantismo,* defendidas por Areán, deben desterrar definitivamente las de *materia informe* e *informalismo,* sugeridas por Michel Tapié, asimismo inventor de la desagradable expresión *arte otro,* antigramatical, injusta y propia de cualquier recién llegado. Informalismo es palabra que debe dejarse a los exentos de formalidad, y la hórrida calificación *arte otro* no debe ser usada sino por quienes deseen hacer el más fácil juego a los partidarios de la academia más vieja y sobada. Me hubiera complacido ver en libro tan responsable cual el de Carlos Areán mayor rotundidad en esta cuestión de nomenclaturas, tan delicada y en la que tan sencillo es el triunfo de las más gratuitas, pero quizá basta con el rechazo de las de Tapié y con la adopción por el autor de sus fórmulas más queridas, las que se refieren a la forma fluctuante. O a la postfluctuante, razonada en el capítulo siguiente.

Muy importante es el capítulo tercero, en que se hace historia de los movimientos renovadores, aunque éstos, hasta 1953, no se dirigían únicamente a asegurar el triunfo de la no figuración, sino también de otras facetas de la pintura en libertad. En tal capítulo quedan bien valorados movimientos como los Salones de los Once (Madrid) y los Salones de Octubre (Barcelona), pero sin duda se enfatiza la importancia del grupo *Dau al Set,* cuyo mayor interés estriba en la prehistoria personal de Tapies y Cuixart, ya que el carácter magicista, sorpresivo y surrealista de tal publicación era más bien retrasado con respecto a las inquietudes europeas de los mismos años. Más injusta me parece la valoración del Curso de Arte Abstracto en la universidad de Santander, donde en el verano de 1953 lidiamos unos cuantos hombres de buena voluntad en pro de dicha plástica, a menudo seguidas las conferencias de tremendas polémicas. Yo tengo la impresión firmísima de que, a partir de ese curso, quedó provista la pintura abstracta

española de todas sus credenciales de legitimidad. El rapidísimo párrafo que dedica Areán a tal circunstancia es el menos compatible con su habitual y bonísima información.

Sigue un capítulo monográfico dedicado a la considerable personalidad de Antonio Tapies. Muy bien observadas sus etapas —pero silenciado el momento de descarrío que fueron para él los años 1952-1953—, el grande y famoso pintor barcelonés queda enjuiciado con entusiasmo, pero con rigor, así como con merecida situación destacada. Otro capítulo, el dedicado al no figurativismo en el centro de España (Vela, Viola, Canogar, Mampaso, Saura, etc.), es seguido por un "Intermedio sobre Cossío", perfectamente justo y oportuno, observador de toda la rica capacidad abstracta del gran pintor montañés. Aún otro capítulo acerca de la escuela catalana, en la que, eliminado Tapies por derecho propio, los nombres más sólidos serán los de Cuixart, Vallés y Will Faber. El capítulo VII se dedica a estudiar las "Síntesis de formas contenidas y texturas fluctuantes", y el VIII, a la "Abstracción y constructivismo experimental", posiblemente la orientación más fría, cerebral y premeditada de las expuestas. El último y noveno capítulo estudia los nuevos materiales en la pintura actual, y, con tal motivo, son analizados algunos de los más importantes creadores del panorama abstracto, como Lucio Muñoz, Farreras, Zacarías González, César Manrique y Vilacasas. Al concluir el trabajadísimo libro, el lector, mayor en años y experiencias que el autor, no puede aceptar determinadas valoraciones, ya que, habiéndole sido dado presenciar evoluciones, saltos y carreras, difícilmente admitiría que tal o cual figura —más o menos representativa— se haya pasado desde el realismo intimista hasta la más cruda negación de lo figurado, y desde los ambientes a lo Bonnard hasta el mundo de la erosión o de la geometría más virtual.

Pero éstas son tachas que me avergüenza expresar, porque no me han armado de ellas sino los años. Creo preferible el entusiasmo de Carlos Antonio Areán, extremadamente generoso en sus juicios, acertadísimo en las clasificaciones, y, sobre todo, destilando esperanza en cada página de su libro, esperanza en las convicciones que expone acerca del rico panorama de la pintura española de la forma fluctuante. Temo que haya incluído en ese panorama a demasiados artistas, que haya derramado sobre ellos excesivas bendiciones, que sus valoraciones pequen de optimistas. Pero, con todo ello por delante, sí aseguro que se trata de un excelente libro, magníficamente trabajado y que obliga a desear con verdadera urgencia los otros dos volúmenes que lo completarán.

La edición, en lo material, no se resiente sino de la modestia del papel utilizado para el texto, pero esta deficiencia se compensa con la rica información gráfica, la que, tanto en negro como en color, respalda inmejorablemente el proceso evolutivo dictado por el autor.—*Juan Antonio Gaya Nuño.*

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACIÓN
Y CULTURA

TOMO XLIX

Núms. 185 a 188 — Mayo a agosto, 1961
MADRID

ÍNDICE DEL TOMO XLIX

Sumario del núm. 185

Páginas

ESTUDIOS Y NOTAS:

INFORMACIÓN CULTURAL DEL EXTRANJERO:

INFORMACIÓN CULTURAL DE ESPAÑA:

BIBLIOGRAFÍA:

Sumario del núm. 186

Sumario de los núms. 187-188

ÍNDICE ALFABÉTICO DE COLABORADORES DEL TOMO XLIX

A R B O R

Precios de suscripción para 1961

Suscripción para España:

160 pesetas (pago adelantado).
Número suelto: 20 pesetas.
Número atrasado: 25 pesetas.

E x t r a n j e r o :

220 pesetas (pago adelantado).
Número suelto: 25 pesetas
Número atrasado: 30 pesetas.

Pedidos a:

LIBRERIA CIENTIFICA MEDINACELI

Duque de Medinaceli, 4

M A D R I D

ARBOR

Revista General de Investigación y Cultura, dedicará este año su tradicional NUMERO MONOGRAFICO de verano a temas relacionados con el desarrollo económico, industrial y agrícola de España.

A continuación ofrecemos el sumario de algunos de los trabajos más representativos.

La producción triguera en España, por TOMÁS DE LA VEGA MORÁN, ingeniero agrónomo.

I. La superficie sembrada.—II. Importancia económica de las exportaciones.—III. Las cosechas.—IV. El consumo. Conclusiones.

La economía de las provincias ecuatoriales, por JAIME NOSTI, ingeniero agrónomo.

El medio y la infraestructura agraria.—Indices y datos infraestructurales. El clima. Los suelos. La población. La propiedad del suelo.—La economía guineana. Principales exportaciones de la Región Ecuatorial en 1960.—La situación económica de la Región Ecuatorial. La economía guineana frente a España. La economía guineana frente al mundo.—Precios internacionales y españoles de varios productos.—Producciones de cacao en Tm. en las provincias españolas de la Región Ecuatorial.—Exportaciones de café de las provincias españolas de la Región Ecuatorial en Tm.—Consumo medio anual de café a Kgs. per capita.—Consumo español de café.

Situación y problema de nuestra política vitivinícola, por FRANCISCO JIMÉNEZ CUENDE, ingeniero agrónomo.

Condiciones en que se desarrolla el viñedo español.—Producción y consumo.—Consumo interior.—Disminución del consumo.—Exportación.—Exportaciones de vinos y "brandies" de Jerez.—Problema alcoholero.

Presente y futuro de la construcción naval en España, por EUGENIO MARTÍN ANTELO, ingeniero naval.

I. Flota mercante nacional. Ampliación y desarrollo. Renovación. Conclusiones.—II. Ley de protección y renovación de la flota mercante española.—III. La construcción naval en España. Estado actual. Nuevas técnicas de construcción naval. Perspectivas de la construcción naval española.

La Banca española en lo que va de siglo, por IGNACIO VILLALONGA VILLALBA.

Guerras coloniales. Optimismo. Organización bancaria al final del siglo XIX. Guerra del 14. Industrialización. Cotización de la peseta. Agricultura. Evolución al terminar la guerra en 1918. Cambó. Ley de Ordenación Bancaria. Apoyo de la Banca al desarrollo del país. El Arancel en 1922. República. Statu quo bancario. Limitación de dividendos. Ley de Ordenación Bancaria 1946. Tenencia obligatoria de Fondos Públicos. Bancos oficiales. Instituto de Moneda. Cajas de Ahorro. Caja Postal de Ahorros. Crédito a medio y largo plazo. Servicios de la Banca privada. Banca mixta.

Subdesarrollo. Causas. Efecto. Cartera de valores. Decenio 1920-30. Agricultura e industria. Desde 1940. Porcentaje de recursos ajenos y propios. Redistribución de la mano de obra. Liquidez de la Banca. Liquidabilidad. Mecanismo de financiación. Mote de oligopolio. Exito de la Banca. Posición de la Banca europea. Dificultad de situación. Sociedades de Cartera. Posible reforma. Papel de la Banca en la integración de España en una Unión Europea.

Presente y futuro de la industria textil en España, por JUAN B. PUIG PUIG, doctor ingeniero de industrias textiles.

El comercio exterior de España (1940-1960), por MANUEL FUENTES IRUROZQUI, técnico comercial.

Generalidades.—Cifras del comercio exterior. Comercio exterior en miles de toneladas y de pesetas oro.—Importación. Comercio exterior.—Análisis de las principales exportaciones.—Análisis de las principales importaciones.—Comercio exterior. Renta nacional y balanza de pagos.—Política comercial española en los últimos veinte años.—España ante las unidades supranacionales. Distribución regional del comercio exterior de España. Comercio exterior por países.—Estabilización, desarrollo económico y comercio exterior.

La citricultura española y sus problemas, por CARLOS GARCÍA GISBERT, ingeniero agrónomo.

La calidad del material empleado.—La técnica de las plantaciones.—Los métodos de cultivo.

La industria de energía eléctrica en España, por JOSÉ LUIS REDONET MAURA, ingeniero industrial.

Un gran interés de la iniciativa privada y de los técnicos españoles en esta nueva industria.—Un consumo reducido del mercado.—Una gran libertad de la iniciativa eléctrica privada.—Un amplio margen disponible entre las posibilidades productoras de energía y la escasa demanda del mercado.—Se inicia al final de este período un proceso de concentración.—Gran incremento de la demanda.—Nuevo sistema de tarificación unificada.—Dificultades constructivas.—Creación de Empresas eléctricas paraestatales.—Amplio plan constructivo de embalses reguladores.—Aparición de las restricciones eléctricas y creación de Unidad Eléctrica, S. A. (UNESA). Potencial y producción hidroeléctrica y termoeléctrica en España.—Planes constructivos para los próximos cinco años.—Energía intercambiada con los países vecinos.—Características del consumo eléctrico en España. Su comparación con otros países. Su probable evolución en el futuro.—Nuevas fuentes de energía eléctrica. Energía nuclear.—Situación actual y perspectivas futuras de la industria eléctrica en España.

También se publicarán artículos relacionados con la industria de la construcción y del cemento, la industria química, consideraciones sobre el problema de la repoblación forestal, coste y rentabilidad de la colonización en regadío, la industria de plásticos, la productividad agrícola en España, etc.

VEINTE PESETAS